

UNIVERSO CAUTIVO

Harry Harrison

Título original en inglés: Captive Universe Traducción: Anna Muriá
©1969 by Harry Harrison ©1974 Verón editor Gral. Mitre 163 -
Barcelona ISBN 84-7255-051-6 -X Edición digital:Anton R4 02/03

Para Nettie y Louis Merkler, Por muchas razones.

En el valle

O nen nontlacat

O nen nonqizaco

ye nican in tlalticpac:

Ninotilinia,

in manel nonquiz,

in manel nontlacat

ye nican in tlalticpac.

En vano he nacido,

en vano he llegado

aquí a la tierra:

Sufro.

pero al menos he venido,

pero al menos he nacido

aquí en la tierra.

Cantar azteca

Chimal echó a correr lleno de pánico. La luna todavía estaba oculta tras los riscos del lado oriental del valle, pero su luz ya plateaba los bordes de las cimas. En cuanto se alzase sobre ellas, se le podría ver tan fácilmente como a la sagrada pirámide que se levantaba entre el maíz que ya brotaba. ¿Por qué no lo había pensado? ¿Por qué había aceptado el riesgo? El aliento le rasgaba la garganta mientras jadeaba y corría, su corazón latía como un gran tambor que le llenaba el pecho. Ni siquiera el recuerdo reciente de Quiauh y de sus brazos enlazándolo con fuerza podía alejar el miedo que estremecía el mundo... ¿Por qué lo había hecho?

Si por lo menos pudiese llegar al río, que estaba tan cerca. Sus sandalias tejidas se hundían en la tierra seca y lo empujaban adelante, hacia el agua y la seguridad.

Un distante silbido persistente atravesó el silencio de la noche y las piernas de Chimal se aflojaron, dejándolo caer al suelo en un espasmo de terror. Era Coatlicue, la de la cabeza de serpiente. ¡Estaba muerto! ¡Estaba muerto!

Allí yaciente, con los dedos aferrados incontrolablemente a los tallos del maíz que llegaban a la altura de la rodilla, luchaba por poner orden en sus pensamientos, para entonar su canto fúnebre, porque había llegado la hora de morir. Había violado la ley, por lo tanto, moriría: un hombre no puede escapar a los dioses. El silbido era más fuerte ahora y le atravesaba la cabeza como un cuchillo, no podía pensar y, sin embargo, debía pensar. Con un esfuerzo musitó las primeras palabras de cántico, mientras la Luna se levantaba sobre el borde rocoso, casi en el pleno, inundando el valle de luz brillante y proyectando una sombra

negra de cada tallo de maíz que rodeaba a Chimal. Este volvía la cabeza para mirar por encima del hombro y allí, tan clara como el camino que conducía al templo, estaba la línea profunda de sus pisadas entre los surcos de maíz. Quiauh... ¡te encontrarán!

Era culpable y para él no había escapatoria. Había violado el tabú y Coatlicue la terrible venía en su busca. La culpa era nada más suya; él había impuesto a la fuerza su amor a Quiauh, sí. ¿No había luchado ella? Estaba escrito que se podía interceder ante los dioses, y si no veían ninguna prueba lo tomarían a él para el sacrificio y Quiauh podría vivir. El terror le debilitaba las rodillas, pero a pesar de ello se puso de pie, se volvió y echó a correr de regreso hacia la aldea de Quilapa de la que tan recientemente había salido, desviándose de la línea reveladora de las huellas de sus pisadas.

El terror le empujaba, aunque sabía que no había esperanza de escapar, y cada vez el silbido que cortaba el aire era más cercano, hasta que, de pronto, una gran sombra envolvió la suya que huía ante él, y cayó. El miedo le paralizó y tuvo que luchar contra sus propios músculos para volver la cabeza y ver aquello que lo había perseguido.

-¡Coatlicue! -chilló, exhalando todo el aire de sus pulmones con esta sola palabra.

Era alta, dos veces más alta que cualquier hombre, y sus dos cabezas de serpiente se inclinaron hacia él, los ojos brillando con los rojos fuegos del infierno, las lenguas bifurcadas entrando y saliendo, agitándose. Mientras describía un círculo en torno a Chimal, la luz de la luna iluminó de lleno su collar de manos y corazones humanos, su falda de retorcidas serpientes que colgaban de su cintura. Mientras las dos bocas gemelas de Coatlicue silbaban, la falda viviente se movía y las amontonadas serpientes hacían eco al silbido. Chimal yacía inmóvil, más allá del terror, ahora, aceptando la muerte de la que no había huida posible, tendido como una víctima para el sacrificio sobre el altar.

La diosa se inclinó sobre él y Chimal pudo ver que era exactamente como aparecía en las piedras labradas del templo, horrenda e inhumana, con garras en vez de manos. No eran una pinzas pequeñas como las de un escorpión o de un cangrejo de río, sino unas grandes garras planas tan largas como el antebrazo de Chimal, que se abrieron hambrientas al acercarse a él. Se cerraron, arañando los huesos de sus muñecas, le arrancaron el brazo derecho, después el izquierdo. Dos manos más para el collar de la diosa.

-He violado la ley y salido de mi pueblo de noche, atravesando el río. Muero.

Su voz era sólo un susurro que subió de tono cuando empezó el cantar de la muerte a la sombra de la diosa que inmóvil esperaba.

Parto, desciendo en una noche a las regiones subterráneas. Aquí sólo nos encontraremos brevemente, transitorios en esta tierra...

Cuando hubo terminado, Coatlicue se inclinó más todavía, sus garras llegaron hasta más abajo, y arrancó el corazón palpitante de Chimal.

A su lado, en una pequeña vasija de barro colocada cuidadosamente a la sombra de la casa para que no se marchitaran, tenía un manojito de quiauhxochitl, la flor de la lluvia de la que llevaba el nombre. Arrodillada junto a la piedra donde molía el maíz, Quiauh musitaba una plegaria a la diosa de la flor pidiéndole que mantuviera alejados a los dioses oscuros. Hoy se acercaban tanto a ella que apenas podía respirar, y solamente el largo hábito le permitía seguir moviendo el rodillo arriba y abajo sobre la superficie inclinada. Hoy era el decimosexto aniversario de el día, el día en que habían encontrado el cuerpo de Chimal, en la orilla de este lado del río, descuartizado por la venganza de Coatlicue, exactamente dos días después del festival del Maíz Maduro. ¿Por qué ella se había salvado? Coatlicue debía saber que había violado el tabú al igual que Chimal y, sin embargo, ella

vivía. Cada año desde entonces, en el aniversario del día, andaba llena de miedo. y cada vez la muerte había pasado de largo. Hasta ahora.

Este año era el peor de todos, porque hoy habían llevado a su hijo al templo para juzgarlo. El desastre debería caer sobre ella ahora. Los dioses habían estado vigilando durante esos años, esperando este día, sabiendo siempre que su hijo Chimal era el hijo de Chimal-popoca, el hombre de Zaachila que había violado el tabú del clan. Cuando respiraba, salía un profundo gemido de su garganta, pero seguía moliendo sin parar los granos tiernos de su maíz.

La sombra del muro del valle oscurecía su casa y Quiauh ya había aplanado las tortillas entre las palmas de las manos y las había puesto a cocer sobre el comal, encima del fuego, cuando oyó los lentos pasos. La gente había tenido cuidado de evitar acercarse a su casa durante todo el día. No se volvió. Sería alguien que venía a decirle que su hijo había sido sacrificado, que estaba muerto. Serían los sacerdotes que venían a llevársela al templo por su pecado de dieciséis años atrás.

-Madre -dijo el muchacho. Le vio apoyado contra la pared blanca de la casa y cuando el muchacho retiró la mano, dejó una huella roja.

-Acuéstate aquí -dijo ella. Corrió adentro de la casa a buscar un petate que extendió ante la puerta, afuera, donde todavía había luz. ¡Vivía, los dos vivían, los sacerdotes sólo le habían pegado! Quiauh estaba de pie, las manos juntas, con ganas de cantar, hasta que el muchacho cayó boca abajo sobre la estera. y ella vio que le habían pegado en la espalda también, así como en los brazos. El yacía inmóvil, con los ojos abiertos mirando al valle, mientras ella mezclaba agua con las hierbas medicinales y las esparcía sobre las magulladuras sangrantes: el muchacho se estremeció ligeramente al sentir el contacto, pero no dijo nada.

-¿Puedes decir a tu madre por qué sucedió esto? -Preguntó ella, mirando el perfil inmóvil de su hijo tratando de leer alguna expresión en su rostro.

No podía adivinar qué pensaba él. Siempre había sido así desde que era niño. Sus pensamientos parecían ir más allá de ella, dejarla afuera. Esto debía formar parte de la maldición: si uno viola un tabú, debe sufrir.

-Fue un error. -los sacerdotes no cometen errores ni pegan a un muchacho por error.

-Esta vez lo hicieron. Yo estaba subiendo el risco... -Entonces no fue por equivocación que te pegaron... Está prohibido subir el risco. -No, madre -dijo él, pacientemente, no está prohibido subir el risco... lo que está prohibido es escalarlo para intentar salir del valle. ésta es la ley tal como la pronunció Tezcaltlipoca. Pero también está permitido subir por los riscos hasta la altura de tres hombres para coger huevos de aves, o por otras razones importantes. Yo sólo estaba a la altura de dos hombres del risco e iba en busca de huevos de pájaros. Esta es la ley.

-Si... ésta es la ley... ¿por qué te pegaron? La madre se sentó sobre sus talones, ceñuda, concentrada. -No recordaban la ley y no estaban de acuerdo conmigo

y tuvieron que buscar en el libro, lo que llevó largo tiempo... y cuando lo encontraron, yo tenía razón y ellos estaban equivocados. -Sonrió fríamente. No era de niña; Una manera la sonrisa de un muchacho-. Así, me pegaron por que había discutido con los sacerdotes y me había puesto por encima de ellos.

-Y así debían hacerlo. -Se levantó y vertió agua del jarro para enjuagarse las manos-. Tienes que aprender cuál es tu lugar. No debes discutir con los sacerdotes.

Durante toda su vida Chimal había oído eso, o palabras parecidas, y hacía mucho tiempo que había aprendido que la mejor respuesta es no contestar. Ni siquiera cuando se esforzaba mucho para explicar sus pensamientos y sentimientos, su madre nunca lo comprendía. Era mucho mejor guardarse para sí aquellos pensamientos.

Particularmente desde que había mentido a todo el mundo. Había tratado de escalar el risco; los huevos de pájaro eran sólo una excusa preparada para el caso de ser descubierto.

-Quédate aquí y come -dijo Quiauh, poniendo ante él la comida de la noche, compuesta de dos tortillas: tortas de maíz planas y secas de más de un palmo de diámetro-. Haré atole mientras te las comes.

Chimal echó sal sobre la tortilla y arrancó un pedazo que masticó lentamente, mientras por la puerta abierta contemplaba a su madre que se inclinaba sobre las piedras del hogar y revolvía la olla. Estaba tranquila ahora, el miedo y la paliza habían terminado y estaban olvidados; sus facciones típicamente aztecas, calmadas; el resplandor del fuego brillaba en su pelo dorado y en sus ojos azules. Chimal se sentía muy cerca de ella; habían estado solos en aquella casa desde que su padre murió siendo él muy niño. Sin embargo, al mismo tiempo se sentía tan distante. A ella no podía explicarle nada de las cosas que lo conturbaban.

Cuando su madre le trajo el atole se sentó para comer aquella papilla de maíz, usando un pedazo de tortilla como cuchara. Era rico y alimenticio, deliciosamente sazonado con miel y chile. Se sentía mejor de la espalda y de los brazos; había dejado de sangrar allí donde la piel había sido desgarrada por los azotes. Bebió agua fría de la ollita y miró al cielo que se oscurecía. Sobre los riscos, hacia el Oeste, el cielo era rojo como el fuego y ante él se cernían los zopilotes, negras siluetas que desaparecían y volvían a aparecer. Los contempló hasta que se fueron cuando la luz desapareció del cielo. Aquél era el lugar por donde él había

empezado a trepar por el risco; los zopilotes eran la razón por la que había subido.

Salieron las estrellas, vivas y centelleantes en el aire claro, mientras dentro de la casa habían cesado los ruidos familiares del quehacer. Sólo se oyó un roce cuando su madre desenrolló el petate sobre la plataforma donde dormían; luego le llamó.

-Es hora de dormir. -Dormiré un rato aquí, el aire me refresca la espalda. La voz de la madre sonó conturbada.

-No está bien dormir afuera. -Sólo un ratito, nadie puede verme, después entraré. Ella se calló después de eso, pero él permaneció acostado de lado, vio subir las estrellas y avanzar sobre su cabeza, pero el sueño no vino. En la aldea reinaba el silencio, todo el mundo dormía y él pensaba otra vez en los zopilotes.

Revisó una vez más su plan, paso a paso, y no pudo encontrar en él nada que fallase. O más bien una sola cosa: que un sacerdote había pasado por casualidad y lo había visto. El resto del plan había sido perfecto, incluso la ley que le permitía trepar por el muro resultó tal como él la recordaba. y los zopilotes, en efecto, volaban en el mismo lugar, sobre el risco. Día tras día, y desde que podía recordar eso le había interesado y había deseado saber por qué. Le había inquietado y fastidiado no saber la razón de aquello, hasta que finalmente había hecho su plan. Después de todo, ¿No era el zopilote el tótem de su clan? Tenía derecho a saber todo lo que pudiese saberse sobre ellos. A nadie más le importaba aquello, esto era cierto. Había preguntado a diferentes personas y la mayoría no se habían molestado en contestar, sólo lo apartaron de un empujón cuando persistió. O si le habían contestado, se habían encogido de hombros y echado a reír y habían dicho así es como eran los zopilotes, y lo olvidaron inmediatamente. No les importaba, a ninguno de ellos les importaba en absoluto. Ni a los niños, especialmente los niños, ni a los adultos, ni siquiera a los sacerdotes. Pero a él le importaba.

Tenía otras preguntas que hacer, pero desde muchos años atrás había dejado de preguntar sobre las cosas. Porque, a menos que las preguntas tuviesen respuestas simples que la gente sabía, o que hubiese respuestas procedentes de los libros sagrados que los sacerdotes conocían, las preguntas no harían más que encolerizar a la gente. Entonces le gritaban o incluso le pegaban, aún cuando rara vez se pegaba a los niños, y Chimal no necesitó mucho tiempo para descubrir que hacían esto, porque ellos mismos lo ignoraban. Por lo tanto, tuvo que buscar las respuestas a su manera, como en este caso los zopilotes.

Le había inquietado porque, aunque se sabía mucho sobre los zopilotes, había una sola cosa que se ignoraba o que ni siquiera se pensaba en ella. Los zopilotes comen carroña, todo el mundo lo sabe y él mismo los había visto picoteando cadáveres de armadillos o de pájaros. Hacían sus nidos en la arena, ponían sus huevos, criaban allí sus polluelos de pescuezo largo. Esto era todo lo que hacían, no había nada más que saber en cuanto a ellos.

.Excepto... ¿Por qué siempre volaban hacia aquel punto determinado sobre el risco? Su cólera por no saber, por la gente que no quería ayudarlo ni siquiera escucharlo, se reavivaba con el dolor de los recientes azotes. No podía dormir ni permanecer quieto. Se levantó, invisible en la oscuridad, abriendo y cerrando los puños. Entonces, casi sin voluntad, se alejó silenciosamente de su casa, avanzó entre las casas dormidas de la aldea de Quilapa. Aunque la gente no andaba por allí de noche. No era un tabú, sólo una cosa que no se hacía. No le importaba y se sentía osado al hacerlo. Al borde del desierto se detuvo, miró la oscura barrera de los riscos y se estremeció. ¿Iría ahora y treparía? ¿Se atrevería a hacer de noche lo que le habían impedido hacer durante el día? Sus pies contestaron por él, llevándolo hacia adelante. Ciertamente sería fácil, puesto que había marcado una grieta que parecía llegar casi hasta la comisa donde se posaban los zopilotes. Los mezquites le rasguñaron las piernas cuando

dejó el sendero y avanzó entre los grupos de altos cactus. Cuando llegó al campo de magueyes el avance fue más fácil y anduvo en línea recta entre sus hileras regulares hasta llegar a la base del risco.

Solamente cuando llegó allí reconoció el miedo que tenía. Miró alrededor con atención, pero no se veía nadie más y no había sido seguido. Sintió en el cuerpo el aire frío de la noche y se estremeció: los brazos y la espalda todavía le dolían. Se hallaría en un apuro mayor si lo atrapaban trepando otra vez por el risco, peor que una paliza, esta vez. Se estremeció más, se envolvió en sus propios brazos y se avergonzó de su debilidad. Rápidamente, antes que se preocupara más y encontrara una razón para volverse, saltó contra la roca hasta que sus dedos se aferraron a la grieta horizontal, luego se izó.

En cuanto estuvo moviéndose fue más fácil, tenía que concentrarse en encontrar los apoyos para manos y pies que había empleado aquella mañana, y había poco tiempo para pensar. Dejó atrás el nido de pájaros que había saqueado y sintió el único escrúpulo de conciencia. Ahora sí había llegado a mayor altura que la de tres hombres sobre el suelo pero no intentaba subir hasta la cima del risco, por lo tanto, se podía decir realmente que violaba la ley... Un pedazo de roca cedió bajo sus dedos y casi se cayó; inmediatamente olvidó sus preocupaciones con el aguijón del temor mientras arañaba en busca de un nuevo asidero. Subió más.

Debajo de la comisa, Chimal se detuvo para descansar con las puntas de los pies metidas en una grieta. Había sobre él un saledizo y no parecía que hubiese modo de salvarlo. Escudriñando la negrura de la roca contra el cielo estrellado, su mirada se dirigió al valle y se estremeció y se apretó contra el risco: no se había dado cuenta antes de lo alto que había llegado. Abajo, se extendía el oscuro suelo del valle con su aldea de Quilapa, luego, más allá, el profundo corte del río; incluso podía

divisar el otro pueblo de Zaachila y el lejano muro de la garganta. Esto era tabú... Coatlicue andaba por el río de noche y sólo la vista de sus dos cabezas de serpiente lo mataría a uno en el acto y lo mandaría al mundo subterráneo. Se estremeció y volvió la cara hacia la piedra. Roca dura, aire frío, espacio a su alrededor, soledad que le poseía.

No había manera de saber cuánto tiempo estuvo así colgado, varios minutos seguramente, porque los dedos de sus pies se entumecían dentro de la grieta. Todo lo que deseaba hacer ahora era llegar sano y salvo a tierra, a la tierra tan imposiblemente distante, abajo, y sólo la vacilante llama de su cólera le impedía hacerlo. Bajaría, pero antes vería hasta dónde llegaba la comisa. Si no podía pasarla tendría que regresar, y habría hecho todo lo posible para llegar. Dando la vuelta a una áspera columna de roca, vid que el saledizo tenía toda la longitud de la cornisa... pero su borde tenía una enorme brecha. En algún momento del pasado un peñasco lo rompería en su caída. Había paso para subir. Agarrándose con los dedos se izó por la pendiente hasta que su cabeza sobrepasó el borde de la cornisa.

Algo negro se abalanzó sobre él, le golpeó la cabeza y lo inundó de un olor nauseabundo. Un espasmo de miedo irrazonable clavó sus manos en la roca y le impidió caer, luego la cosa negra se alejó y un gran zopilote batió las alas, vacilante, en la oscuridad. Chimal soltó la carcajada. No había nada de qué asustarse, había llegado al lugar justo y había perturbado al ave que debía estar posada allí, esto era todo. Subió a la comisa y se puso de pie. Pronto saldría la luna, ya brillaba en una elevada franja de nubes, al Este, iluminando el cielo y borrando las estrellas. La comisa estaba desembarazada ante él, sin ningún otro zopilote, aunque sucia de los excrementos de las aves. Poco más había allí que tuviera algún interés fuera de la negra abertura de una cueva en el muro de roca que se alzaba ante él. Avanzó hacia ella, pero no se veía nada en la negrura de sus profundidades: se detuvo en la oscura entrada y se contuvo de ir más adelante. ¿Qué podía

haber allí dentro? No tardaría mucho en salir la Luna y entonces podría ver mejor. Esperaría.

Hacía frío en aquel lugar alto, expuesto al viento, pero Chimal no hizo caso de ello. El cielo se iluminaba más a cada momento y el interior de la cueva se volvía grisácea, más y más adentro. Cuando por fin la luz de la luna brilló de pleno dentro de la cueva, Chimal se sintió traicionado. No había nada que ver allí. Después de todo, la cueva no era una cueva, sólo una gran ranura en el risco que terminaba a no más del tamaño de dos hombres dentro de la abertura. Era roca solamente, roca sólida, con algo que parecía más rocas sobre el suelo de piedra. Empujó con el pie la más cercana, que se retiró blandamente. No era ninguna piedra... ¿qué podía ser? Se inclinó para cogerlo y sus dedos le dijeron lo que era al mismo tiempo que su olfato lo identificaba.

Carne..

El horror le hizo retroceder y casi despeñarse hacia su muerte. Se detuvo en el borde, temblando y frotando su mano una y otra vez en la piedra y la grava.

Carne. y la había tocado realmente, un trozo de más de un palmo, casi dos palmos de longitud, y grueso como todo el largo de su mano. En días de fiesta había comido carne y había visto a su madre prepararla: pescado, o pajaritos atrapados con una red, o lo mejor de todo, el guajolote, el pavo de la carne blanca y dulce, cocido en tiras y colocado sobre frijoles machacados y tortillas. ¿Pero qué tamaño tiene el mayor pedazo de carne del ave más grande? Sólo hay una criatura de la que pudiesen arrancarse trozos de carne así de grandes.

El hombre.

Fue un prodigio que no siguiese cayendo hacia la muerte cuando resbaló en el borde del risco, pero sus dedos jóvenes se aferraron instintivamente y sus pies se afianzaron y fue bajando. No le

quedó recuerdo del descenso. La corriente de sus pensamientos se dispersaba en gotas como agua cuando recordaba la que había visto. Carne, hombres, víctimas sacrificadas que el dios de los zopilotes había puesto allí para que ellos las comieran. Lo había visto. ¿Sería su cuerpo el primero elegido para alimentarlos? Llegó al fondo temblando incontrolablemente, cayó y pasó largo rato antes que pudiera obligarse a levantarse de la arena para volver con paso vacilante a la aldea. El agotamiento físico la alivió algo del terror y empezó a comprender la peligroso que sería que ahora la descubriesen, de regreso de aquella manera. Se deslizó cautelosamente entre las casas pardas, con sus ventanas como ojos oscuros que la miraban, hasta que llegó a la suya. Su petate estaba todavía donde la había dejado; parecía increíble que nada hubiese cambiado en el tiempo infinito que él había estado ausente; la recogió, la arrastró tras él adentro y la extendió junto al fuego apagado pero todavía caliente. Cuando se cubrió con la manta quedó dormido inmediatamente, deseoso de dejar el mundo despierto que de pronto se había vuelto más terrorífico que la peor pesadilla.

El número de los meses es dieciocho, y el nombre de los dieciocho meses es un año. El tercer mes es Tozoztenti y entonces es cuando se siembra el maíz y hay plegarias y ayuno para que la lluvia venga de modo que en el séptimo mes el maíz madure. Luego en el octavo mes se hacen plegarias para alejar la lluvia que destruiría el maíz maduro...

El dios de la lluvia, Tláloc, se ponía muy difícil aquel año. Siempre fue un dios irritable, con razón quizás, porque se le pedía tanto. En ciertos meses la lluvia se necesitaba desesperadamente para regar el maíz tierno, pero en otros meses eran necesarios los cielos claros y la luz del sol para madurarlo. Por lo tanto, muchos años Tláloc no traía la lluvia, o traía demasiada, y la cosecha era reducida y la gente pasaba hambre.

Ahora Tláloc se hacía el sordo. El Sol ardía en un cielo sin nubes

y un día tórrido seguía a otro, sin cambiar. Faltos de agua, los pequeños brotes del maíz tierno que se elevaban de la tierra endurecida y agrietada eran mucho más pequeños de lo que deberían ser y tenían un aspecto gris y cansado. Entre los surcos del raquíptico maíz, casi el pueblo entero de Quilapa andaba gimiendo, mientras el sacerdote pronunciaba a gritos su oración Y la nube de polvo se elevaba en el aire seco.

A Chimal no le era fácil llorar. Casi todos los demás derramaban lágrimas y trazaban surcos en sus mejillas polvorientas, lágrimas para conmover el corazón del dios de la lluvia de modo que sus lágrimas de lluvia cayeran como las de ellos. De niño Chimal nunca había tomado parte en la ceremonias, pero ahora que había cumplido veinte años y era un adulto, compartía los deberes y responsabilidades de los adultos. Arrastraba los pies en el polvo endurecido y pensaba en el hambre que vendría y el dolor en su vientre, pero esto le ponía colérico en vez de lloroso. Frotándose los ojos sólo conseguía que le doliesen. Por fin se humedeció el dedo con saliva, cuando nadie le veía, y trazó las líneas en el polvo de su cara.

Naturalmente, las mujeres eran las que lloraban mejor, entonces no quedó nada más que se pudiera hacer. Sin embargo, el cielo seguía siendo una bóveda caliente sin nubes. Uno a uno y de dos en dos los aldeanos se alejaron afligidos de los campos, y Chimal, quien siempre iba solo, no se sorprendió al encontrar a Malinche a su lado. Ella andaba pesadamente y en silencio, pero sólo por corto rato.

-Ahora las lluvias vendrán -dijo con suave seguridad-. Hemos llorado y orado y el sacerdote ha sacrificado:.

Pero siempre lloramos y rogamos, pensó él, y las lluvias vienen o no vienen. y los sacerdotes del templo comerán bien esta noche, un buen perro gordo. En voz alta, dijo: Las lluvias vendrán. -Tengo dieciséis años -dijo ella y, como él no contestaba, añadió-Hago buenas tortillas y soy fuerte. El otro día no teníamos masa y el

maíz no estaba deshollejado y no había ni siquiera agua de cal para hacer la masa; para las tortillas, por lo que mi madre dijo...!

Chimal no escuchaba. Permanecía dentro de sí mismo y dejaba que el sonido de la voz de ella pasara junto a él como el viento, con el mismo efecto. Andaron juntos hacia el pueblo. Algo se movía arriba, alejándose del resplandor del Sol y deslizándose a través del cielo hacia el muro gris de los riscos del Oeste, más allá de las casas. Los ojos de Chimal lo siguieron; un zopilote volando hacia aquella cornisa en el risco... Aunque sus ojos miraban el ave que se cernía, su mente se alejaba de ella. El risco no era importante, ni lo eran las aves; no significaban nada para él. Hay cosas en las que no puede pensarse. El rostro de Chimal, permanecía ceñudo e impassible mientras seguían andando, pero en sus pensamientos se retorció una ardiente irritación.

La vista del pájaro y el recuerdo del risco aquella noche... ¿podrían ser olvidados, pero no con Malinche acechándole.

-Me gustan las tortillas -dijo cuando se dio cuenta de que ella se había callado -De la manera que me gusta más comerlas... -la voz empezó de nuevo, espoleada por su interés, y Chimal prescindió de ella.

Pero la pequeña punta de flecha de la inquietud en su cabeza no desapareció, ni siquiera cuando se volvió y abandonó a Malinche de súbito y entró en la casa. Su madre estaba ocupada moliendo el maíz para la comida de la tarde, se necesitaban dos horas para prepararla. y otras dos horas del mismo trabajo para la comida de la mañana. Esta era la tarea de una mujer. Levantó la mirada y lo saludó con un movimiento de cabeza sin detener el movimiento hacia delante y hacia atrás.

-Veo a Malinche ahí afuera. Es una buena muchacha y trabaja mucho.

Malinche estaba enmarcada por la puerta abierta, las piernas

separadas, los pies descalzos plantados con firmeza en el polvo, la redondez de sus grandes senos abultados, el huipil echado sobre sus hombros, sus brazos a los lados y los puños apretados como esperando algo. Chimal se volvió de espaldas, se puso en cuclillas sobre la estera y bebió agua fría del jarro poroso.

-Tienes casi veintiún años, hijo mío -dijo Quiauh con calma irritante-, y han de reunirse los clanes.

Chimal sabía todo esto, pero no quería aceptarlo. A los veintiún años un hombre debe casarse; a los dieciséis años una muchacha debe casarse. Una mujer necesita a un hombre que le consiga el alimento; un hombre necesita a una mujer para que le prepare la comida. Los jefes del clan decidirían quiénes deben casarse de modo que sea en el mayor provecho de los clanes, y la casamentera sería llamada...

-Veré si puedo atrapar algún pescado -dijo de pronto. Se levantó y tomó su cuchillo del nicho de la pared. Su madre no dijo nada, su cabeza baja se balanceó al inclinarse sobre tu tarea. Malinche se había ido y Chimal pasó de prisa entre las casas hacia el sendero que llevaba en dirección al Sur, a través de cactus y piedras, al extremo del valle. Hacía todavía mucho calor y cuando el sendero pasó por el borde de la barranca Chimal pudo ver el río abajo, reducido a lento arroyito en esta época del año. Sin embargo, aún había agua y parecía fresca. Se apresuró a llegar al polvoriento verdor de los árboles al final del valle, donde los muros de piedra casi verticales cerraban ambos lados a medida que él avanzaba. Hacía más fresco aquí, en el sendero, bajo los árboles: uno de ellos había caído desde que él estuvo allí por última vez, tendría que llevarse algo de leña.

Luego llegó a la laguna, bajo los riscos, y su mirada siguió el delgado chorro de la cascada que caía de la altura. Se derramaba en la laguna que, aunque ahora era más pequeña, con una ancha franja de lodo alrededor, él sabía era todavía profunda en el centro. Habría peces allí, grandes peces con carne dulce en torno

a sus espinas, escondidos bajo las rocas del borde. Con el cuchillo cortó una larga y delgada rama y empezó a dar forma a una lanza de pescar.

Echado de bruces sobre un rellano de roca que sobresalía encima de la laguna, miró hacia las transparentes profundidades. Hubo un breve aleteo plateado cuando un pez se movió hacia las sombras, estaba muy lejos de su alcance. El aire era seco y caliente, el distante martilleo del pico de un pájaro sobre madera sonaba en el silencio con fuerza inusitada. Los zopilotes son aves que se alimentan de toda clase de carne, incluso carne humana, él mismo lo había visto. ¿Cuándo? ¿Cinco o seis años atrás?

Como siempre, sus pensamientos empezaron a alejarse de aquel recuerdo... pero esta vez no lo consiguieron. El dardo ardiente de la irritación que se le había clavado allí en la aldea todavía se agitaba en su mente y, con cólera súbita, se aferró al recuerdo de aquella noche. ¿Qué había visto? Pedazos de carne. ¿Armadillo o conejo, quizás? No, no podía engañarse para creer esto. El hombre era la única criatura bastante grande para haber proporcionado aquellos trozos de carne. Uno de los dioses los había puesto allí, Mixtec quizás, el dios de la muerte, para alimentar a sus siervos los zopilotes que buscan los cadáveres. Chimal había visto la ofrenda del dios y habían huido... y no había sucedido nada. Desde aquella noche había andado silencioso, esperando la venganza que nunca llegó.

¿A dónde habían ido los años? ¿Qué había sucedido al niño que siempre estaba conturbado, siempre hacia preguntas que no tenían respuesta? La punzada de la irritación penetró más y Chimal se agitó sobre la roca, luego volvióse y miró al cielo donde un zopilote, como la negra marca de un presagio, voló silenciosamente y se perdió de vista por encima del muro del valle. Yo era el muchacho, dijo Chimal casi en voz alta y reconociendo por primera vez lo que había sucedido, y estaba tan lleno de miedo que me metí dentro de mí mismo y me encerré tan

completamente como un pescado envuelto en barro para ser cocido. ¿Por qué me inquieta esto ahora?

Con un salto rápido se puso de pie y miró alrededor como buscando algo que matar. Ahora era un hombre y la gente ya no lo dejaría tranquilo como cuando era un muchacho. Tendría responsabilidades, nuevas cosas que hacer. Tendría que tomar una esposa y construir una casa y tener una familia y envejecer y al final...

-¡No! -gritó con todas sus fuerzas. y saltó lejos de la roca. El agua, fría por las nieves derretidas de las montañas, lo envolvió y lo apretó y él se sumergió. Sus ojos abiertos vieron la sombra azulada que lo rodeaba y la rizada e iluminada superficie del agua, arriba. Aquello era otro mundo y deseó permanecer allí, lejos de su mundo. Nadó más hacia abajo hasta que le dolieron los oídos y sus manos se hundieron en el lodo del lecho de la laguna. Pero entonces, aun cuando estaba pensando en permanecer allí, el pecho le ardió y sus manos por propia cuenta lo llevaron como una flecha a la superficie. Su boca se abrió, sin que él se lo mandara, y aspiró una gran bocanada de aire calmante.

Salió de la laguna y se quedó de pie en la orilla, chorreando agua de su taparrabos y de sus sandalias, y miró el muro de roca y la cascada. No podría quedarse para siempre en aquel mundo bajo el agua. Y entonces, con una comprensión que estalló de súbito, se dio cuenta de que tampoco podía permanecer en este mundo que era su valle. ¡Si fuese pájaro podría volar! Había existido una salida del valle en otro tiempo, debían ser unos días maravillosos, pero el terreno les había puesto fin. Con el ojo de la mente podía ver el pantano al otro lado del extremo del largo valle, junto a la base de aquel inmenso amontonamiento de roca y peñascos que cerraba la salida. El agua se filtraba lentamente entre las rocas y las aves volaban arriba, más para la gente del valle no había paso. Estaban encerrados en él por los grandes peñascos y por la

maldición que era todavía más difícil de superar. Era la maldición de Omeyocan, el dios cuyo nombre nunca se pronuncia en voz alta, sólo se susurra para que él no lo oiga. Se decía que la gente había olvidado a los dioses, el templo estaba cubierto de polvo y el altar de los sacrificios seco. Entonces, en un día y una noche, Omeyocan había sacudido las montañas hasta que cayeron y cerraron el valle, separado del resto del mundo, por cinco veces cien años después de los cuales, si la gente había servido bien el templo, la salida volvería a abrirse. Los sacerdotes nunca decían cuánto tiempo había transcurrido, y no importaba. El castigo no terminaría en vida de ellos.

¿Cómo era el mundo exterior? Había en él montañas, esto lo sabía; podía ver sus picos distantes y la nieve que los cubría en invierno y se reducía a pequeñas manchas blancas sobre las laderas del Norte, en verano. Fuera de esto no tenía otra idea. Debía haber pueblos como el suyo, de esto podía estar seguro. ¿Pero qué más? Debían saber cosas que su pueblo no sabía, tales como dónde encontrar metal y qué hacer con él. En el valle se atesoraban todavía algunas hachas y algunos machetes hechos de una sustancia brillante llamada hierro. Eran más flexibles que las herramientas de obsidiana; pero no se rompían y podían afilarse repetidamente. y los sacerdotes tenían una caja hecha de aquel hierro, con brillantes gemas incrustadas, que mostraban en días de festividades especiales.

¡Cómo deseaba ver el mundo que había producido aquellas cosas! Si pudiese salir la vería -tan sólo si hubiese una manera de salir- y ni siquiera los dioses podrían detenerlo. Sin embargo, aun mientras pensaba esto, se inclinó y levantó el brazo, esperando el golpe.

Los dioses lo detendrían. Coatlicue todavía andaba y castigaba y él había visto las víctimas sin manos de su justicia. No había modo de escapar.

Estaba aturdido de nuevo, lo cual era bueno. Si uno no siente no

puede ser dañado. Su cuchillo estaba sobre la roca donde lo había dejado y se acordó de recogerlo porque le había costado muchas horas de duro trabajo dar forma ala hoja. Pero los peces fueron olvidados, lo mismo que la leña; al pasar rozó el árbol muerto sin verlo. Sus pies encontraron el camino y en venturosa insensibilidad empezó el regreso a la aldea a través de los árboles.

Cuando el camino seguía el lecho seco del río pudo ver el templo y la escuela en la otra orilla. Un muchacho -era del otro pueblo de Zaachila y Chimal no sabía su nombreagitaba la mano desde la orilla, gritando algo entre sus manos ahuecadas. Chimal se detuvo para escuchar.

-Templo... -gritó. y añadió algo que sonaba como Tezcatlipoca y que Chimal esperó que no lo fuese, puesto que era el del Señor del Cielo y de la Tierra, que inflige y cura terribles enfermedades, era un nombre que no debía pronunciarse con ligereza. El muchacho, comprendiendo que no podía ser oído, bajó del margen opuesto y atravesó chapoteando el menguado arroyo del centro. Jadeaba cuando trepó hasta Chimal, pero sus ojos se abrían con excitación.

-Popoca, ¿lo conoces?, es un muchacho de nuestro pueblo. -Siguió hablando sin esperar respuesta-. Ha visto visiones y habló de ellas a los otros y los sacerdotes lo han oído y le han visto y han dicho que... Tezcatlipoca -excitado como estaba pronunció este nombre en voz alta lo ha poseído. Lo han llevado al templo de la pirámide.

-¿Por qué? -preguntó Chimal, y ya conocía la respuesta antes que le fuese dada.

-Citlallatonac liberará al dios. Debían ir allá, naturalmente, pues se esperaba que todo el mundo asistiera a una ceremonia tan importante como aquella. Chimal no deseaba verlo pero no protestó, puesto que su deber era estar allá. Dejó al muchacho

cuando llegaron a la aldea y fue a su casa, pero su madre ya se había ido, como casi todo el mundo. Guardó su cuchillo y tomó el bien trillado camino que conducía al templo. La multitud estaba reunida, silenciosa, junto a la base del templo, pero él podía ver bien incluso desde atrás donde se encontraba. En un rellano, arriba, estaba la piedra labrada, con agujeros, y manchada por la sangre acumulada durante incontables años. Estaban amarrando a un joven, que no protestaba, sobre la piedra y aseguraban sus ataduras pasándolas por los agujeros. Uno de los sacerdotes se alzó junto a él, sopló a través de un cono de papel y, por un instante, una nube blanca envolvió la cara del joven. Yauhtli, el polvo de la raíz de la planta, que hacía dormir a los hombres cuando estaban despiertos y los hacía insensibles al dolor. Cuando Citlallatonac apareció los sacerdotes menores ya habían afeitado la cabeza del muchacho, de modo que, el ritual pudo empezar. El primer sacerdote -trajo la vasija con los instrumentos que necesitaría. El cuerpo del joven se estremeció, aunque no gritó, cuando el trozo de piel fue cortado de su cráneo y el procedimiento empezó.

Hubo un movimiento entre la gente cuando la punta de flecha giratoria taladró el hueso del cráneo y Chimal, involuntariamente, se encontró en primera fila. Desde allí los detalles se veían dolorosamente claros mientras el sacerdote practicaba una serie de agujeros en el hueso, los unía... y luego levantaba y retiraba el disco del hueso.

-Ahora puedes salir, Tezcatlipoca -dijo el sacerdote. y un silencio absoluto cayó sobre la multitud al ser pronunciado aquel nombre temido-. Habla ahora, Popoca -dijo al joven-... ¿Qué es lo que viste?

El sacerdote, mientras decía esas palabras, apretó con la punta de flecha el brillante tejido gris dentro de la herida. El muchacho contestó con un débil gemido y sus labios se movieron.

-Cactus... en el terreno alto contra el muro... cogiendo el fruto y

era tarde, pero no había terminado... Aunque se pusiera el sol estaría el pueblo al anochecer...Me volví y lo vi...

-Sal, Tezcatlipoca, aquí está el camino -dijo el primer sacerdote.

y hundió más el cuchillo en la herida. -Vi la luz de los dioses venir hacia mi mientras el sol se iba... -gritó el joven.

Luego se arqueó una vez más contra sus ligaduras y quedó inmóvil.

-Tezcatlipoca se ha ido -dijo Citlallatonac, dejando caer sus instrumentos en la vasija-, y el muchacho está libre.

También muerto, pensó Chimal. y volvió la espalda.

Hacía más fresco ahora que se acercaba el atardecer y el sol no ardía tanto como antes sobre la espalda de Chimal. Desde que se había alejado del templo había permanecido allí en cuclillas sobre la arena blanca del lecho del río, mirando la estrecha franja de agua estancada. Al principio no sabía qué le había llevado allí y después, cuando comprendió qué era lo que le arrastraba, el miedo le había mantenido clavado en aquel lugar. Aquel día había sido perturbador en todos los aspectos y el sacrificio de Popoca había hecho hervir el fermento de sus pensamientos. ¿Qué había visto el muchacho? ¿Podría verlo él también? ¿Moriría si lo veía?

Cuando se levantó sus piernas casi se doblaron bajo él, tanto tiempo había estado de cuclillas, y en vez de saltar el río lo atravesó chapoteando. Antes había deseado morir bajo el agua, pero no había muerto; por lo tanto; ¿qué diferencia había en morir ahora? La vida aquí era... ¿cuál era la palabra adecuada?...insoportable. La idea de los días interminablemente sin cambio que tenía delante le parecía mucho peor que el simple acto de morir. El muchacho había visto algo, los dioses le habían poseído por haberlo visto, y los sacerdotes lo habían matado por haberlo visto. ¿Qué podía ser tan importante? No podía

imaginarlo... y era igual. Cualquier cosa nueva en aquel valle sin cambios era algo que él tenía que experimentar.

Manteniéndose junto al pantano en el extremo norte del valle no podía ser visto al dar la vuelta a los campos de maíz y maguey que rodeaban Zaachila. Aquella era una tierra que nadie quería, sólo con cactus, mezquites y arena, y nadie lo vio pasar. Las sombras tendían ahora su longitud morada sobre 1a tierra y Chimal se apresuró para llegar al muro oriental del risco, más allá de Zaachila, antes del ocaso. ¿Qué había visto el muchacho?

Había sólo un lugar de cactus con fruto que correspondiera a la descripción, el que estaba en la cima de una larga pendiente de guijarros y arena. Chimal sabía dónde estaba y cuando llegó allí el sol empezaba a descender tras los picos lejanos de las montañas. Trepó a gatas por la pendiente, hasta los cactus, luego se encaramó sobre un gran peñasco. La altura podía tener algo que ver con lo que Popoca había visto, cuanto más altura mejor. Desde su situación ventajosa se veía abrirse el valle entero, con el pueblo de Zaachila delante, luego la oscura franja del lecho del río y más allá su aldea. Una curva saliente de los riscos ocultaba la cascada del extremo sur del valle, pero el pantano y los gigantescos peñascos que lo cerraban por el norte eran claramente visibles, aunque se oscurecían, ahora que el sol había desaparecido de la vista. Esto era todo. Nada. El cielo pasó del rojo al morado oscuro y Chimal iba a bajar de su punto ventajoso. Cuando el rayo de luz dorada llegó hasta él.

Duró sólo un instante. Si no hubiese estado mirando con atención en la dirección debida, nunca lo habría visto. Un hilo dorado, fino como una delgada llama, que se extendió a través del cielo desde la dirección del sol poniente, brillante como el reflejo de la luz sobre el agua, directamente hacia él. Pero allí no había agua, solamente cielo. ¿Qué había sido?

Con un súbito sobresalto que sacudió su cuerpo comprendió dónde estaba... y lo tarde que era. Las primeras estrellas

aparecían sobre él y se hallaba lejos del pueblo y de su lado del río. ¡Coatlícue! Olvidando todo lo demás se dejó caer del peñasco sobre la arena y luego echó a correr. Era casi de noche y todo el mundo estaría ocupado con la cena: fue directamente hacia el río. El miedo le empujaba en torno a las oscuras sombras de los cactus y por encima de las bajas matas espinosas. ¡Coatlícue! No era ningún mito: él había visto sus víctimas. La razón le abandonó y corrió como un animal perseguido.

Cuando llegó a la orilla del lecho del río era completamente de noche y solamente la luz de las estrellas le mostraba el camino. Era todavía más oscuro abajo del margen... y era allí donde moraba Coatlícue. Temblando, vaciló, incapaz de decidirse a descender a la mayor negrura de abajo.

y entonces, lejos, a su derecha en la dirección del pantano, oyó como el silbido de serpiente gigantesca. ¡Era ella!

Sin vacilar más se lanzó adelante, rodó sobre la blanda arena y atravesó el agua. Se oyó otra vez el silbido. ¿Era más fuerte? Agarrándose desesperadamente con los dedos trepó a la otra orilla y, sollozando para aspirar el aire, corrió a través de los campos sin detenerse hasta que una pared sólida se levantó ante él. Se derrumbó junto al costado de la primera casa, clavando sus dedos en el áspero adobe, y se tendió allí, jadeando, sabiendo que estaba salvado. Coatlícue no llegaría allí.

Cuando su respiración fue normal se levantó y avanzó silenciosamente entre las casas hasta que llegó a la suya. Su madre estaba cocinando tortillas sobre el comal y levantó los ojos cuando él entró.

-Vienes muy tarde.

-Estuve en otra casa.

Se sentó y alargó la mano hacia la botella de agua, luego cambió

de idea y tomó el jarro de pulque. El zumo fermentado del maguey podía traer la embriaguez, pero también la felicidad y la paz. Como hombre, podía beberlo cuando quisiera y todavía no había hecho uso de esta libertad. Su madre le miró de reojo pero no dijo nada. Tomó un trago largo, luego tuvo que esforzarse mucho para dominar la tos que le sobrevino.

Durante la noche soñó un gran ruido y sintió que había sido atrapado en un derrumbe de rocas y herido en la cabeza. Un resplandor súbito de luz sobre sus párpados cerrados le despertó y quedó allí tendido en la oscuridad, lleno de un miedo irrazonable, mientras el gran ruido se alejaba y apagaba. Solamente entonces comprendió que estaba lloviendo a torrentes; el rugido del agua sobre el techo de hierba era el que había penetrado en sus sueños. Luego brilló de nuevo el relámpago y, durante un instante largo, iluminó el interior de la casa con una extraña luz azul que le mostró claramente las piedras del hogar, las ollas, la oscura y silenciosa forma de su madre profundamente dormida sobre su petate, la estera hinchada delante del umbral y el arroyuelo del agua que se escurría por el suelo de tierra. Luego la luz desapareció y el trueno rodó de nuevo con un gran ruido que debió llenar todo el valle. Los dioses, decían los sacerdotes, jugaban a rasgar las montañas y arrojar peñascos gigantescos como habían hecho una vez para cerrar la salida de allí.

A Chimal le dolía la cabeza cuando se sentó: aquella parte del sueño había sido bien verdadera, Había tomado demasiado pulque. Su madre estaba preocupada, ahora lo recordaba, porque la embriaguez era cosa sagrada y sólo debía permitirse durante ciertos festivales. Bueno, él había celebrado su propio festival. Retiró a un lado la estera y salió bajo la lluvia, dejó que cayera sobre su cara levantada y que corriera por todo su cuerpo desnudo. Chorreó dentro de su boca abierta y él tragó su dulce substancia. La cabeza se le alivió y su piel quedó limpia. Habría agua y la cosecha sería buena.

Un relámpago cruzó el cielo y Chimal pensó inmediatamente en aquella lanza de luz que había visto después de ponerse el sol. ¿Había sido la misma cosa? No, este rayo zigzagueaba y se retorció como una serpiente decapitada, mientras que la luz era recta como una flecha,

La lluvia ya no era agradable; le enfriaba, y como no quería pensar en lo que vio al atardecer entró rápidamente,

Por la mañana los tambores le despertaron lentamente.. como habían hecho todos los días de su vida. Su madre ya se había levantado y soplaba el rescoldo del fuego para reavivarlo. Ella no dijo nada, pero Chimal podía sentir el reproche en el ángulo de su torso cuando le volvió la espalda. Se tocó la cara y encontró que su barba estaba hirsuta: sería un buen momento para afeitarla. Llenó de agua una vasija y desmenuzó en ella un poco de copalxocotl, la raíz seca del árbol de jabón. Luego, con la vasija y su cuchillo, se fue atrás de la casa, donde los primeros rayos del sol cayeron sobre él. Las nubes se habían alejado y había un día claro.

Se enjabonó bien la cara y buscó un charco en el rellano de piedra que reflejó su imagen y le ayudó a afeitarse bien.

Cuando terminó sus mejillas estaban lisas, se las frotó con los dedos y volvió la cara de un lado a otro para ver si había dejado algún lugar mal afeitado. Era casi un extraño el que lo miraba desde el agua, tanto había cambiado en los últimos años. Su mandíbula era ancha y cuadrada, muy diferente de la de su padre, según todo el mundo, el cual había sido un hombre de pequeña osamenta. Incluso ahora, estando solo, sus labios estaban apretados como para cerrar cualquier palabra que pudiera escaparse, su boca tan inexpresiva como una línea trazada en la arena. Tenía muchos años de experiencia en no contestar. Hasta sus profundos ojos grises eran reservados bajo las cejas abultadas. Su pelo rubio que colgaba lacio en torno a su cabeza y estaba cortado en una línea regular, ocultaba su frente alta. El

muchacho que él conocía había desaparecido y lo había substituido un hombre a quien no conocía: ¿Qué significaban los acontecimientos de los días pasados, los extraños sentimientos que le desgarraban y las cosas todavía más extrañas que había visto? ¿Por qué no estaba en paz como todos los demás?

Cuando se dio cuenta de que alguien se había acercado por detrás, vio moverse una cara en el reflejo, nadando sobre el cielo azul: Cuauhtémec, el jefe de su clan. Grisácea y arrugada, severa y sin sonreír.

-He venido para hablar de tu matrimonio -dijo la cara reflejada.

Chimal vertió en el charco la vasija de agua jabonosa y el reflejo se quebró en mil fragmentos y desapareció.

Cuando se levantó y volvióse, Chimal descubrió que era unas pulgadas más alto que su jefe: no se habían encontrado para hablar desde hacía mucho tiempo. Todo lo que se le ocurría decir le parecía mal, por lo tanto, no dijo nada. Cuauhtémec entrecerró los ojos bajo el sol naciente y se frotó la mandíbula con sus dedos callosos por el trabajo.

-Tenemos que mantener unidos los clanes. Esta es -dijo bajando la voz- la voluntad de Omeyocan. Hay una muchacha, Malinche, que tiene la edad apropiada, y tú tienes la edad apropiada. Os casaréis poco después del festival del maíz maduro. ¿Conoces a la muchacha?

-Claro que la conozco. Es por esto que no deseo casarme con ella.

Cuauhtémec quedó sorprendido. No solamente sus ojos se ensancharon, sino que se tocó la mejilla con el dedo, además que significaba estoy asombrado.

-Lo que tú desees no importa. Te han enseñado a obedecer. No

hay otra muchacha que convenga, la casamentera lo ha dicho.

-No deseo casarme con esa muchacha ni con ninguna otra. No ahora. No deseo casarme en este momento...

-Eras muy extraño de muchacho y los sacerdotes lo sabían y te azotaron. Esto fue muy bueno para ti, pensé que ya estarías bien. Ahora hablas de la misma manera que cuando eras joven. Si no haces lo que te digo que hagas, entonces... -buscó la alternativa-. Entonces tendré que comunicarlo a los sacerdotes.

El recuerdo de aquel cuchillo negro que se deslizaba y penetraba en la blancura de la cabeza de Popoca se alzó súbitamente claro ante los ojos de Chimal. Si los sacerdotes creían que estaba poseído por un dios, lo liberarían también de la carga. Por lo tanto, comprendió de pronto que era así: solamente se abrían ante él dos caminos; nunca hubo nada más que elegir. Podía hacer lo que todos los demás hacían... o podía morir. La elección estaba en sus manos.

-Me casaré con la muchacha -dijo, y se volvió para recoger el recipiente de la letrina y llevarlo a los campos.

Alguien le pasó una taza de pulque y Chimal hundió la cara en ella y respiró el fuerte olor agrio antes de beber. Estaba solo sobre la estera recién tejida, aunque rodeado por todas partes de los ruidosos miembros de su clan y del de Malinche. Se mezclaban, hablaban, hasta gritaban para ser oídos, mientras las muchachas estaban ocupadas con los jarros de pulque. Se hallaban sentados en el área arenosa, ahora bien barrida, que había en el centro de la aldea y que apenas era bastante grande para contenerlos a todos. Chimal se volvió y vio a su madre sonriendo como no la había visto sonreír desde hacía años, y se volvió del otro lado tan de prisa que el pulque se derramó sobre su tilma, su nueva capa de boda, blanca y tejida especialmente para la ocasión. Frotó con la mano el pegajoso líquido... y se detuvo al hacerse un súbito silencio en la multitud.

-Ella viene -susurró alguien. Hubo un movimiento agitado cuando todos se volvieron para mirar. Chimal fijó la mirada dentro de la taza ya casi vacía, y no levantó los ojos cuando los invitados se apartaron para dar paso a la casamentera. La anciana vacilaba bajo el peso de la novia, pero había llevado cargas toda su vida y éste era su deber. Se detuvo al borde de la estera y con cuidado dejó que Malinche pusiera los pies sobre ella. Malinche también llevaba una capa blanca nueva, y su cara de luna había sido frotada con aceite de cacahuete para que su piel brillara y fuese más atractiva. Con movimientos oscilantes se colocó de rodillas en posición descansada, de modo muy parecido a un perro que se pone cómodo, y dirigió sus ojos redondos a Cuauhtémec, quien se levantó y abrió los brazos impresionantemente. Como jefe del clan del novio tenía derecho a hablar el primero. Carraspeó y escupió sobre la arena.

-Aquí estamos reunidos para una importante unión de los clanes. Recordaréis que cuando Yotihuac durante el hambre del tiempo en que el maíz no maduró, tenía una esposa y su nombre era Quiauh y ella está aquí entre nosotros, y tenía un hijo y su nombre es Chimal y está aquí sentado sobre la estera...

Chimal no escuchaba. Había asistido a otras bodas y ésta no sería diferente. Los jefes de los clanes harían largos discursos que darían sueño a todo el mundo. Muchos de los invitados dormirían y se bebería mucho pulque y, finalmente, cuando ya casi se pondría el sol, harían el nudo en sus capas que los ataría por toda la vida. Aun entonces habría más discursos. Solamente cuando fuera casi de noche la ceremonia terminaría y la novia se iría a casa con su familia. Malinche tampoco tenía padre, había muerto de una mordedura de serpiente de cascabel el año anterior, pero tenía tíos y hermanos. Se la llevarían y muchos de ellos dormirían con ella aquella noche. Puesto que ella era de su clan, era muy justo que ahorraran a Chimal los fantasmales peligros del matrimonio atrayendo sobre ellos las maldiciones que pudieran existir. Hasta la noche siguiente no se trasladaría la

novia a la casa del novio.

Sabía todas aquellas cosas y no le importaba. Aunque se sabía joven, en aquel momento sentía que sus días casi habían terminado. Podía ver el futuro y el resto de su vida tan claramente como si ya lo hubiese vivido, porque sería invariable y nada diferente de las vidas de todos los demás que lo rodeaban. Malinche le haría las tortillas dos veces al día y daría a luz un hijo una vez al año. El sembraría el maíz y cosecharía el maíz y cada día sería igual que cualquier otro día y él envejecería y después pronto estaría muerto.

Así debía ser. Tendió la mano pidiendo más pulque y volvieron a llenarle la taza. Así sería. No había nada más y no podía pensar en nada más. Cuando su mente se desviaba de los pensamientos justos que debía tener, rápidamente le arrastraba y bebió un poco más de la taza. Permanecería callado y vaciaría su mente de pensamientos. Una sombra cruzó la arena y los rozó durante un breve instante de oscuridad cuando un gran zopilote fue a posarse sobre el techo de una casa cercana. Era polvoriento y andrajoso y, como una vieja que se arreglara la túnica, movió las alas Y. se balanceó mientras se instalaba. Primero miró a Chimal con un solo ojo frío, luego con el otro. Sus ojos eran tan redondos como los de Malinche e igualmente vados. Su pico, malignamente curvado, estaba manchado de sangre, como las plumas de su cuello.

Era tarde y el zopilote hacía mucho que se había ido. Aquí todo era demasiado vivo: el pájaro quería la carne muerta, sin peligro. La prolongada ceremonia llegaba finalmente a su término. Los jefes de ambos clanes se adelantaron solemnemente y pusieron sus manos sobre la blanca tilma, luego se dispusieron a anudar las capas de boda. Chimal parpadeó ante las manos rudas que asían la esquina de la tela y, en un instante, desde nada a todo, la roja locura se posesionó de él. Era lo que había sentido aquel día en el estanque, pero mucho más fuerte. Sólo había una cosa que

podía hacerse, una sola cosa que tenía que hacerse, y no había otro camino posible que seguir.

Se puso en pie de un salto y arrancó la capa de los dedos que la aferraban.

-¡No, no lo haré! -gritó con Voz enronquecida por el pulque que había bebido-. No me casaré con ella ni con ninguna otra. No podéis forzarme a hacerlo.

Salió el crepúsculo, a través del silencio impresionante, y nadie pensó en levantarse y detenerlo.

Si la gente del pueblo lo estaba vigilando, no lo mostró. Algunas de las cortinas de las puertas se agitaron con la brisa que se había levantado con el alba, pero nada se movía tras ellas en la oscuridad. Chimal andaba con la cabeza levantada, con pasos tan enérgicos que los dos sacerdotes con sus capas largas hasta el suelo tenían dificultad para seguirlo. Su madre había llorado cuando fueron a buscarlo, poco después de amanecer, un solo grito de dolor como si lo hubiese visto morir en aquel momento. Ellos estaban de pie en el umbral, negros como dos mensajeros de la muerte, y preguntaron por él, con las armas preparadas para el caso que se resistiera. Cada uno de ellos llevaba un inaquahuitl, la más mortífera de todas las armas aztecas: las hojas de obsidiana clavadas en el mango de madera dura eran tan aguzadas que podían Cortar la cabeza de un hombre de un solo golpe. No necesitaron aquella amenaza de violencia, todo lo contrario, en realidad. Chimal estaba detrás de ellos cuando oyó las voces. -Al templo, pues -había contestado, echándose la capa sobre los hombros y anudándola mientras echaba a andar. Los jóvenes sacerdotes tuvieron que Correr para alcanzarlo. Sabía que debería estar aterrorizado por lo que pudiera esperarle en el templo y, sin embargo, por alguna razón inexplicable, estaba gozoso. No feliz, nadie podía ser feliz al ir a enfrentarse con los sacerdotes, pero era tan grande su sensación de obrar acertadamente que podía prescindir de la sombra oscura del

futuro. Como si le hubiesen quitado un gran peso del espíritu y, en verdad, así era. Por primera vez, desde que era un niño, no había mentido para ocultar sus pensamientos: había expresado lo que sabía era verdad, desafiando a todo el mundo. No sabía dónde acabaría aquello, pero en aquel instante no le importaba en realidad.

Lo esperaban en la pirámide y no fue cuestión entonces de andar solo. Los sacerdotes le cerraron el paso y dos de los más fuertes le asieron de los brazos: no hizo ningún intento para liberarse de ellos mientras le conducían escalera arriba hasta el templo de la cima. Nunca había entrado allí antes; normalmente sólo los sacerdotes pasaban la puerta labrada con su friso de serpientes vomitando esqueletos. Cuando se detuvieron a la entrada, algo de su gozo se evaporó ante la sombría perspectiva. Le dio la espalda para mirar al valle.

Desde aquella altura podía ver toda la longitud del río. Surgía del bosquecillo del sur y avanzaba en meandros entre las empinadas riberas, pasaba entre las dos aldeas, luego seguía su curso de arena dorada hasta desaparecer en el pantano, allí cerca. Detrás del pantano se levantaba la barrera de roca y Chimal podía ver más montañas altas a la distancia...

-Traed lo adentro -dijo la voz de Citlallatonac desde el templo.

Le empujaron hacia dentro. El primer sacerdote estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un bloque de piedra ornamentado, ante una estatua de Coatlicue. A la media luz del templo la diosa parecía horrendamente viva, barnizada y pintada y decorada con piedras preciosas y chapas de oro. Sus dos cabezas miraban a Chimal y las garras de sus brazos parecían dispuestas a apresarle.

-Has desobedecido a los jefes del clan -dijo el primer sacerdote en voz alta.

Los otros sacerdotes se apartaron para que Chimal pudiese acercársele. Chimal avanzó y, al hacerlo, vio que el sacerdote era más viejo de lo que él creía. Su pelo, con pegotes de sangre y polvo y sin lavar desde hacía años, producía el deseado efecto atemorizante, así como la sangre en su túnica con símbolos de muerte. Pero los ojos del sacerdote estaban hundidos profundamente en su cabeza, enrojecidos y lacrimosos; su cuello era tan flaco y arrugado como el de un pavo. Su piel tenía una palidez de cera excepto donde se había puesto emplastos de polvo coloreado para simular buena salud. Chimal miró al sacerdote y no contestó.

La voz del viejo temblaba de rabia. -No desobedeci; por lo tanto, no hay castigo. El sacerdote medio se levantó por el asombro cuando oyó aquellas palabras pronunciadas tranquilamente, después se dejó caer y se encogió, con los ojos entrecerrados por la cólera.

-Hablaste de esta manera una vez, antes, y fuiste azotado, Chimal. No se discute con un sacerdote.

-No discuto, venerado Citlallatonac, sino que simplemente explico lo que ha sucedido...

-No me gusta el sonido de tu explicación -interrumpió el sacerdote-. ¿No sabes cuál es tu lugar en este mundo? Te lo enseñaron en la escuela del templo junto con los otros muchachos. Los dioses gobiernan. Los sacerdotes interpretan e interceden. El pueblo obedece. Tu deber es obedecer y nada más.

-Cumpló mi deber. Obedezco a los dioses. No obedezco a mis semejantes cuando están en contradicción con la palabra de los dioses. Sería una blasfemia hacerlo, para la cual el castigo es la muerte. Como no deseo morir, obedezco a los dioses aunque los hombres mortales encolericen conmigo.

El sacerdote parpadeó, luego se quitó una legaña del ángulo de un ojo Con la punta de su áspero índice..

-¿Cuál es el sentido de tus palabras? -dijo por fin. Había leve vacilación en su voz-. Los dioses han ordenado tu matrimonio.

-Esto no lo han hecho... Los hombres han hecho esto. Está escrito en las palabras sagradas que el hombre debe casarse y ser fértil y la mujer debe casarse y ser fértil. Pero no dicen a qué edad deben casarse ni que deba forzárselos a casarse contra su voluntad.

-Los hombres se casan a los veintiún años, las mujeres a los dieciséis...

-Esto es la costumbre común, pero Solamente una costumbre. No tiene el peso de la ley...

-Discutiste antes -chilló el sacerdote- y fuiste azotado. Puedes ser azotado otra vez...

-Se azota aun muchacho. No se azota a un hombre por decir la verdad. Yo pido solamente que se siga la ley de los dioses... ¿Cómo podéis castigarme por esto?

-Traedme los libros de la ley -gritó el primer sacerdote a los otros que esperaban afuera-. A éste debe enseñársele la verdad antes que sea castigado. No recuerdo ninguna ley como esa.

En tono tranquilo Chimal dijo: -Yo las recuerdo claramente. Son como te he dicho. El viejo sacerdote se echó hacia atrás, parpadeando furiosamente bajo la luz del sol que caía sobre él. El rayo de luz, el rostro del sacerdote, agitaron la memoria de Chimal y pronunció las palabras casi como un desafío.

-Recuerdo también lo que tú nos dijiste sobre el Sol y las estrellas, lo que leíste en los libros. El Sol es una bola de gas ardiente movida por los dioses: ¿no dijiste esto? ¿O dijiste que el Sol

estaba engarzado en una concha de diamante?

-¿Qué estás diciendo del Sol? -preguntó el sacerdote, frunciendo el ceño.

-Nada -replicó Chimal. Algo, pensó para sí algo que no me atrevo a decir en voz alta o pronto estaría tan muerto como Popoca que vio el rayo antes. Yo también lo he visto, y era exactamente como el sol brillando sobre el agua o sobre un diamante. ¿Por qué los sacerdotes no les habían hablado de la cosa que en el cielo produce aquel rayo de luz? Interrumpió estos pensamientos cuando los sacerdotes entraron con los volúmenes sagrados.

Los libros estaban encuadernados con piel humana y eran antiguos y venerados: en los días de festivales los sacerdotes leían parte de ellos. Ahora los colocaron sobre la repisa de piedra y se retiraron. Citlallatonac los empuñó, primero levantó uno ante la luz, luego el otro.

-Quieres leer el segundo libro de Tezcatlipoca -dijo Chimal-. Eso de lo que yo hablo está en la página trece o catorce.

Un libro cayó con un ruido seco y el sacerdote sé volvió hacia Chimal con los ojos muy abiertos.

-¿Cómo lo sabes? -Porque me lo dijeron y lo recuerdo. Esto es lo que se leyó en voz alta, y lo recuerdo, se dijo el número de la página.

-Sabes leer, es por esto que sabes esto. Has venido secretamente al templo para leer los libros prohibidos...

-No seas tonto anciano. Nunca he estado antes en este templo. Recuerdo, esto es todo. -Algún demonio instigó a Chimal ante el asombro del sacerdote-, y sé leer, si es que debes saberlo. Esto tampoco está prohibido. En la escuela del templo aprendí mis números, como todos los otros niños, y aprendí a escribir mi

nombre, lo mismo que ellos. Cuando enseñaban a los otros a escribir sus nombres yo escuchaba y aprendí también y, por lo tanto, conozco el sonido de todas las letras. Fue realmente muy sencillo..

El sacerdote no encontraba palabras y no contestó. En vez de esto, buscó entre los libros hasta que encontró el que Chima había mencionado, luego volvió las páginas lentamente, pronunciando en voz alta las palabras mientras leía. Leyó, volvió atrás la página y leyó otra vez... después dejó caer el libro,

-Ya ves que tengo razón -le dijo Chimal-. Me casaré, pronto, con una que yo elija después de haber consultado largamente y bien a la casamentera y al jefe del clan. Esta es la manera de hacerlo según la ley...

-¡No me digas cuál es la ley, hombrecito! Soy el primer sacerdote y yo soy la ley y tú debes obedecerme.

-Todos obedecemos, gran Citlallatonac -contestó Chimal con calma-. Ninguno de nosotros está por encima de la ley y todos nosotros tenemos nuestros deberes.

-¿Te refieres a mí? ¿Osas mencionar los deberes de un sacerdote, tú, un... una nada? Puedo matarte.

-¿Por qué? No he hecho nada malo. El sacerdote estaba de pie, ahora, chillando de cólera, mirando a la cara de Chimal y salpicándolo con saliva al estallar las palabras en sus labios.

-Discutes conmigo, pretendes conocer la ley mejor que yo, lees aunque nunca se te enseñó a leer. Estás poseído por uno de los dioses negros y yo lo sé, y liberaré ese dios de dentro de tu cabeza.

Colérico también él, pero fríamente, Chimal no pudo contener una mueca de disgusto.

-¿Esto es todo lo que sabes, sacerdote? ¿Matar a un hombre que no está de acuerdo contigo... aun cuando él tenga la razón y tú estés equivocado? ¿Qué clase de sacerdote resultas de esto?

Con un chillido sin palabras el sacerdote levantó ambos puños y los bajó juntos para pegar a Chimal y arrancarle la voz de la boca. Chimal agarró las muñecas del viejo y las retuvo fácilmente aun cuando el sacerdote luchaba para liberarse. Hubo ruido de pasos apresurados cuando los espectadores horrorizados echaron a correr para ayudar al primer sacerdote. Tan pronto como lo tocaron, Chimal soltó sus manos y retrocedió, sonriendo torcidamente.

Entonces sucedió. El anciano levantó otra vez los brazos, abrió ampliamente la boca hasta que sus mandíbulas casi sin encías se hicieron visibles, rosadas... luego gritó, pero no le salió ninguna palabra.

Hubo un chillido, ahora más de dolor que de cólera, y el sacerdote se derrumbó al suelo como un árbol caído. Su cabeza golpeó la piedra con un ruido hueco y quedó inmóvil, los ojos entreabiertos mostrando el blanco amarillento, mientras una burbuja de espuma aparecía en sus labios.

Los otros sacerdotes corrieron a su lado, lo levantaron y se lo llevaron, y Chimal fue golpeado desde atrás por uno de ellos que llevaba una maza. Si hubiese sido otra arma lo hubiera matado, y aun cuando Chimal estaba inconsciente esto no impidió a los sacerdotes patear su cuerpo inerte antes de llevárselo también.

Cuando el Sol se elevó sobre las montañas brilló a través de las aberturas del muro y encendió llamas en las piedras de los ojos de serpiente de Coatlicue. Los libros de la ley yacían, olvidados, donde habían caído.

-Parece que el anciano Citlalatonac está muy enfermo -dijo el sacerdote mientras revisaba la reja de la celda de Chimal. La

entrada estaba cerrada por pesados barrotes de madera, cada uno más grueso que las piernas de un hombre, empotrados en agujeros practicados en la piedra del umbral. Los sostenía un tronco más pesado, con una entalladura que lo enclavijaba al muro fuera del alcance del preso. No es que Chimal fuese libre de intentar siquiera esto, pues sus muñecas y sus tobillos estaba atados con fibra de maguey irrompible.

-Tú lo pusiste enfermo -añadió el joven sacerdote, haciendo sonar los pesados barrotes. El y Chimal eran de la misma edad y habían estado juntos en la escuela del templo-. No sé por qué lo hiciste. Tuviste problemas en la escuela, pero supongo que todos los tuvimos, más o menos, así son los muchachos. Nunca pensé que terminarías haciendo esto.

Casi como una puntuación en el hablar, metió su lanza entre los barrotes y pinchó el costado de Chimal, quien rodó para alejarse de la punta de obsidiana cuando ésta penetró en el músculo de su costado y la sangre manó de la herida. El sacerdote se fue y Chimal quedó solo otra vez. Había una estrecha rendija en el muro de piedra, alta, que dejaba entrar un polvoriento rayo de sol. Las voces penetraban también, gritos excitados y de cuando en cuando el lamento aterrado de alguna mujer.

Vinieron, uno tras otro, todos, cuando corrió la noticia por las aldeas. Desde Zaachila corrieron a través de los campos, atropellándose como hormigas de un nido destruido, hasta el lecho del río y por la arena. Al otro lado se encontraron con la gente de Quilapa, corriendo todos ellos espantados. Se agruparon en torno a la base de la pirámide en una masa sólida, gritando y llamándose unos a otros para enterarse de las noticias que pudieran conocerse. El barullo se acalló solamente cuando un sacerdote salió del templo superior y bajó lentamente la escalera, con las manos levantadas pidiendo silencio; se detuvo al llegar a la piedra de los sacrificios. Su nombre era Itzcóatl y tenía a su cargo la escuela del templo. Era un hombre alto, severo, de

mediana edad, pelo rubio y lacio que caía hasta más abajo de los hombros. La mayoría de la gente creía que algún día sería primer sacerdote.

-Citlallatonac está enfermo -gritó. y un gemido apagado salió de la multitud que escuchaba-. Ahora está descansando y lo cuidamos. Respira pero no está despierto.

-¿Cuál es la enfermedad que lo afligió tan de pronto? -gritó desde abajo uno de los jefes de clan.

Itzcóatl tardó en contestar; con la uña bordeada de negro tocó una mancha de sangre seca en su túnica.

-Fue un hombre que peleó con él -dijo por fin. El silencio inmovilizó a la multitud-. Tenemos al hombre encerrado para poder interrogarlo más tarde y después matarlo. Está loco o poseído por un demonio. Lo descubriremos. No golpeo a Citlallatonac, pero es posible que le echara una maldición. El nombre de ese hombre es Chimal.

Al oír esta noticia la gente se agitó y susurró como un enjambre de abejas, y retrocedió. Estaban todavía muy juntos, aún más apretados ahora al apartarse de Quiauh como' si su contacto pudiese ser venenoso. La madre de Chimal permanecía en el centro del espacio abierto con la cabeza baja y las manos juntas adelante, una figura pequeña y solitaria.

Así pasó el día. El Sol se elevó más y la gente seguía allí, esperando. Quiauh siguió allí también, pero se hizo a un lado de la multitud donde pudiera estar sola: nadie le hablaba ni siquiera la miraba. Algunas personas estaban sentadas en el suelo o hablaban en voz baja, otras se fueron a los campos para sosegar, pero siempre volvían. Las aldeas estaban abandonadas y, uno tras otro, los fuegos de los hogares se apagaron. Cuando el viento venía de aquel lado podía oírse ladrar a los perros a los que no se había dado de comer, ni de beber,

pero nadie les hacía caso.

Al atardecer se dijo que el primer sacerdote había recobrado el conocimiento, pero estaba, todavía perturbado. No podía mover ni la mano ni la pierna derechas y le costaba hablar.

La tensión de la multitud creció perceptiblemente cuando el Sol se enrojeció y se hundió tras las montañas. Una vez perdido de vista, la gente de Zaachila se apresuró, de mala gana, a regresar a su aldea. Tenían que haber atravesado el río cuando se hiciera de noche... pues aquella era la hora en que andaba Coatlicue. No sabrían lo que sucedía en el templo, pero, por lo menos, dormirían aquella noche sobre sus petates. Los aldeanos de Quilapa tenían por delante una larga noche; trajeron montones de paja y cañas de maíz e hicieron antorchas. Aunque a los niños pequeños se les dio de mamar, nadie más comió y, con aquel terror, tampoco nadie tenía apetito.

Las antorchas crepitantes mantenían alejada la tiniebla nocturna; algunos apoyaban la cabeza sobre sus rodillas y dormitaban, pero muy pocos. La mayoría permanecían sentados, contemplaban el templo y esperaban. Las voces de los sacerdotes en oración llegaban débilmente hasta ellos y el ritmo constante de los tambores estremecía el aire como el palpitante del corazón del templo.

Citlallatonac no mejoró aquella noche, pero tampoco empeoró. Viviría y diría las plegarias matutinas, y luego, durante el día siguiente, los sacerdotes se reunirían en solemne asamblea y sería elegido un nuevo primer sacerdote y se celebrarían los actos rituales que lo establecerían en el cargo. Todo iría bien. Todo tenía que ir bien.

Hubo agitación entre los espectadores cuando salió la estrella de la mañana. Esta era el planeta que anunciaba la aurora y la señal para que los sacerdotes rogaran una vez más a Huitzilopochtli, el Mago del Colibrí, que viniera en su ayuda. Era el único que podía

luchar eficazmente contra los poderes de las tinieblas, y siempre, desde que dio nacimiento al pueblo azteca, había velado por ellos. Cada noche lo llamaban con oraciones y él avanzaba con sus rayos y combatía la noche y las estrellas y las vencía, y así se retiraban y el Sol podía levantarse de nuevo.

Huitzilopochtli siempre había venido en ayuda de su pueblo, aunque había sido inducido a ello con sacrificios y las plegarias apropiadas. ¿No había salido el Sol todos los días para demostrarlo? Las plegarias apropiadas, esto era lo importante; las plegarias apropiadas.

Solamente el primer sacerdote podía pronunciar aquellas plegarias.

El pensamiento no se había expresado en palabras todavía, pero había estado allí toda la noche. El miedo estaba todavía allí como una presencia pesada cuando los sacerdotes, con antorchas humeantes, salieron del templo para iluminar el camino del primer sacerdote. Este salió lentamente, sostenido por dos de los sacerdotes más jóvenes. Andaba vacilante con su pierna izquierda, pero la derecha sólo se arrastraba inerte tras él. Lo llevaron al altar y lo sostuvieron de pie mientras se realizaban los sacrificios. Tres pavos y un perro fueron sacrificados esta vez, porque se necesitaba mucha ayuda. Uno tras otro fueron arrancados los corazones y colocados con cuidado en la mano izquierda crispada de Citlallatonac; sus dedos se apretaron hasta que la sangre corrió entre ellos y cayó sobre la piedra, pero su cabeza colgaba formando un ángulo extraño y su boca colgaba abierta.

Era la hora de la plegaria. Los tambores y la salmodia callaron y el silencio fue absoluto. Citlallatonac abrió la boca y los tendones de su cuello sobresalieron tirantes mientras se esforzaba por hablar. En vez de palabras emitió solamente un áspero croar y un hilo de saliva que se alargaba y alargaba colgó de su labio caído.

Entonces se esforzó todavía más, retorciéndose entre las manos que lo sostenían, tratando de sacar las palabras de su garganta inútil, hasta que su cara se enrojeció por el esfuerzo. También se esforzó mucho porque, de pronto saltó de dolor como si fuese un muñeco de miembros flojos lanzado al aire, después se derrumbó inerte.

Después de esto no se movió más. Itzcoatl corrió hacia él y puso la oreja sobre el pecho del anciano.

-El primer sacerdote ha muerto -dijo. y todo el mundo oyó esas terribles palabras. Un lamento de angustia se alzó del gentío reunido y al otro lado del río, en Zaachila, lo oyeron y supieron lo que significaba. Las mujeres apretaban a sus hijas contra ellas y sollozaban, y los hombres estaban igualmente espantados.

En el templo observaban, esperando cuando no había esperanza, mirando la estrella de la mañana que se elevaba más en el cielo a cada minuto. Pronto estuvo más alta de lo que la habían visto nunca, porque los demás días se había perdido en la luz del sol que alboreaba.

Sin embargo, aquel día no había resplandor en el horizonte del oriente. Había solamente la tiniebla que todo lo envolvía.

El sol no saldría. Esta vez el grito que salió de la multitud no era de dolor sino de miedo. Miedo de los dioses y de la interminable batalla de los dioses que podía engullir el mundo entero. ¿No podrían ahora triunfar los poderes de la noche de modo que esta noche continuase para siempre? ¿Sería capaz el nuevo primer sacerdote de pronunciar oraciones suficientemente poderosas para traer de nuevo el Sol y la luz del día que es la vida?

Chillaron y echaron a correr. Algunas de las antorchas se apagaron y en la oscuridad dominaba el pánico. Algunas personas caían y eran pisoteadas ya nadie le importaba. Esto podía ser el fin del mundo.

En lo hondo, bajo la pirámide, Chimal fue despertado de un incómodo sueño por los gritos y el ruido de las carreras. No pudo entender las palabras. La luz de las antorchas brillaba y desaparecía afuera de la rendija. Intentó darse la vuelta, pero se encontró con que apenas podía moverse. Por lo menos sus piernas y sus brazos estaban entumecidos, ahora.

Había estado atado durante lo que parecía incontables horas y al principio el dolor en las muñecas y los tobillos había sido casi insoportable. Pero después había venido el entumecimiento y ahora ya ni siquiera sentía las ligaduras. Todo el día y toda la noche había yacido allí, atado de aquella manera, y tenía mucha sed. y se había ensuciado, igual que un niño pequeño; no podía hacer otra cosa. ¿Qué sucedía afuera? De pronto sintió una gran debilidad y deseó que todo hubiese terminado y estuviese tranquilamente muerto. Los niños no discuten con los sacerdotes. Tampoco los hombres.

Hubo un movimiento afuera cuando alguien bajó los escalones, sin luz y palpando el muro para guiarse. Pasos hasta su celda y el ruido de unas manos tocando los barrotes.

-¿Quién está aquí? -gritó, incapaz de soportar la invisible presencia en la oscuridad. Su voz era cascada y áspera-. Habéis venido a matarme por fin, ¿no? ¿Por qué no lo decís?

Solamente se oía una respiración... y el roce de la clavija al ser retirada. Después, uno por uno fueron sacados de sus hoyos los pesados barrotes y Chimal supo que alguien había entrado en la celda y estaba cerca de él.

-¿Quién es? -gritó, tratando de incorporarse apoyado en la pared.

-Chimal -dijo la voz de su madre, baja, desde la oscuridad.

Al principio no lo creía y pronunció el nombre de su madre. Ella se arrodilló junto a él y -Chimal sintió sus dedos en la cara

-¿Qué sucedió? -le preguntó-. ¿Qué haces aquí... y dónde están los sacerdotes?

-Citlallatonac ha muerto. No pronunció las oraciones y el sol no saldrá. La gente está loca, aúllan como perros y huyen.

Esto puedo creerlo, pensó él, y durante unos instantes el mismo pánico se apoderó de él, hasta que recordó que lo mismo da un fin que otro para un hombre que va a morir. Mientras anduviese por los siete avernos no importaría lo que sucediese en el mundo de arriba.

-No debías haber venido -dijo a su madre, pero había bondad en sus palabras y se sintió más cerca de ella de lo que había estado en muchos años-. Vete ahora antes que los sacerdotes te encuentren y te sacrifiquen también. Se ofrecerán muchos corazones a Huitzilopochtli si ha de librar una batalla y salir triunfante contra la noche y las estrellas ahora que son tan fuertes.

-Tengo que libertarte -dijo Quiauh, buscando las ataduras-. Lo que ha sucedido es obra mía, no tuya, y no has de ser tú quien sufra por ello.

-Es mi culpa, bien cierto. Fui bastante loco para discutir con el anciano y se excitó y luego se enfermó de repente. Tienen razón de acusarme.

-No -dijo ella, mientras tocaba las ataduras de las muñecas y luego se inclinó sobre ellas, porque no tenía cuchillo-. La culpa es mía porque peque hace veintidós años, y el castigo ha de ser mío.

Empezó a roer las duras fibras.

-¿Qué quieres decir?

Sus palabras no tenían sentido para él. Quiauh se detuvo un

momento, se incorporó en la oscuridad y juntó las manos sobre su regazo. Lo que había de decirse, debía ser dicho de la manera justa.

-Soy tu madre, pero tu padre no es el que creías. Eres hijo de Chimal-popoca, que era de la aldea de Zaachila. Vino a mí y me gustó mucho; por lo tanto, no lo rechacé aun cuando sabía que estaba mal. Era de noche cuando trató de atravesar el río de regreso y fue atrapado por Coatlícue. Todos esos años desde entonces he esperado que ella viniera y me atrapara a mí también, pero no ha venido. La suya es una venganza mayor. Quiere tomarte a ti en mi lugar.

-No puedo creerlo -dijo él.

Pero no hubo respuesta porque su madre estaba de nuevo royendo las ligaduras. Estas se separaban, hebra por hebra, hasta que las manos de Chimal quedaron libres. Quiauh buscó las ataduras de sus tobillos.

-No esas, no todavía -dijo jadeando, al sentir de nuevo el dolor en la carne que revivía-. Frota mis manos. No puedo moverlas y me duelen.

Quiauh tomó en las suyas las manos de Chimal y las frotó con suavidad, pero a pesar de ello cada contacto era como fuego.

-Todo en el mundo parece cambiar -dijo el joven, casi con tristeza-. Quizás no deberían violarse las leyes. Mi padre murió y tú has vivido siempre más con la muerte. Yo he visto la carne con que se alimentan los zopilotes y el fuego en el cielo, y ahora la noche no tiene fin. Déjame antes que te encuentren. No puedo escapar a ninguna parte.

-Debes escapar -dijo ella.

Solamente oía las palabras que quería oír mientras se esforzaba

con las ataduras de los tobillos. Chimal, para complacerla, y por el placer de sentir su cuerpo libre de nuevo no la detuvo.

-Y ahora nos iremos -dijo Quiauh cuando él pudo por fin sostenerse sobre sus pies.

Se apoyó en ella para subir la escalera, y era como andar sobre carbones encendidos. No había más que silencio y oscuridad más allá de la puerta. Las estrellas eran claras y brillantes y el Sol no había salido. Arriba se oían murmullos de voces, las de los sacerdotes que pronunciaban los ritos para el nuevo primer sacerdote.

-Adiós, hijo mío, no volveré a verte jamás.

El movió la cabeza en la oscuridad, con dolor, y no pudo hablar. Las palabras de Quiauh eran bien verdad: no había manera de escapar de aquel valle. La abrazó una vez, para consolarla, de la manera en que ella le abrazaba cuando era pequeño, hasta que lo apartó empujándolo suavemente.

-Vete ahora -dijo- y yo volveré a la aldea. Quiauh esperó en el umbral hasta que la figura vacilante de Chimal se hubo desvanecido en la noche infinita, luego se volvió y tranquilamente volvió a la celda. Desde dentro puso de nuevo los barrotes en su lugar, aunque no pudo fijarlos, luego se sentó arrimada al muro del fondo. Palpó el suelo de piedra hasta que sus dedos tocaron las ligaduras que le había quitado a su hijo. Ahora eran demasiado cortas para amarrarlas, pero de todas maneras rodeó con ellas sus muñecas y sostuvo los cabos con los dedos. Colocó cuidadosamente un pedazo sobre sus tobillos.

-Luego se reclinó plácidamente, casi sonriendo en la oscuridad.

La espera había terminado por fin, esos años de espera. Pronto estaría en paz. Vendrían y la encontrarían aquí y sabrían que había librado a su hijo. La matarían, pero no le importaba.

La muerte sería mucho más fácil de soportar.

En la oscuridad alguien tropezó con Chimal y le agarró; hubo un instante de miedo al pensar que lo habían capturado. Pero cuando ya cerraba el puño para pegar, oyó al hombre, podía incluso ser una mujer, lanzar un lamento, soltarlo y echar a correr. Chimal comprendió que ahora, durante esta noche, todo el mundo estaría tan asustado como él. Avanzó vacilante, se alejó del templo con las manos tendidas ante sí, hasta que quedó separado de la otra gente. Cuando la pirámide con sus luces parpadeantes en la cumbre fue sólo una gran sombra a lo lejos, se dejó caer, apoyó la espalda contra una gran piedra y se concentró en pensar.

¿Qué haré? Casi pronunció las palabras en voz alta y comprendió que el pánico no le ayudaría. La oscuridad era su protección, no su enemigo como lo era para todos los demás, y debía aprovecharla bien. ¿Qué venía primero? ¿El agua, quizás? No, no ahora. Solamente había agua en la aldea y no podía ir allá. Ni al río mientras andaba Coatlicue. Su sed, simplemente, tendría que ser olvidada; había estado sediento otras veces. ¿Podría escapar de este valle? Durante muchos años este pensamiento había estado en algún lugar del fondo de su mente, los sacerdotes no podían castigar a uno por pensar en escalar los riscos, y alguna u otra vez había mirado todas las partes del muro del valle. En algunos lugares podía escalar, pero nunca hasta muy lejos. O bien la roca era demasiado lisa, o había un saledizo. Nunca había encontrado un punto que pareciera a propósito siquiera para un intento.

¡Si por lo menos pudiese volar! Las aves dejaban este valle, pero él no era un ave. Nada más escapaba, excepto el agua, pero él tampoco era agua. Pero podía nadar en el agua, podría haber una salida de esta manera.

No es que realmente lo creyera. Su sed podía tener algo que ver con la decisión, y el hecho de que se encontraba entre el templo y

el pantano y sería fácil llegar a éste sin encontrarse a nadie por el camino. En todo caso había necesidad de hacer algo, y esto era lo más fácil. Sus pies encontraron un sendero y lo siguió lentamente a través de la tiniebla, hasta que pudo oír los ruidos nocturnos del pantano poco más adelante. Se detuvo entonces y hasta volvió sobre sus pasos porque Coatlicue podía estar también en el pantano. Luego encontró un lugar arenoso fuera del sendero y se acostó de espaldas. El costado le dolía y también la cabeza. Tenía heridas y magulladuras en casi todo el cuerpo. Sobre él las estrellas se elevaban y pensó que era extraño ver las estrellas del verano y del otoño en aquella época temprana del año. Los pájaros piaban quejumbrosamente hacia el pantano, preguntándose donde estaba el alba, y Chimal se durmió. Habían vuelto las constelaciones primaverales familiares, por lo tanto debió haber pasado un día entero sin que saliera el Sol.

De cuando en cuando despertaba y la última vez vio un debilísimo resplandor en el Este. Se metió un guijarro en la boca para que lo ayudara a olvidar la sed, después se sentó y observó el horizonte.

Debía haber sido nombrado un nuevo primer sacerdote, probablemente Itzcoatl, y se pronunciaban las plegarias. Pero no era fácil; Huitzilopochtli debía estar luchando denodadamente. Durante largo tiempo la luz del Este no cambió, luego, muy lentamente, aumentó hasta que el Sol se levantó sobre el horizonte. Era un Sol rojo, desdichado, pero se levantó por fin. El día había empezado y ahora empezaría también la búsqueda de Chimal. El joven subió la pendiente hasta el pantano y se metió en el lodo hasta que el agua fue más profunda, entonces apartó con las manos la capa flotante de verdor y bajó la cabeza para beber.

Ahora era pleno día y el Sol parecía perder su insano color rojizo al elevarse triunfalmente en el cielo. Chimal vio sus huellas que atravesaban el lodo hasta el pantano, pero no importaba. Había pocos lugares en el valle donde ocultarse y el pantano era el único que no podía ser registrado rápidamente. Lo perseguirían

hasta aquí. Se volvió y avanzó por el agua que le llegaba a la cintura hacia donde era más profunda.

Nunca había ido tan lejos dentro del pantano, ni él ni nadie más que él supiera. y era fácil comprender por qué. En cuanto se había atravesado la franja de cañas rechinantes de la orilla del agua, empezaban los altos árboles que se levantaban sobre el agua, apoyados en raíces como múltiples piernas, y su follaje se unía arriba. De sus ramas colgaban plantas parásitas grises y espesas que se arrastraban en el agua, y, bajo las entretejidas ramas y lianas, el aire era oscuro y estancado y lleno de insectos. Los mosquitos y los jejenes le llenaron los oídos de su agudo zumbido y buscaron su piel en cuanto penetró en la sombra. A los pocos minutos sus mejillas y sus brazos estaban hinchados y su piel manchada de sangre allí donde había aplastado los molestos insectos. Finalmente sacó algo de lodo, negro y maloliente, del fondo del pantano y lo emplastó sobre su piel descubierta. Esto sirvió de algo, pero el lodo se iba cuando llegó a los lugares más profundos y tuvo que nadar.

Había peligros mayores, además. Una serpiente de agua, verde, nadó hacia él, retorciendo el cuerpo sobre la superficie y con la cabeza alta y los ponzoñosos colmillos preparados. La alejó salpicándola, después arrancó una rama seca para el caso que se encontraran más de aquellas culebras mortíferas..

Luego, ante él vio la luz del sol y una franja estrecha de agua entre los árboles y la abrupta barrera de roca. Trepó sobre un gran peñasco, agradecido al Sol ya verse libre de los insectos.

De su cuerpo colgaban unas formas negras hinchadas, largas como su dedo o más, húmedas y de aspecto repelente. Cuando agarró una, le reventó entre los dedos y le dejó la mano pegajosa de su propia sangre. Sanguijuelas. Había visto emplearlas a los sacerdotes. Había que arrancarlas una por una con cuidado y así lo hizo, hasta que se las hubo quitado todas y su cuerpo quedó cubierto de numerosas heridas pequeñas. Después de lavarse la

sangre y los fragmentos de sanguijuela, miró a lo alto de la barrera que se alzaba sobre él.

Nunca podría escalarla. Grandes peñascos salientes, algunos de ellos tan grandes como el templo, se proyectaban superpuestos unos a otros. Si se podía pasar uno de ellos, los otros esperaban. Sin embargo, había que intentarlo, amenos que pudiese encontrarse una salida al nivel. del agua, aunque esto parecía igualmente imposible. Mientras consideraba esto, oyó un grito victorioso y levantó los ojos para ver a un sacerdote de pie sobre las rocas, a poca distancia. Hubo chapoteos en el pantano y Chimal se echó de nuevo al agua y volvió al torturante refugio de los árboles.

Fue un día muy largo. Chimal no fue visto más por sus perseguidores, pero muchas veces se encontró rodeado por ellos cuando atravesaban ruidosamente el pantano. Escapó reteniendo el aliento y ocultándose bajo el agua lóbrega cuando ellos se acercaron, y quedándose en los lugares más densos de insectos a donde dudarían en penetrar. A última hora de la tarde estaba casi agotado y sabía que no aguantaría mucho más. Un chillido y unos gritos todavía más fuertes le salvaron la vida... a expensas de uno de los perseguidores. Este había sido mordido por una serpiente de agua y el accidente desanimó a los otros. Chimallos oyó alejarse y él permaneció oculto bajo una rama colgante con sólo la cabeza fuera del agua. Tenía los párpados hinchados de picadas de mosquitos y tenía que separárselos con los dedos para ver claramente.

-¡Chimal! -gritó una voz a la distancia, y repitió: ¡Chimal...! Sabemos que estás aquí dentro y no puedes escapar. Entrégate a nosotros, porque al fin te encontraremos. Ven ahora...

Chimal se hundió más en el agua y no se molestó en contestar. Sabía tan bien como ellos que no había escape final posible. Sin embargo, no se entregaría aún a la tortura. Sería mejor morir aquí en el pantano, morir entero y quedarse en el

agua. y conservar su corazón.

Cuando el cielo se oscureció empezó a dirigirse con precaución hacia la orilla del pantano. Sabía que ninguno de ellos se quedaría en el agua durante la noche, pero podrían muy bien estar escondidos entre las rocas cercanas para verlo si salía y trataba de escapar. El dolor y el agotamiento le hacían difícil pensar, pero, no obstante, sabía que necesitaba tener un plan. Si se quedaba en el agua profunda, con toda seguridad por la mañana estaría muerto. En cuanto fuera de noche se metería entre las cañas cercanas a la orilla y entonces decidiría qué debía hacer primero. Era difícil pensar.

Debió haber estado inconsciente durante algún tiempo, allí cerca del borde del agua, porque cuando con los dedos abrió los párpados hinchados vio que las estrellas habían salido y que todo rastro de luz había desaparecido del cielo. Esto le conturbó mucho y en su estado de aturdimiento no podía saber por qué. Una brisa agitó las cañas y oyó el roce detrás de él. Luego el movimiento cesó y por un momento el aire quedó en un profundo silencio nocturno.

En aquel instante, a lo lejos, hacia la izquierda, en la dirección del río, oyó un silbido furioso.

¡Coatlícue! ¡La había olvidado! ¡Allí estaba él cerca del río, de noche, en el agua y la había olvidado!

Se quedó allí tendido, paralizado de miedo, mientras se oía de súbito el crujir de la grava y pasos que corrían sobre la dura tierra. Su primer pensamiento fue el de Coatlícue, luego comprendió que alguien había estado oculto allí cerca entre las rocas, esperando apresarlo si salía del pantano. Quien- quiera que fuese, había oído también a Coatlícue y había corrido para salvar la vida.

El silbido se oyó de nuevo, más cerca. Puesto que había pasado todo el día dentro del pantano, y puesto que sabía que en la orilla

había hombres esperándole, se arrastró lentamente de nuevo hacia el agua. Lo hizo sin pensar: la voz de la diosa había borrado todo pensamiento de su mente. Despacio, sin hacer ningún ruido, retrocedió hasta que el agua le llegó a la cintura.

Y entonces Coatlicue apareció sobre el risco, con las dos cabezas mirando hacia él y silbando con sorda furia, mientras la luz de las estrellas brillaba en sus garras tendidas.

Chimal no pudo mirar más a su propia muerte; era demasiado horrenda. Aspiró profundamente y se deslizó bajo el agua, nadando para mantenerse bajo la superficie. No podía escapar de esta manera, pero así no tendría que contemplar como ella avanzaba por el agua, luego sumergía sus garras como un pescador monstruoso y tiraba de él.

Sus pulmones ardían y todavía la diosa no le había golpeado. Cuando no pudo aguantar más, levantó poco a poco la cabeza y miró a la orilla desierta. A lo lejos, río arriba, se oía vagamente el eco de un débil silbido.

Durante largo rato Chimal permaneció allí quieto mientras su mente aturdida trataba de comprender lo que había sucedido. Coatlicue se había ido. Había venido a por él y él se había ocultado bajo el agua. Cuando hubo hecho esto, ella no había podido encontrarlo y, por lo tanto, se había marchado. Un pensamiento atravesó su fatigada mente y le levantó el ánimo de tal modo que no pudo evitar murmurar:

-He sido más listo que un dios... ¿Qué podía significar todo aquello? Salió del agua y se tendió sobre la arena todavía caliente del sol y reflexionó intensamente sobre ello. El era diferente, esto lo había sabido siempre, incluso cuando se esforzaba tanto por ocultar la diferencia. Había visto cosas extrañas y los dioses no lo habían abatido... y ahora había escapado de Coatlicue. ¿Había sido más listo que un dios? Debía ser así. ¿Era un dios? No, no era tan tonto como para creer esto. Entonces, cómo, cómo...

Después durmió, inquieto, despertando y volviendo a dormirse. La piel le ardía. Soñaba ya veces no sabía si soñaba despierto o dormido. Entonces hubiera podido ser apresado fácilmente, pero los vigilantes humanos habían huido asustados y Coatlicue no volvió.

Hacia el alba su fiebre debió menguar, porque despertó, temblando y muy sediento. Se acercó vacilante a la orilla y bebió con el cuenco de sus manos y se frotó la cara con agua- Se sentía dolorido y magullado de la cabeza a los pies, de modo que una multitud de dolorcitos se mezclaban en un solo dolor total que le consumía. La cabeza todavía le resonaba con los efectos de la fiebre y sus pensamientos eran confusos... pero una idea seguía repitiéndose una y otra vez como el golpear de un tambor ritual. Había escapado a Coatlicue. Por alguna razón la diosa no lo había descubierto en el agua. ¿Había sido esto? Sería bien fácil averiguarlo: Coatlicue volvería pronto y él podía esperarla. Una vez la idea se hubo instalado, ardió en su cerebro. ¿Por qué no? Se le había escapado una vez... Volvería a hacerlo. La miraría otra vez y escaparía otra vez, esto es lo que haría.

Sí, esto es lo que haría, musitó para sí mismo, y se puso a andar dando traspiés hacia el oeste, siguiendo la orilla del pantano. De aquí es de donde la diosa había venido la primera vez y aquí es donde podía reaparecer. Si lo hada, él volvería a verla. Cuando la línea de la orilla dio una vuelta, comprendió que había llegado al río donde éste desembocaba en el pantano y la prudencia le hizo volver atrás y meterse en el agua. Coatlicue guardaba el río. Pronto amanecería y estaría a salvo allí lejos, en el agua, sólo asomando la cabeza y atisbando entre las cañas.

El cielo enrojecía y las últimas estrellas se apagaban cuando regresó. Temblando de miedo se quedó donde estaba, pero se hundió más en el agua hasta que sólo sus ojos quedaron sobre la superficie. Coatlicue nunca se detenía, sino que andaba pesadamente a lo largo de la orilla del río, mientras las culebras

de su falda silbaban en respuesta a las dos grandes cabezas de serpiente.

Cuando ella pasó, Chimal se levantó poco a poco del agua y la contempló alejarse. Se perdió de vista a lo largo de la margen del pantano y él quedó solo, con la luz de otro día encendiendo fuego dorado en las cumbres de los altos picos que tenía delante.

Cuando ya fue pleno día la siguió. No había peligro ahora, Coatlicue sólo andaba de noche y no estaba prohibido entrar en esta parte del valle durante el día. Se llenó de júbilo: seguía a la diosa. La había visto pasar y aquí, junto al lodo endurecido, podía ver las señales de su paso. Quizá había venido por aquí a menudo porque se encontró siguiendo lo que parecía un sendero muy pisado. Lo hubiera tomado por un camino ordinario, empleado por los hombres que venían aquí a atrapar patos y otras aves, si no la hubiese visto pasar. El sendero seguía a lo largo del pantano y luego se dirigía hacia la roca sólida del muro de riscos. Era difícil seguirlo por el suelo duro y entre las piedras; no obstante, encontró las huellas, porque sabía lo que buscaba. Coatlicue había venido por aquí.

Allí había una hendidura en la roca, donde alguna antigua grieta habría partido el muro. A ambos lados se alzaban los peñascos y no parecía posible que hubiese ido por ningún otro camino a menos que volase, lo cual quizás las diosas podían hacer. Si caminaba, tenía que haber ido adelante en línea recta.

Chimal empezó a entrar en la hendidura rocosa cuando salió de ella una ola rodante de serpientes de cascabel y escorpiones.

El espectáculo era tan impresionante, pues nunca antes había visto más de una a la vez de aquellas bestias ponzoñosas, que no hizo más que permanecer allí parado mientras la muerte le rozaba. Solamente sus sentimientos naturales de repulsión le salvaron la vida. Retrocedió ante los animales mortíferos, se encaramó sobre un alto peñasco y levantó los pies cuando el

primero de aquellos serpenteó en torno ala base de la roca. Trepó más arriba, puso una mano sobre la cima de la roca... y una aguja de fuego le atravesó el brazo. No era el primero en llegar y allí, en la muñeca, el gran escorpión amarillo cerúleo había clavado profundamente su aguijón en la carne.

Con un ademán de odio, lo sacudió sobre la roca y lo aplastó bajo su sandalia. Más de aquellos venenosos insectos habían trepado por la pendiente fácil del otro lado del peñasco; Chimal los pisoteó y pateó, luego se frotó la muñeca contra el borde aguzado de la piedra hasta que sangró, antes de chupar el veneno. El dolor más intenso en el brazo amortiguó todos los otros dolores menores de su cuerpo maltratado.

¿Iba dirigida contra él aquella ola de muerte nauseabunda? No había manera de saberlo y no quería pensar en ello. El mundo que conocía cambiaba demasiado de prisa y todas las normas parecían derrumbarse. Había mirado a Coatlicue y vivía, la había seguido y vivía. Quizá la serpiente de cascabel y los escorpiones eran uno de los atributos de la diosa que la seguían naturalmente del mismo modo que el rocío seguía a la noche. No podía empezar a comprenderlo. El veneno le hada la cabeza ligera... y sin embargo, le ponía jubiloso al mismo tiempo. Se sentía como si fuese capaz de hacer cualquier cosa y que no había ningún poder en la tierra, por encima o por debajo de ella, que pudiese detenerlo.

Cuando la última serpiente y el último insecto se hubieron ido o desaparecido entre las grietas de las rocas, se deslizó de nuevo con cuidado al suelo y subió por el sendero. Este serpenteaba entre grandes peñascos desgarrados, trozos inmensos que habían caído del risco fracturado, luego entraba en la hendidura del propio risco. La grieta vertical era alta, pero no muy profunda. Chimal, siguiendo lo que evidentemente era un sendero transitado, se encontró de pronto frente a una pared de roca sólida.

No había salida. El camino no tenía continuación. Se apoyó contra la piedra áspera y se esforzó por recobrar el aliento. Esto es lo que debía haber sospechado. El hecho de que Coatlicue andase por la tierra en forma sólida no quería decir que fuese humana ni que tuviese limitaciones humanas. Podía volatilizarse si quería y elevarse para salir de allí.

O quizá podía penetrar en la roca sólida que sería como aire para ella. ¿Qué importaba... y qué estaba haciendo el aquí? La fatiga amenazaba con agoberarlo y todo su brazo ardía por la picada venenosa del insecto. Debía encontrar un sitio donde esconderse durante el día, o buscar algo que comer, hacer cualquier cosa menos permanecer allí. ¿Qué locura le había llevado a aquella extraña persecución?

Se volvió... y saltó a un lado al ver la serpiente de cascabel. El reptil estaba a la sombra, contra la pared del risco. No se movió. Cuando se acercó más, vio que la culebra yacía de costado con las mandíbulas abiertas y los ojos empañados. Chimal avanzó cautelosamente el pie... y le dio un puntapié. El animal se movió, pero inerte: estaba muerto, pero parecía estar amarrado al risco de alguna manera.

Presa de curiosidad" ahora, tendió prudentemente la mano y tocó el cuerpo frío..Quizás las serpientes de Coatlicue podían salir de la solidez de la roca igual que la diosa podía entrar en ella. Tiró del cuerpo del reptil, cada vez con más fuerza hasta que de pronto se desgarró y le quedó en la mano. Cuando se inclinó más y apretó la mejilla sobre la tierra, pudo ver el lugar donde la sangre de la serpiente había manchado la arena y el extremo aplastado de la parte posterior de su cuerpo. Había quedado aplanado, no más grueso que la uña, y parecía incrustado en la propia roca. No, había una rendija del grueso de un cabello a cada lado, casi invisible en las sombras, junto al suelo. Puso las puntas de los dedos sobre ella y tanteó toda la longitud de la grieta, recta como una flecha. La línea terminaba de súbito, pero

cuando miró con más atención vio que entonces seguía hacia arriba, recta, una delgada fisura vertical en la roca.

Con los dedos fue siguiéndola hasta más arriba de su cabeza, luego hacia la izquierda, hasta otra esquina, y entonces hacia abajo otra vez. Solamente cuando su mano hubo llegado otra vez a la serpiente comprendió el significado de lo que había descubierto. La estrecha grieta trazaba una figura alta, de cuatro lados, en el frente del risco.

¡Era una puerta! ¿Podía ser? Sí, esto lo explicaba todo: cómo se había ido Coatlicue y cómo habían pasado las serpientes y los escorpiones. Una puerta, una salida del valle...

Cuando le golpeó el total impacto de esta idea, se sentó de pronto en el suelo, pasmado. Una salida. Un camino para salir. Era un camino que solamente empleaban los dioses, tendría que considerar esto con atención, pero había visto a Coatlicue dos veces y ella no le había agarrado. Podría haber una manera de seguirla afuera del valle. Tendría que pensar en ello, pensarlo bien, pero la cabeza le dolía tanto. Ahora era más importante pensar en conservar la vida, para que más tarde fuese capaz de hacer algo en cuanto al descubrimiento que sacudía la tierra. Ahora el Sol estaba alto en el cielo y sus perseguidores debían ya haber salido de las aldeas. Tenía que ocultarse... y no en el pantano. Otro día allí terminaría con él. Torpemente y con sufrimiento, empezó acorrer por el sendero hacia el pueblo de Zaachila.

Había yermos cerca del pantano, roca y piedra con algún cacto, sin un lugar donde esconderse en toda su vacía extensión. El pánico empujaba ahora a Chimal: esperaba encontrarse con 'los perseguidores que vendrían del pueblo, de un momento a otro. Estarían ya en camino, lo sabía. Trepando por una pendiente pedregosa llegó a las cercanías de los campos de maguey y vio, al otro lado, a los primeros hombres que se acercaban. Se dejó caer inmediatamente y se arrastró entre las hileras de plantas de

anchas hojas. Estaban separadas por un espacio de la longitud de un hombre y la tierra entre ellas era blanda y bien labrada. Quizás...

Tendido sobre el costado, Chimal arañó desesperadamente el suelo arenoso con ambas manos, en una línea entre dos plantas. Cuando hubo cavado un hoyo de poca profundidad, de aspecto de tumba, se metió en él y se cubrió de arena las piernas y el cuerpo. No quedaría oculto a una inspección atenta, pero las hojas aguzadas de los magueyes se levantaban sobre él y le ocultaban más, luego se quedó quieto, rígido, cuando oyó las voces muy cerca.

Se hallaban justo dos surcos más allá, media -docena de hombres, gritándose unos a otros ya alguien que todavía no se veía. Chimal distinguía sus pies debajo de las plantas y sus cabezas encima.

-Ocotre estaba hinchado como un melón por el veneno de las víboras del agua; creí que su piel estallaría cuando lo pusieron en la hoguera.

-Chimal estallará cuando lo entreguemos a los sacerdotes...

-¿Lo oíste? Itzcoatl promete torturarlo durante un mes entero antes de sacrificarlo...

-¿Sólo un mes? -preguntó uno de ellos mientras desaparecían de la vista.

Mi gente me quiere mucho, pensó Chimal, y dirigió una sonrisa torcida a las hojas verdes extendidas encima de su rostro. Chuparía un poco de su jugo en cuanto los hombres se hubiesen marchado.

Sonaron cercanos los pasos de alguien que corría directamente hacia él.

Chimal permaneció quieto, reteniendo el aliento, mientras los pasos sonaban más fuertemente y un hombre gritó encima mismo del lugar donde él yacía:

-Voy... Tengo el pulque. Parecía imposible que no viese a Chimal allí yaciendo, y Chimal arqueó los dedos, dispuesto a alargar las manos y matar al hombre antes que pudiese gritar pidiendo auxilio. Una sandalia pisó junto a su cabeza, luego el hombre se fue, sus pasos se apagaron alejándose.

Después de eso Chimal permaneció allí tendido, las manos temblorosas, tratando de abrir un camino a través de la niebla que oscurecía sus pensamientos, de trazarse un plan coherente. ¿Había una manera de entrar por la puerta de la roca? Coatlicue sabía como hacerlo, pero Chimal se estremecía a la idea de seguirla de cerca o de ocultarse en, las rocas próximas. Esto sería suicida. Tendió la mano, arrancó una hoja de maguey y con una de sus propias espinas le hizo unos delgados cortes para que saliera el jugo. Lo lamió y un rato después seguía sin estar más cerca de una solución de su problema de lo que había estado cuando empezó. El dolor de su brazo se amortiguaba y Chimal estaba medio adormilado en su cama de tierra cuando oyó unos pasos vacilantes que se arrastraban acercándose lentamente a él.

Alguien sabía que él estaba aquí y le buscaba, Cautelosamente, sus dedos se arrastraron y encontraron una piedra lisa que se adaptaba a la palma de su mano. No se dejaría fácilmente atrapar vivo y ser llevado para aquel mes de tortura que los sacerdotes habían prometido.

El hombre apareció a la vista, se inclinó mucho para ocultarse bajo el cobijo que le ofrecían los magueyes, mirando por encima del hombro a medida que avanzaba. Chimal se preguntó por un momento qué podía significar esto... y luego comprendió que el hombre escapaba de su misión en el pantano. Ya se habían perdido varios días de trabajo en el campo, y el que no trabajaba pasaba hambre. Este se iba, sin ser visto, a cuidar de su cosecha;

en la confusión que existía en el pantano no se le echaría de menos, y sin duda se proponía volver más tarde.

Cuando estuvo más cerca, Chimal vio que era uno de los pocos afortunados en el valle que poseían un machete de hierro. Lo sostenía descuidadamente en la mano y cuando Chimal lo miró tuvo la idea súbita de para qué podría usar aquel machete.

Sin detenerse a pensarlo, se levantó cuando el hombre pasó junto a él y le golpeó con la piedra. El hombre se volvió, sorprendido, en el preciso momento en que la piedra le daba de lleno en la sien. Cayó al suelo inerte y no se movió más. Cuando Chimal le quitó de los dedos el largo cuchillo de ancha hoja vio que el hombre todavía respiraba roncamente.

Esto estaba bien: ya había bastante matanza. Agachado como había andado el hombre de Zaachila, volvió sobre sus pasos.

No había nadie a la vista: los que lo buscaban ya debían ahora estar muy adentro del pantano. Chimal les deseó suerte con las sanguijuelas y los mosquitos... aunque a los sacerdotes les vendrían bien tales molestias, y quizás algunas víboras acuáticas además. Invisible, se deslizó sendero arriba entre las rocas y una vez más se encontró frente al muro de roca aparentemente sólido.

Nada había cambiado. El Sol estaba ahora más alto y las moscas zumbaban en torno a la serpiente muerta. Cuando se inclinó más pudo ver que la rendija en la piedra estaba allí todavía.

¿Qué había ahí dentro... Coatlícue esperando? No había nadie a la vista: los que le buscaban ya debían ahora estar muy adentro del pantano. Chimal les deseó muerte más rápida. Esto podía ser una salida del valle. Debía ver si le sería posible servirse de ella.

La hoja del machete era demasiado gruesa para meterla en las grietas verticales, pero la rendija de abajo era más ancha, quizás la mantenía abierta el cuerpo aplastado de la serpiente. Introdujo

la hoja y tiró hacia arriba. Nada sucedió, la roca seguía siendo una roca inmóvil. Luego probó de empujarla en diferentes puntos y hacer palanca con más fuerza: los resultados fueron los mismos. Sin embargo, Coatlicue era capaz.. de levantar la puerta rocosa... ¿por qué él no había de poder? Empujó más y probó de nuevo, y esta vez sintió que algo se movía. Con más fuerza ahora, se apoyó con todas sus fuerzas y la hoja del machete se rompió en sus manos. Retrocedió, sosteniendo en la mano el gastado mango de madera y mirando incrédulo el extremo brillante de la hoja de metal.

Esto había de ser el fin. Estaba maldito y condenado ala destrucción y la muerte, ahora lo veía. Por su culpa había muerto el primer sacerdote y el Sol no había salido, había causado perturbación y dolor y ahora incluso había roto una de las insustituibles herramientas de las que la gente del valle dependía para sobrevivir. Angustiado y despreciándose, metió el resto de la hoja bajo la puerta... y oyó tras él, en el sendero, voces excitadas.

Alguien había descubierto sus huellas y las había seguido hacia acá. Estaban cerca, lo atraparían y moriría.

Furioso y aterrorizado ahora, hurgó con la hoja rota dentro de la rendija, atrás y adelante, odiándolo todo. Sintió una resistencia a la hoja y empujó más, y algo cedió. Entonces tuvo que apartarse cuando una gran tabla de piedra, gruesa como su cuerpo, giró silenciosamente hacia fuera del acantilado.

Allí sentado, no podía hacer más que jadear. Dentro de la roca se extendía hasta perderse de vista un túnel en curva, cavado en la piedra sólida. Lo que había más allá de la curva no era visible.

¿Estaba allí Coatlicue esperándolo? No tenía tiempo para pensar en ello porque las voces se oían más cerca ahora, justo ala entrada de la grieta. Esta era la salida que buscaba... ¿por qué vacilaba?

Asiendo todavía el machete roto, pasó la puerta andando a gatas. En cuanto lo hizo, la puerta se cerró tras él tan silenciosamente como se había abierto. La luz del sol fue disminuyendo hasta ser una franja, una rendija, una línea como un cabello... luego desapareció.

El corazón le latía en el pecho con más fuerza que el tambor de los sacrificios. Chimal se volvió, para enfrentarse a la tiniebla.

Dio hacia adelante un solo paso vacilante.

Al exterior

Cuix oc ceppa ye tonnemiquiuh?

In yuh quimati mayol, hui!

zan cen tinemico. Ohuaya ohuaya.

¿Acaso por segunda vez hemos de vivir?

Tu corazón lo sabe:

¡Una sola vez hemos venido a vivir!

Poema náhuatl

No, no podía avanzar, no tan fácilmente. Retrocedió hasta la roca sólida y apoyó los hombros contra la superficie.

Aquí era por donde andaban los dioses y él no estaba en su lugar. Era pedirle demasiado. Detrás le esperaba la muerte segura, al otro lado de la piedra, pero era la clase de muerte que él conocía; casi una vieja amiga. Había llegado ya hasta introducir de nuevo el machete roto bajo la puerta, cuando logró dominar con firmeza su naturaleza cobarde.

-Asústate, Chimal -susurró en la tiniebla-, pero no te arrastres

como un animal.

Todavía temblando, se levantó y miró al negro vacío que tenía enfrente. Si tenía que significar la muerte, acepta a la muerte. Avanzaría y se le enfrentaría: ya se había acobardado bastante últimamente.

Con las puntas de los dedos de su mano izquierda tanteó la superficie áspera del muro de roca, el roto machete tendido ante él en osada, si bien débil, defensa. Anduvo de puntillas, reteniendo el aliento y tratando de no hacer ningún ruido. El túnel daba vuelta y Chimal percibió un débil resplandor, adelante. ¿Luz del día? ¿El camino de salida del valle? Siguió avanzando, pero se detuvo cuando vio el origen de la luz.

Era muy difícil de describir. El túnel continuaba y parecía hacerse más recto, pero en aquel punto había algo que parecía ser la abertura de otro túnel a la derecha. Ante aquella oscura abertura, arriba, en el techo de roca, había algo que brillaba. No se podía decir de otra manera. Era un área redonda y parecía lisa y blanca, pero de ella salía luz. Como si tras ella hubiera un túnel a cuyo extremo brillara el sol, o quizás una antorcha encendida que resplandeciera a través de aquella nueva sustancia. Chimal no sabía. Lentamente se acercó a ella y la miró, levantando los ojos, pero la cercanía no le ayudaba en absoluto a comprender lo que era. No importaba, ahora. Le daba luz aquí en la roca, bastaba saber esto. Más importancia tenía descubrir a donde conduciría este otro túnel.

Chimal avanzó para mirar adentro del túnel y vio las cabezas gemelas de Coatlicue a una distancia de su cara no mayor que la longitud de su brazo.

El corazón le dio un tremendo salto dentro del pecho, hinchándosele como si fuera a estallar, apretándole la garganta y deteniéndole el aliento. Ella se levantaba allí, de una estatura el doble de la suya, dominándolo, fijando en él la inmóvil mirada de

serpiente de sus redondos ojos colorados. Los colmillos venenosos eran tan largos como la mano de Chimal. La falda de serpientes vivas se hallaba un poco más abajo de la cara del joven. Del cuello de la diosa colgaban collares de manos y corazones humanos. Los bordes de sus grandes garras tenían manchas oscuras de sangre humana.

Coatlícue no se movía. Pasaron varios segundos antes que Chimal comprendiera eso. Los ojos de la diosa estaban abiertos, le miraba y, sin embargo, no se movía. ¿Dormía? Chimal no pensaba de ninguna manera poder escaparle, pero no podía soportar hallarse tan cerca de ella. El miedo irresistible de su presencia le hizo echar a correr por el túnel y una vez empezada la carrera no pudo detenerse.

Tras un tiempo interminable, el cansancio frenó sus piernas, tropezó y se cayó cuan largo era sobre la piedra áspera del piso del túnel. Una vez caído no pudo' moverse; permaneció allí tendido, aspirando estremecido el aire hacia la cavidad ardiente de su pecho. Coatlícue seguía sin atacar. Cuando pudo, Chimal levantó la cabeza y miró a lo largo del túnel, donde los puntos de luz marcaban su extensión y se hacían cada vez más débiles hasta que por fin desaparecían. No era seguido. El túnel estaba silencioso y nada se movía.

-¿Por qué? -preguntó Chimal en voz alta. No vino ninguna respuesta de la roca sólida que le rodeaba. En el silencio y la soledad otra clase de miedo empezó a posesionarse de él. ¿Tendría este túnel algún final que emergiera fuera del valle? O acaso había penetrado en algún reino de los dioses donde, como una termita dentro de un árbol, podía vagar para siempre, inadvertido e ignorado, por un pasadizo sin fin y cerrado. Todo era aquí tan diferente que las normas del valle no parecían ser aplicables y cuando Chimal pensaba en ello había una niebla en su cabeza. Ahora, si no fuese por el dolor, el hambre y la sed, casi podría creer que había muerto cuando la roca se había cerrado

tras él.

Si no estaba muerto ya, seguramente moriría en este túnel... o se quedaría helado. La roca sobre la cual yacía era fría contra su piel y empezó a temblar en cuánto el calor del esfuerzo se hubo extinguido. Se levantó apoyándose en la pared y avanzó.

Cuando hubo pasado ocho más de los puntos de luz, el túnel terminaba, pero al acercarse más Chimal vio que aquello no era un verdadero final, sino que su túnel se unía a otro que se extendía a derecha e izquierda. Este nuevo túnel tenía paredes más lisas y estaba mucho más iluminado que el primero, y el piso estaba cubierto con alguna clase de sustancia blanca. Se inclinó para tocarla... y retiró rápidamente la mano. Era tibia, y blanda, y por un momento pensó que era un gran animal blanco tendido allí, alguna clase de gusano. Pero, aunque era tibio y blando, no parecía vivir, por lo que, cauteloso, Chimallo pisó.

A su derecha el túnel se desvanecía en la distancia, sus paredes no mostraban ninguna interrupción ni marca, pero a la izquierda vio unos trechos oscuros sobre ambas paredes. Esto era algo diferente, por lo que se volvió y marchó en aquella dirección. Cuando estuvo cerca de la primera mancha oscura vio que era una puerta con un pequeño tirador que parecía hecho enteramente de metal. Esto hubiera sido una maravilla en el valle. Empujó y tiró de la perilla, pero no sucedió nada. Quizá no era de ningún modo una puerta, sino algo que servía para otra función más misteriosa. Todo era posible aquí. Siguió adelante, pasó dos más de aquellas planchas y estaba llegando a la tercera cuando ésta se abrió hacia él. Se agachó, tenso, los puños apretados, el trozo de machete preparado, esperando ver lo que saldría.

Una figura negra pasó la puerta, la cerró tras ella con un fuerte ruido y se volvió hacia Chimal. Tenía el rostro de una muchacha.

El tiempo se detuvo mientras ambos permanecían mirándose, incapaces de moverse, compartiendo la misma expresión de

sorprendida incredulidad.

La cara de la figura era humana y Chimal vio, al examinar más atentamente su negro envoltorio, que su cuerpo parecía ser humano bajo el disfraz. Pero lo extraño de éste lo confundía. Una capucha de un género negro brillante cubría enteramente la cabeza, excepto la cara, que era delgada, muy pálida, sin sangre, con unos ojos oscuros muy abiertos y espesas cejas negras que se juntaban sobre la nariz. Era más baja que él, sólo le llegaba a la altura del cuello, y tenía que inclinarse hacia atrás para mirarlo a la cara. El resto del cuerpo estaba envuelto apretadamente en un tejido suave parecido al de la túnica de un sacerdote, pero que tomaba un aspecto brillante y duro desde las rodillas hasta el suelo. y por todas partes tenía resplandecientes tiras de metal fijadas a la parte exterior de sus brazos y piernas, rodeándole el cuerpo, sosteniéndole la cabeza, doblándose en las articulaciones. Llevaba un cinturón brillante del que colgaban unos objetos oscuros desconocidos.

Cuando los ojos de la mujer recorrieron el cuerpo desnudo de Chimal y notaron las heridas, las magulladuras y la sangre coagulada, se estremeció y se llevó la mano a los labios. Sus dedos también estaban enfundados en negro.

Fue Chimal quien habló primero. Estaba libre de temor, lo había sufrido en demasía. El miedo de la mujer ante su presencia era obvio.

-¿Puedes hablar? -dijo-: ¿Quién eres? Ella abrió la boca y soltó un gemido; luego probó de nuevo. Dijo:

-No estás aquí. No es posible. Su voz era chillona y débil.

Chimal soltó la carcajada. -Estoy aquí, ya me ves. Ahora contesta a mis preguntas.

Envalentonado por el miedo de ella tendió la mano y tiró de uno

de los objetos que colgaban de su cintura. Era de metal y sujeto a ella de alguna manera, porque no se soltó. Ella gimió y trató de apartarse. Chimal soltó de pronto el objeto y ella se arrimó a la pared. -Dime -dijo él-: ¿Dónde estoy? Con los ojos asustados todavía fijos en él, ella tocó una cosa cuadrada en su cintura, la cual cayó en su mano. Chimal pensó que podría ser un arma y se dispuso a quitársela, pero ella la levantó hasta su cara y la acercó a sus labios. Luego habló.

-Sobre diecisiete porfer frenored Vigilante Steel. Aquí hay un oboldonol solón en túnel uno nueve nueve crujía eme, ¿me entienes? -¿Qué estás diciendo? -interrumpió Chimal-. Hablas, pero algunas palabras que dices no significan nada. El modo de obrar de la mujer le confundía.

Ella siguió hablando, siempre mirándolo con los ojos desorbitados. Cuando terminó de hablar con su incomprensible mezcla de palabras y de sonidos sin sentido puso de nuevo el objeto en su cintura y luego, lentamente, se dejó caer sentada en el suelo del túnel. Se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar incontinentemente sin hacer caso de Chimal ni siquiera cuando la empujó con el pie.

-¿Por qué haces esto? ¿Por qué no me dices palabras que yo pueda entender?

..La cabeza inclinada de la mujer se sacudía con el ímpetu de su llanto; se quitó las manos de la cara y aferró algo que colgaba de su cuello con un cordón que parecía hecho de pequeñas cuentas de metal. Chimal se lo arrancó de los dedos, furioso ahora por sus acciones incomprensibles y falta de respuesta inteligible, y venció fácilmente sus débiles intentos de retener el objeto. Era negro, como todo lo que ella llevaba, e igualmente desconcertante, más pequeño que la mano de Chimal y de una forma parecida ala de un pequeño ladrillo de adobe. En uno de los lados había seis huecos profundos y, cuando lo puso cara a la luz, vio que cada uno de ellos tenía un número en la parte inferior: 1 8 6 1 7

6.

Esto no tenía ningún significado, como tampoco la varilla brillante que salía de un extremo, que al parecer no se podía empujar ni inclinar, ni moverla en ningún sentido. Trató de apretarla pero le lastimó el dedo: terminaba en numerosas puntitas que se clavaban en su piel. Sin sentido. Lo dejó caer y la muchacha lo cogió y lo apretó contra su pecho.

Todo en aquella muchacha era un misterio. Chimal se inclinó y tocó la ancha banda de metal que subía por detrás de su cabeza. Estaba fija a la tela que la cubría y tenía goznes sobre la nuca para moverse cuando ella se movía.

Se oyó un grito a lo lejos, dentro del túnel. Chimal dio un salto atrás, preparado el roto machete, mientras otra muchacha acudía corriendo. Su atuendo era como el de la primera y no prestó a Chimal la menor atención. Inclínada sobre la primera muchacha, emitió sonidos de consuelo y le habló suavemente. Se oyeron más gritos y una tercera figura casi idéntica salió de una puerta de metal y se unió a la primera. Esta era un hombre; sin embargo, no obraba de modo diferente. Aparecieron tres más y Chimal retrocedió alejándose de su creciente número, aun cuando seguían sin hacerle caso. Ayudaron a la muchacha a ponerse en pie hablando todos a la vez, con la misma mezcla enloquecedora de palabras y de sonidos tontos que había empleado la primera. Parecieron haber llegado a alguna decisión porque, muy de mala gana, reconocieron la existencia de Chimal, dirigiéndole ojeadas y después volviéndose rápidamente. Un hombre de más edad, que tenía los labios agrietados y arrugas en torno a los ojos, incluso dio un paso hacia Chimal,

lo miró directamente y luego habló:

-Vamos al morasoraver. -¿A dónde?

El hombre, extrañamente reacio y volviendo la espalda mientras lo

decía, repitió la nueva palabra una y otra vez hasta que Chimal pudo repetirla... aunque seguía ignorando su significado.

-Vamos al Maestro Observador -dijo el hombre; y se volvió como para empezar a andar por el túnel-. Vas con nosotros.

-¿Por qué he de ir? -dijo Chimal en tono beligerante. Estaba cansado, hambriento y sediento, y fastidiado por aquellas cosas que no comprendía-. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué es este lugar? Contéstame.

El hombre se limitó a sacudir la cabeza con aire de impotencia y hacer pequeños ademanes.

La primera muchacha, con los ojos enrojecidos y la cara manchada de lágrimas, avanzó.

-Ven con nosotros al Maestro Observador -dijo. -Contesta a mis preguntas.

Ella miró a los otros que la rodeaban antes de responder: -El contestará a tus preguntas.

-¿El Maestro Observador es un hombre? ¿Por qué no..me lo dijisteis al empezar?

...No contestaron; era inútil. Sería mejor ir con ellos, no ganaría nada quedándose aquí. Ellos debían comer y beber y quizás él también encontraría algo de eso en el camino.

-Ire -dijo, empezando a andar. Ellos avanzaron rápidamente ante él, guiándolo. A ninguno se le ocurrió ir detrás. El túnel llegó aun ramal, luego a otro, pasando por delante de muchas puertas, y pronto Chimal estuvo completamente desorientado. Bajaron anchas escaleras, muy parecidas a la escalinata de la pirámide, que llevaban a más cavernas, abajo. Algunas de estas eran anchas y contenían aparatos de metal incomprensibles. En

ninguna de, ellas parecía haber nada de comida ni agua, así que Chimal no se detuvo. Estaba muy cansado. Pareció transcurrir un tiempo muy largo antes que entrasen en una caverna todavía más alta y se encontraran frente a un hombre, un anciano, vestido al igual que los otros excepto que sus vestiduras eran de color rojo oscuro. Debía ser un líder o un jefe, pensó Chimal, o incluso un sacerdote.

-Si eres el Maestro Observador quiero que contestes mis preguntas...

El hombre miró más allá de Chimal, a través de él, como si no existiera, y habló a los otros.

-¿Donde lo encontrásteis? La muchacha dio una de aquellas respuestas incomprensibles que ya ahora Chimal empezaba a esperar. Impaciente, miró en torno por la estancia, a los objetos retorcidos, infinitamente extraños. Había una mesita contra una pared y sobre ella algunas cosas imposibles de identificar, una de las cuales podría muy bien ser una taza. Chimal fue a mirar y vio que uno de los recipientes contenía un líquido transparente que podría ser agua. Ahora sospechaba de todo, en aquel mundo, así que metió la punta del dedo en él y lo probó con cuidado. Agua, nada más. Se llevó el recipiente a la boca y bebió hasta la mitad de una vez. Era insípida como agua de lluvia, pero le apagó bien la sed. Cuando apretó una especie de bollos grises se desmenuzaron al contacto. Chimal cogió uno y lo enseñó al hombre que estaba más cerca. -¿Es comida esto? -preguntó. El hombre volvió la cabeza al otro lado y trató de meter- se entre el grupo. Chimal le asió del brazo y le hizo girar.

-Bueno, ¿lo es? Dímelo. Asustado, el hombre asintió moviendo la cabeza, reacio, luego se alejó rápidamente en cuanto se vio libre. Chimal se metió el machete noto en el cinturón que le sujetaba el maxtli y empezó a comer. Era una comida mala, sin más sabor que la ceniza, pero llenaba el estómago.

Cuando hubo apaciguado el hambre, Chimal dirigió de nuevo la atención a los asuntos en proceso. La muchacha había terminado de hablar y el Maestro Observador ataviado de rojo estaba considerando su informe. Se paseaba ante ellos, las manos a la espalda y los labios fruncidos, reflexionando; en la estancia reinaba el silencio y mientras esperaban pacientemente una decisión. Las arrugas de preocupación en torno a sus ojos y los surcos permanentes que rodeaban su boca fruncida mostraban que la responsabilidad y la toma de decisiones eran sus deberes aceptados. Chimal, mientras regaba lo que había comido con el resto del agua, no trató de intervenir otra vez. Todas las acciones de aquella gente tenían un aire de locura, o bien parecían los juegos de los niños cuando fingen que alguien no está presente.

-Mi decisión es ésta- dijo el Maestro Observador, volviéndose de cara a ellos con los movimientos pesados por la carga de la responsabilidad: Habéis oído el informe de la Vigilante Steel. Sabéis dónde... su mirada se dirigió a Chimal por primera vez, luego se apartó rápidamente -fue encontrado. por lo tanto, declaro que procede del valle.

Algunos de los oyentes se volvieron ahora para mirar a Chimal, como si aquella mirada le hubiese dado una existencia que no tenía antes. Cansado y saciado, Chimal se apoyaba contra la pared.- Ahora seguid atentamente mis pensamientos porque son de la mayor importancia. Este hombre es del valle y, sin embargo, no puede volver al valle. Os diré por qué. Está escrito en el vebrete klefeg que la gente del valle, los derreros, no deben saber nada de los Guardianes. Esto está ordenado. Por lo tanto, éste no volverá al valle.

»Ahora, escuchad otra vez atentamente. Está aquí, pero no es un Guardián. Sólo a los Guardianes se les permite estar aquí. ¿Puede alguien decirme qué significa esto?

Hubo un largo silencio, interrumpido finalmente por una voz débil que dijo:

-No puede estar aquí y tampoco puede estar en el valle. -Exacto -dijo el Maestro Observador, inclinando la cabeza solemnemente. -Entonces dínos, por favor, ¿dónde puede estar? -Esta es una pregunta que debéis contestar vosotros mismos y buscar la respuesta en vuestro corazón. Un hombre que no puede estar en el valle y no puede estar aquí, no puede existir. Esta es la verdad. Un hombre que no puede existir no existe y un hombre que no existe está muerto.

Esta última palabra era suficientemente clara y Chimal, en un instante, estuvo de espaldas a la pared y el machete en la mano. Los otros eran mucho más lentos para comprender, y pasaron largos segundos antes que alguien dijera:

-Pero no está muerto, está vivo. El Maestro Observador asintió y llamó al que había hablado entre el grupo, un hombre encorvado, con una cara vieja y arrugada.

-Has hablado con justeza, Vigilante Strong, y puesto que tú lo ves tan claramente nos resolverás el problema y arreglarás para que esté muerto.

Luego dio al hombre unas instrucciones completamente incomprensibles y cuando éste salió se volvió hacia los otros.

-Nuestro taico es guardar y proteger la vida, por esto somos guardianes. Pero, en su sabiduría, el Gran Diseñador cuando dijo esto tocó con los dedos de la mano derecha la cajita que colgaba de su cuello y hubo un leve rumor de movimiento al hacerlo - otros lo mismo- procuró para todos el ubumrieio y aquí está, cerca, lo que necesitamos.

Cuando terminó de hablar el vigilante viejo volvió con una pieza de metal del tamaño y la forma de un gran tronco de leña, la cual cayó pesadamente al suelo cuando la dejó, y los guardianes se apartaron para hacerle lugar. Chimal pudo ver que tenía en un extremo una especie de mango con unas letras grandes debajo.

Ladeó la cabeza para ver si podía leerlas. G...I...R...A...R... Girar. Era la misma clase de letras que aprendió en la escuela del templo.

-Girar -dijo el vigilante, leyendo en voz alta. -Hazlo, Vigilante Strong -ordenó el Maestro Observador.

El hombre obedeció, dio vuelta al mango hasta que se oyó un fuerte silbido. En cuanto cesó el ruido el extremo de la pieza se separó en la mano del vigilante y Chimal pudo ver que el objeto no era macizo, sino un tubo de metal. El vigilante metió la mano y sacó un palo largo con abolladuras y protuberancias. Al hacerlo, un pedazo de papel cayó al suelo, el vigilante lo miró y luego le entregó al Maestro Observador. Este leyó en voz alta:

-PuikIng strusiin. Esto es para matar. La parte que tiene la letra A debe sostenerse en la mano izquierda..

El y todos los demás contemplaron al Vigilante Strong mientras seguía dando vueltas y vueltas al artefacto en sus manos.

-hay muchas letras de metal -dijo-. Aquí hay una C, aquí una G...

-Esto es sabido -dijo secamente el Maestro Observador-. Encontrarás la parte con la letra A y la sostendrás con tu mano izquierda.

Temblando bajo el frío azote de las palabras, el vigilante dio vueltas al objeto hasta que encontró la letra debida y, asiéndolo con la mano izquierda, sostuvo triunfante el aparato para matar ante él.

-Lo que sigue, pues. La parte más estrecha posterior que lleva la letra B se sostiene con la mano derecha -miró mientras esto se ejecutaba rápidamente-, luego la parte posterior del aparato que lleva la letra C se coloca contra el hombro derecho.

Todos miraban con expectación mientras el hombre levantaba el objeto y lo apoyaba contra su hombro, la mano izquierda sosteniéndolo por debajo y la derecha por arriba.

El Maestro Observador contempló esto, luego hizo un breve movimiento de satisfacción con la cabeza.

-Ahora leeré cómo se mata. El aparato apuntará a la cosa que ha de ser muerta. -El Maestro Observador levantó la mirada y comprendió que estaba exactamente frente al aparato-. No hacia mí, tonto -profirió colérico.

Empujó al vigilante para hacerlo girar hasta que estuvo de cara al lado de la estancia donde se hallaba Chimal. Los otros se apartaron a cada lado y esperaron expectantes. El Maestro Observador leyó:

-Para matar, la pequeña palanca de metal que tiene la letra D debe tirarse hacia atrás con el índice de la mano derecha.

Miró al vigilante que trataba en vano de llegar a la pequeña palanca.

-No puedo hacerlo -dijo-. Mi dedo está arriba y la palanca está abajo.

-¡Entonces, da la vuelta a tu mano arqueada! -gritó el Maestro Observador, perdiendo la paciencia.

Chimal había estado observando todo aquello con un fuerte sentimiento de incredulidad. ¿Podía ser que aquella gente no tuviera ninguna experiencia con las armas ni de matar? Debía ser verdad, de lo contrario no obrarían de esta manera imposible. y ¿acaso iban a matarlo a él... así sin más? Solamente la irrealidad de aquella escena de sueño le había impedido actuar antes. Y, en verdad, quería ver cómo funcionaba aquella extraña arma. Había esperado hasta casi demasiado tarde, lo comprendió cuando el

anciano vigilante hizo dar vuelta a su mano y el dedo tanteante se extendió y oprimió la palanca de metal.

Cuando el objeto giró, apuntándole, Chimal se lanzó a un lado. En el momento en que lo hada se produjo un rápido estallido de calor y uno de los aparatos que estaban contra la pared, tras él, empezó a arder y humear. La gente chillaba. Chimal se abalanzó contra el apretado grupo y el arma lo buscó de nuevo y disparó. Esta vez se oyó un gemido de dolor y una de las mujeres cayó con un lado de la cabeza tan quemado y ennegrecido como si lo hubiesen arrojado al fuego.

Ahora la vasta estancia estaba llena de gente asustada que corría y Chimal se abrió paso entre ellos, derribando a todo el que se interponía en su camino. El vigilante que tenía el arma permanecía inmóvil con el artefacto colgando, los ojos desorbitados de la impresión. Chimal le asestó un puñetazo en el pecho y arrancó el arma de las manos que la asían débilmente. Ahora, sintiéndose más fuerte puesto que tenía en su poder el objeto de la muerte, Chimal se volvió para enfrentarse a cualquier ataque.

No se produjo ninguno, sólo confusión y un tumulto de gritos de mando. De nuevo se prescindió de él, aun cuando tenía el aparato. Anduvo entre la gente vestida de modo idéntico hasta que halló a la primera muchacha que había encontrado en el túnel. Podía haber elegido a cualquiera; quizás eligió a ésta porque hacía más tiempo que la conocía en aquel extraño lugar. Tirando de ella por el brazo la llevó a la salida de la estancia.

-Llévame fuera de aquí -ordenó.

-¿A dónde? -preguntó ella asustada, retorciéndose débilmente en la mano que la agarraba.

-¿A dónde? A algún lugar donde pudiese descansar y comer un poco más.

-Llévame a tu casa. La empujó hacia afuera, al corredor, y apretó contra su espalda la nueva arma que poseía.

En aquel corredor hasta las paredes eran de metal y de otras sustancias que él no conocía, sin ninguna señal de roca en ninguna parte. Del corredor se abrió puerta tras puerta, todas idénticas, y Chimal casi chocó con la muchacha cuando ésta se detuvo súbitamente.

-Esta es la mía -dijo, todavía medio ofuscada por. el miedo de lo desconocido.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó él, suspicaz, preocupado por si le preparaba alguna trampa.

-Por el número. Chimal miró las cifras negras en el metal de la puerta y gruñó, luego dio una patada ala puerta, que se abrió. Empujo a la muchacha delante suyo, cerró y apoyó la espalda contra la puerta.

-Esta es una casa pequeña -dijo.

-Es una habitación.

La habitación no tenía de ancho más que la estatura de un hombre, y de largo aproximadamente el doble. Sobre el anaquel se veía algo que probablemente era una estera para dormir, y había armarios contra la pared. Había otra puerta que él empujó y abrió: daba a una estancia todavía más pequeña que contenía un asiento con una tapa y algunos artefactos fijos en la pared. Al parecer no había otra salida de esta habitación..

-¿Tienes comida? -preguntó.

-No, naturalmente que no. Aquí no.

-¿Debes comer?

-Pero no en mi habitación. En el teyco con los demás, así es como se hace.

Otra palabra extraña. La cabeza le dolía por oír tantas de ellas. Tenía que descubrir dónde estaba y quiénes eran esta gente, pero primero necesitaba descanso: la fatiga era como una manta gris que amenazaba caer y envolverlo. Si él se dormía, ella pediría auxilio; había aquella caja que hablaba con ella y que le había traído ayuda cuando se encontraron por primera vez.

-Quítate esto -ordenó, señalando el cinturón y las cosas que colgaban de él.

-Esto no se hace en presencia de otros -dijo ella, horrorizada.

Chimal estaba demasiado cansado para discutir: le pegó una bofetada.

-Quítatelo. Sollozando, con la huella roja de los dedos de Chimal bien visible sobre su piel blanca, hizo algo al cinturón y éste se soltó y cayó al suelo. Chimal lo arrojó contra la pared más alejada.-¿Hay una salida en la habitacioncita con el asiento? -preguntó.

Cuando ella sacudió la cabeza indicando que no,. la creyó y la empujó adentro. Después cerró la puerta y se tendió pegado a ella, de modo que no se pudiese abrir sin tocarlo, puso la cabeza sobre su brazo, apretó el objeto matador contra su pecho y se durmió inmediatamente.

Después de un tiempo cuya duración ignoraba, despertó. La luz venía de arriba, como antes, Cambió de posición sobre el suelo y se durmió de nuevo.

Le molestó sentirse empujado y musitó algo en un sueño, pero no despertó. Se movió para poner fin a lo que le irritaba y algo con ello le inquietó y le sacó de una pesada y absorbente inconsciencia. Cuando abrió los ojos, turbios de sueño, no pudo

imaginar dónde estaba: parpadeó ante la' figura negra que corría a través de la habitación alejándose de él. La Vigilante Steel estaba en la puerta y la abría antes que sus sentidos nublados volvieran a la vida. Se lanzó hacia delante, tendió el brazo y alcanzó justo a asir el tobillo de la muchacha en el momento en que pasaba por el umbral. En cuanto la tocó, cesó completamente toda resistencia y permaneció tendida inerte, llorando, mientras él la arrastraba por el suelo, luego se levantaba y cerraba de un puntapié. Se apoyó contra la puerta, sacudiendo la cabeza para tratar de despertarse. Todo el cuerpo le dolía y estaba todavía cansado a pesar del sueño.

-¿Dónde hay agua? -preguntó, tocando á la mujer con la punta del pie.

Ella no hizo más que gemir con más fuerza, los ojos abiertos y llenos de lágrimas, los puños apretados a los costados.

-No voy a hacerte daño, así que basta de esto. Sólo quiero que me ayudes en algo.

A pesar de lo dicho, se enfureció al no contestarle ella y la abofeteó otra vez.

-Dímelo. Sollozando todavía intensamente, la muchacha giró sobre sí misma y señaló la habitación donde había estado encerrada. Chimal miró adentro y vio que la sillita tenía una tapa que se levantaba sobre un gozne y, bajo ésta, había un gran tazón de agua. Cuando se inclinó para sacar algo de agua la muchacha chilló de un modo incoherente. Se había sentado y sacudía el dedo en ademán negativo, horrorizada.

-No -dijo por fin, jadeando-. No. Esta agua es... no es para beber. Ahí, en la pared, el nodren, esa agua puedes beberla.

Preocupado por la evidente alarma de la muchacha, Chimal la obligó a entrar en la pequeña estancia e hizo que le explicara su

función. Ella no quería ni siquiera mirar el tazón del asiento, pero llenó una vasija que había en la pared con agua fría que salió de una pieza de metal cuando ella la tocó del modo debido. Después de beber hasta saciarse, Chimal señaló los otros instrumentos que había en la pieza y ella le dijo lo que eran. La ducha le encantó. La reguló de modo que saliera caliente y echando vapor, luego se quitó el maxtli y se colocó bajo el chorro. Había dejado la puerta abierta a fin de poder vigilar a la muchacha, y no le hizo ningún caso cuando volvió a chillar y corrió a ponerse de cara a la pared, temblando. Sus actos eran tan inexplicables que él no intentaba comprenderlos, ni le importaba lo que hiciera con tal que no tratase otra vez de escapar. Cuando apretó el botón que soltaba la espuma de jabón, le dolió, pero después se sintió mejor de sus heridas. Después movió las manijas para hacer que el agua saliera lo más fría posible, antes de usar el otro control que sopló aire caliente sobre él. Mientras su cuerpo se secaba, enjuagó su maxtli en el tazón del asiento que la muchacha no quería mirar, luego lo escurrió y se lo puso.

Por primera vez desde que había pasado la puerta de roca tuvo un momento para detenerse a pensar. Hasta entonces los acontecimientos le habían empujado a él y había reaccionado. Ahora quizá podría encontrar las respuestas a la multitud de preguntas que le llenaban la cabeza.

-Vuélvete y deja de hacer este ruido -dijo a la muchacha.

Se sentó en la estera. Era muy cómoda. Los dedos de la mujer estaban extendidos contra la pared como si tratara de abrirse paso a través de ella, y permaneció de aquella manera mientras volvía la cabeza, dudando, para mirar hacia atrás. Cuando le vio sentado, se volvió y se quedó de pie, rígida, frente a él, con las manos enlazadas apretadamente delante y los dedos moviéndose inquietos.

-Así es mucho mejor. -La cara de la mujer era una máscara blanca, sus ojos con. los párpados enrojecidos a causa del

continuo llorar-. Ahora dime tu nombre.

-Vigilante Steel.

-Está bien, Steel. ¿Qué hacéis aquí? -Hago mi trabajo, como es ordenado. Soy un trepiol mar...

-No lo que haces tú, sino lo que hacéis todos vosotros, aquí en estos túneles bajo las montañas.

Ante esa pregunta, ella negó con la cabeza.

-No... no comprendo. Cada uno de nosotros hacemos la tarea que nos es ordenada, y servimos al Gran Diseñador como requiere nuestro honor...

-Esto no significa nada, calla. -Hablaban los dos de la misma manera, a pesar de que algunas palabras eran nuevas para él y que a ella no podía hacerle comprender lo que quería saber. Por lo tanto, empezaría desde el principio y avanzaría lentamente-. Deja de tener miedo. No quiero hacerte daño. Fue tu Maestro Observador quien mandó traer esta cosa que mata. Siéntate. Aquí a mi lado.

-No puedo, tú... -¿yo qué?

-Estás... no tienes... no estás cubierto. Esto Chimal podía comprenderlo. Esta gente de las cuevas tenía un tabú contra el cuerpo descubierto, del mismo modo que las mujeres del valle debían llevar un huipil que cubriera las partes superiores de su cuerpo cuando iban al templo.

-Llevo mi maxtli -dijo, señalando su calzón-. No tengo otra cosa con qué cubrirme aquí. Si tú tienes algo, haré como deseas.

-Estás sentado sobre una manta -dijo ella. Vio que aquella estera tenía diversas capas, y la primera estaba hecha de una tela suave

y rica. Cuando se envolvió en ella, la muchacha se tranquilizó visiblemente. No se sentó a su lado, pero oprimió una aldaba en la pared y cayó de ella un pequeño asiento sin respaldo; en él se sentó.

-Para empezar -dijo Chimal-. Estáis escondidos aquí dentro de la roca, pero sabéis de mi valle y de mi gente. -Ella asintió con un movimiento de cabeza-. Bien, hasta aquí. Sabéis de nosotros, pero nosotros no sabemos de vosotros. ¿Cómo es esto?

Así está ordenado, porque nosotros somos los Guardianes.

-Y tu nombre es Vigilante Steel. Entonces, ¿por qué nos vigiláis en secreto? ¿Qué hacéis?

Ella sacudió la cabeza con aire de impotencia. -No puedo hablar. Tal conocimiento está prohibido. Mátame, es mejor. No puedo hablar...

Sus dientes se clavaron en su labio inferior con tanta fuerza que se formó una espesa gota de sangre en su barbilla.

-Este es un secreto que descubriré -dijo él tranquila- mente-. Quiero saber lo que sucede. Sois del mundo exterior a mi valle. Tenéis los instrumentos de metal y todas las cosas de que nosotros carecemos, y sabéis de nosotros... pero os mantenéis ocultos. Quiero saber por qué...

Un profundo estallido, como si golpearan un gong enorme, llenó la estancia y Chimal se puso en pie inmediatamente, teniendo preparada en las manos la cosa que mata.

-¿Qué es esto? -preguntó. Pero la Vigilante Steel no le escuchaba. Cuando se oyó de nuevo el ruido, cayó de rodillas e inclino la cabeza sobre sus manos juntas. Murmuraba una plegaria, o un hechizo de alguna clase, y sus palabras se perdían dentro del sonido estruendoso. Tres veces sonó el gong y al

tercer golpe ella levantó la cajita que colgaba de su cuello, luego tiró de la tela que cubría su mano hasta que uno de los dedos quedó desnudo. Al cuarto golpe apretó con fuerza la vara de metal de modo que primero ésta se deslizó dentro de la caja, luego volvió a salir lentamente. Entonces ella soltó la caja y empezó a cubrirse de nuevo el dedo. Antes que pudiera hacerlo, Chimal le asió la mano y le dio vuelta. Había en su carne una serie de punzadas procedentes de las puntitas de la vara de metal, e incluso algunas gotas de sangre. Toda la yema del dedo estaba cubierta de un dibujo de minúsculas cicatrices blancas. Steel retiró su mano y rápidamente cubrió con la tela la carne descubierta.

-Vosotros hacéis muchas cosas extrañas -dijo Chimal. y le quitó la caja de la mano. Ella fue arrastrada más cerca de él mientras Chimal miraba otra vez las ventanitas. Los números eran los mismos de antes... ¿Lo eran? ¿El último número de la derecha no era antes un tres? Ahora era un cuatro. Con curiosidad, empujó la varita, aunque le lastimaba el dedo. Steel gritó y agarró la caja. El último número ahora era un cinco. Chimal soltó el objeto y ella, llevándoselo entre las manos, se separó de él y corrió hacia el otro extremo de la estancia.

-Cosas muy extrañas -dijo Chimal, mirando los puntitos de sangre en su dedo.

Antes que pudiera volver a hablar se oyó un leve golpeteo en la puerta y una voz dijo:

-¡Vigilante Steel!

Chimal saltó silenciosamente al lado de la mujer y le puso la mano sobre la boca. Ella cerró los ojos, se estremeció y quedó inerte. Podía ser una astucia de su parte: Chimal la sostuvo con la misma firmeza.

-¡Vigilante Steel! -repitió la voz.

Y una segunda voz dijo:

-No está aquí, abre la puerta y mira.

-¡Pero piensa en la intimidad! ¿y si está aquí y entramos?

-Si está aquí, ¿por qué no contesta?

-No se presentó para el fedmio en el último yerib, puede estar enferma.

-El Maestro Observador nos ordenó buscarla y dijo que debíamos mirar en su habitación.

-¿Dijo que la buscásemos en su habitación o a su habitación?
Hay una gran diferencia en el sentido.

-Dijo en.

-Entonces debemos abrir la puerta.

Cuando la puerta empezó a moverse con precaución, Chimal la abrió de par en par y dio un puntapié en el estómago al hombre que estaba afuera, el cual se derrumbó inmediatamente y cayó sobre la cosa de matar que tenía en las manos. Había otro hombre que trató de echar a correr, pero no llevaba arma y Chimal lo alcanzó fácilmente, le dio un puñetazo en un lado del cuello y lo derribó, luego lo arrastró adentro de la habitación.

Chimal miró los tres cuerpos sin sentido y se preguntó qué haría. Pronto vendrían más hombres a investigar, esto era seguro; por lo tanto, él no podía permanecer allí. Pero ¿dónde podía ocultarse en aquel extraño lugar? Necesitaba un guía... y la muchacha sería la más fácil de manejar. La levantó y se la echó al hombro, luego tomó la cosa de matar. El corredor estaba vacío cuando se asomó, así que dio vuelta y se alejó rápidamente en dirección opuesta a aquella de donde habían venido..

Allí había más puertas, pero tenía por lo menos que ir a mayor distancia antes que empezara la búsqueda. Dobló un recodo, luego otro, tenso en todo momento y esperando encontrarse con alguien. Seguía solo. Otro recodo le llevó a un reducido vestíbulo, cavado otra vez en la roca, que terminaba en una ancha puerta. Antes que retroceder, se apoyó en el picaporte y abrió la puerta. Llevaba el arma preparada, pero no había nadie esperando allí dentro. Era una caverna muy vasta que se extendía a lo lejos. Estaba dividida en muchas naves en las que había arcas e incontables estantes. Un depósito de alguna clase. Esto serviría hasta que la muchacha recobrara el sentido, luego haría que ella lo llevase a algún lugar más seguro... ya encontrar algo que comer. Quizás aquí incluso había comida, no era una idea imposible. Corrió hasta muy adentro de la caverna, llegó a una nave oscura a donde no llegaba mucha luz y dejó a la muchacha en el suelo. Ella no se movió, así que la dejó allí mientras él registraba el lugar, abriendo cajas y tomando cosas de los estantes. En una de las arcas encontró muchos fardos de tela negra que había sido cosida en formas extrañas.

Cuando sacó una pieza, comprendió que las tiras que colgaban eran como brazos y piernas y que aquellos eran los vestidos que llevaban los guardianes. Tomó dos brazadas de aquellas ropas y volvió junto a la muchacha inconsciente, quien todavía no se había movido. Dejó caer su carga y, agachado bajo la luz, trató de encontrar la manera en que la vestidura se cerraba. El aire aquí era más frío que en la habitación de Steel y no le iría mal llevar algo que le calentara el cuerpo.

Después de mucho probar y de desgarrar en su furia uno de los vestidos a tiras, descubrió que un pequeño botón de metal colocado bajo la barbilla del que llevaba el vestido podía hacerse bajar si primero se le daba vuelta. Cuando el botón bajó, la tela se separó tras él, abriéndose en línea recta hacia abajo entre las piernas y hacia arriba hasta la mitad de la espalda, de modo que el vestido casi quedaba partido en dos. Abrió de esta manera

varias de aquellas cosas, pero las arrojó disgustado cuando encontró que sólo podía meter en ellas escasamente la mitad de las piernas. Los vestidos debían hacerse de diferentes tamaños y los que él había encontrado debían ser los más pequeños. Tenía que haber una manera de encontrar los grandes: la muchacha lo sabría. Chimal se acercó a ella, pero aún yacía con los ojos cerrados, respirando fatigosamente; su piel tenía un matiz grisáceo y, cuando la tocó, la halló fría y ligeramente húmeda. Se preguntó si tendría algún mal. Quizá se había lesionado cuando cayó. Movido por la curiosidad, dio vuelta al botón bajo la barbilla de la mujer, lo corrió hacia abajo tanto como pudo y apartó la tela. No estaba herida, por lo que él podía ver. Su piel era blanca como el papel y sus costillas sobresalían como duros nudillos. Sus senos eran unos pequeños montículos, como los de una adolescente, y Chimal no sintió agitarse en él ningún deseo de mirar aquella flácida desnudez. En torno a su cintura había un ancho cinturón de una sustancia gris, sujeto delante por un trow de cordón ensartado en los extremos del cinturón. Arrancó el cordón, retiró el cinturón y vio que debajo de éste la piel estaba roja e inflamada. Cuando pasó el dedo por el interior del cinturón lo sintió áspero y punzante, como si estuviese forrado de multitud de minúsculas espinas de cacto. Esto estaba fuera del alcance de su comprensión: arrojó el cinturón a un lado y examinó las piezas que fijaban las varas flexibles al cuerpo. Quizá la muchacha era muy débil y aquellas varas la ayudaban a sostenerse. Pero ¿todo el mundo aquí era así de débil? Cuando apretó la pieza de metal que le sostenía la cabeza por atrás, se separó, retirando la capucha. El pelo había sido afeitado y era ahora nada más que un rastrojo corto y oscuro. Nada de esto podía comprenderse fácilmente. Abrochó el vestido y colocó la capucha como la había encontrado, luego se sentó en cuclillas y reflexionó sobre aquellas cosas. Permaneció sentado pacientemente durante algún tiempo, hasta que ella se agitó y abrió los ojos.

-¿Cómo te sientes ahora? -le preguntó Chimal.

Ella parpadeó rápidamente y miró alrededor antes de contestar.

-Estoy bien, creo. Me siento muy cansada.

Esta vez Chimal se armó de paciencia al hablarle; si le pegaba y ella se ponía a llorar de nuevo no se enteraría de nada.

-¿Sabes qué son estas cosas? -preguntó, señalando el montón de ropa.

-Son vabin... ¿De dónde los sacaste?

-De ahí; hay muchos. Quería uno para cubrir mi cuerpo, pero todos son demasiado pequeños.

-Tienen el número adentro, aquí, mira.

Se sentó y señaló al interior de uno de los vestidos.

-Te enseñaré dónde están. ¿Me buscas uno que me pueda poner?

Steel estaba dispuesta a ayudarlo, pero se tambaleó cuando trató de levantarse. Ella ayudó a ponerse en pie y ella, en su malestar, no pareció molestarse por su contacto. Cuando él le enseñó las arcas, miró la numeración y señaló la última.

-Aquí; son los más grandes.

Cerró los ojos y volvió la cara a un lado cuando él abrió un fardo y empezó a ponerse uno de los trajes. Se le ajustó bien y lo sintió caliente.

-Ya está, ahora tengo el aspecto de todos los demás -dijo.

Ella lo miró y se tranquilizó un poco.

-¿Puedo irme ahora? -preguntó, vacilante.

-Muy pronto -contestó él, mintiendo-. Antes contéstame unas pocas preguntas. ¿Hay algo de comer aquí?

-Yo... no sé. Sólo estuve una vez en el almacén, hace mucho tiempo...

-¿Cuál es la palabra que empleaste, referida a este lugar?

-Almacén. Un lugar donde se almacenan cosas. -Almacén. Recordaré las palabras. y aprenderé lo que significan muchas otras palabras antes de salir de aquí. ¿Puedes ver si hay comida aquí?

-Sí, supongo que puedo mirarlo.

Chimal la siguió a pocos metros de distancia, dispuesto a saltar y retenerla si trataba de echar a correr, pero se mantuvo lo bastante alejado para darle una ilusión de libertad. La muchacha encontró, en efecto, unos ladrillos bien envueltos que, le dijo, se llamaban raciones de urgencia, cosas para comer cuando no se disponía de otro alimento. Antes de abrirlos, Chimal se los llevó al rincón que había encontrado primero.

-No tiene mucho sabor -dijo, después de haber rasgado la piel transparente y probado la pasta que había dentro.

-Es muy nutritivo -dijo Steel.

Luego, vacilando, pidió.. un poco para ella. Chimal le dio un paquete, después que la muchacha le hubo explicado qué significaba esta nueva palabra.

-¿Has vivido aquí toda tu vida? -preguntó Chimal, lamiéndose los dedos.

-Sí, naturalmente -contestó Steel, sorprendida por la pregunta.

Chimal no habló inmediatamente, sino que frunció el ceño, concentrándose. Esta muchacha debía saber todas las cosas que él necesitaba conocer...pero ¿cómo hacérselas decir? Comprendió que debía hacer las preguntas adecuadas para obtener las respuestas justas, como si esto fuera un juego de niños con reglas diferentes. Yo soy un pavo. ¿Cómo puedes saber que yo soy un pavo? ¿Cuáles eran aquí las preguntas apropiadas?

-¿Sales alguna vez de aquí para ir al mundo exterior, al valle?

Ella pareció confusa.

-Claro que no. Esto es imposible... -Sus ojos se agrandaron de súbito-. No puedo decírtelo.

Chimal cambió rápidamente de tema.

-¿Sabes algo sobre nuestros dioses? -preguntó, y ella afirmó con un movimiento de cabeza-. ¿Sabes algo de Coatlicue?

-No puedo decirte nada de esto.

-Parece que haya muy pocas cosas de las que puedas hablarme.

Pero al decir esto le sonrió, en vez de pegarle como hubiera podido hacer antes, y ella casi correspondió a su sonrisa. Aprendía.

-¿No te has preguntado cómo llegué al lugar donde me encontraste?

-No he pensado en ello -confesó Steel con franqueza; obviamente, tenía poca curiosidad por las cosas desconocidas-. ¿Cómo llegaste allí?

-Seguí a Coatlicue desde el valle.

-¿No había manera de obtener información de esta muchacha?
¿Qué es lo que ella deseaba oír?

-Quiero volver allá. ¿Crees que podría?

Ella se enderezó y asintió con aire feliz.

-Sí, esto es lo que deberías hacer.

-¿Me ayudarás?

-Sí... -Luego su cara se descompuso-. No puedes. Les hablarías de nosotros yeso está prohibido.

-Si se lo dijera... ¿me creerían? ¿O me llevarían al templo para liberar al dios cautivo en mi cabeza?

Ella meditó con intensidad.

-Sí, esto es lo que sucedería. Los sacerdotes te matarían en el templo. Los otros creerían que estás poseído.

Sabes mucho de nosotros, pensó Chimal... y yo no sé nada en absoluto sobre vosotros excepto el hecho de vuestra existencia. Esto cambiará. En voz alta, dijo:

-No puedo volver por donde vine, pero ha de haber otro camino...

-Ninguno que yo sepa, excepto el de alimentar a los zopilotes.

Se tapó la boca con la mano y sus ojos se agrandaron al comprender que había dicho demasiado.

-Los zopilotes, naturalmente. -Chimal casi gritó estas palabras. Se puso en pie de un salto y se paseó arriba y abajo de la nave-. Esto es lo que hacéis, los alimentáis. Les lleváis vuestros sacrificados y vuestros muertos en vez de enterrarlos. Así llegó la carne a la cornisa, no la llevaron los dioses.

Steel estaba horrorizada.

-No les damos nuestros muertos sagrados. Los zopilotes comen carne de los tives. -Se interrumpió de súbito-. No puedo decirte nada más. No puedo hablarte porque digo cosas que no debería decir.

-Me dirás mucho más.

Tendió la mano para asirla, pero ella se apartó encogiéndose y sus ojos de nuevo se llenaron de lágrimas. Esta no era la manera.

-No te tocaré -dijo Chimal, apartándose al extremo de la nave-, así que no tienes porque asustarte.

¿Cómo podría lograr que ella le ayudase? Sus ojos se dirigieron al montón de ropa revuelta y al extremo del cinturón que salía por debajo. Lo sacó y lo mostró a la muchacha.

-¿Qué es esta cosa? -Un monachin. No debería estar aquí. -Enséñame esta palabra. ¿Qué significa? -Mortificación. Es un santo recordatorio de pureza, para aclarar los pensamientos de la manera debida.

Se detuvo, reteniendo el aliento. Sus dedos volaron hacia su cintura. Una ola de sonrojo invadió su cara al comprender lo que había sucedido. Chimal asintió con un movimiento de cabeza.

-Sí, es tuyo. Te lo quité. Tengo poder sobre ti, ahora lo comprendes. ¿Me llevarás al lugar de los zopilotes? -Ella sacudió la cabeza negando y él dio un solo paso hacia ella, diciendo-: Sí, lo harás. Me llevarás allá para que pueda volver entre mi gente y entonces Podrás olvidarme. No podré hacerte ningún daño cuando esté de regreso en el valle. Pero si me quedo contigo, sé lo que he de hacer con tu tabú. Esta vez haré más que quitarte tu mortificación. Te abriré el vestido, te lo quitaré...

Steel cayó, pero no se desmayó. Chimal no la ayudó a levantarse porque sabía que su contacto podía llevarla demasiado lejos y entonces no le sería de ninguna utilidad. Ahora era sólo el miedo de lo que podría valerse para empuarla. Levántate -dijo Chimal- y condúceme allá. No puedes hacer nada más.

Se apartó mientras ella se levantaba asiéndose a los estantes. Cuando Steel empezó a andar, él siguió aun paso tras ella, sin tocarla, la cosa de matar preparada en la mano.

-Evita ala gente -le advirtió-. Si alguien trata de detenemos, los mataré. Así que si los llamas serás tú quien los matará.

Chimal ignoraba si esta advertencia significaba algo para ella, si buscaba pasajes desiertos o si aquel camino estaba normalmente vacío de gente, pero en todo caso no encontraron a nadie. Una vez se divisó un movimiento en una encrucijada hacia delante, pero cuando llegaron allí no había nadie,

Transcurrió largo tiempo hasta que llegaron a la caverna lateral que se desviaba de la principal, Steel, tambaleándose de fatiga, la señaló sin pronunciar palabra, pero movió la cabeza en señal afirmativa cuando Chimal le preguntó si aquél era el túnel que conducía a su destino. Le recordaba mucho' el camino por donde había entrado. El suelo era de roca lisa, mientras que las paredes y el techo eran ásperos y llevaban todavía las marcas de las herramientas que' los habían cavado. Aquí había una diferencia importante: dos delgadas barras de metal estaban fijas al suelo y se extendían a los lejos y se desvanecían dentro del túnel recto como una flecha.

-Déjame -suplicó ella. -Seguimos juntos, todo el camino. No era necesario, todavía decirle que no tenía ninguna intención de marchar de los túneles, que sólo reunía información sobre ellos.

Era un camino muy largo y Chimal lamentó no haberse llevado agua, La Vigilante Steel ahora se tambaleaba y se detuvieron dos

veces para que pudiese descansar. Al extremo, el túnel emergía a una caverna más vasta. Las barras de metal continuaban, las atravesaban y penetraban en otro túnel al lado opuesto.

-¿Qué es esto? -pregunto Chimal, mirando a los objetos desconocidos a su alrededor,

-Ahí está el camino -dijo ella, señalando-. Puedes mover esta cubierta para mirar, y estos son los controles que abren la puerta,

Había un gran tablero de metal en la pared, donde ella señalaba, con un disco en el centro. El disco se movió hacia un lado cuando él lo empujó, y pudo ver a través de la abertura que descubrió el disco. Se encontró contemplando, por una grieta entre dos rocas, el cielo de la tarde. Allá, azules en la lejanía, podía ver el risco y la cadena de cumbres que se alzaban más allá de Zaachila. Exactamente ante él había una cornisa sombreada y la rígida silueta de un zopilote. Mientras Chimallo observaba, el zopilote abrió sus alas y se lanzó a la luz del sol; se alejó flotando en un gran círculo lento.

-Soy la Vigilante Steel -oyó que decía la muchacha. Chimal se volvió rápidamente. Steel estaba al otro lado de

la caverna y hablaba a un caja de metal que colgaba de la pared.

-El está aquí conmigo. No puede salir. Venid y apresadlo inmediatamente.

Chimal agarró a la muchacha por el brazo, la apartó de la caja de metal y la arrojó al suelo. La caja tenía en la parte de delante un disco redondo, y botones, así como una abertura con ranuras. De ésta salió una voz.

-Vigilante Steel, tu informe ha sido oído. Ahora comprobamos al ralort. Cuál es tu posición exacta...

Chimal levantó la cosa de matar y apretó la palanca de metal. También mataba cajas negras. La voz balbuceó y se interrumpió y la caja estalló en una llamarada.

-Es inútil -dijo Steel, sentándose y frotándose el brazo, los labios curvados en una fría sonrisita de triunfo-. Pueden averiguar desde donde llamé, así, pues, saben que estás aquí. No hay manera de escapar.

-Puedo volver al valle. ¿Cómo se abre esta puerta de metal?

De mala gana, la mujer se dirigió al lugar donde sobresalía de la pared una barra con un mango negro, y tiro de la barra hacia abajo. La placa giró hacia afuera silenciosamente y la luz del día iluminó la caverna. Un zopilote que iba a posarse en la cornisa de afuera, asustado por el movimiento aleteó ruidosamente y se alejó volando. Chimal miró a través del valle y olfateó el aire frío que le era familiar, por encima del hedor de los excrementos de las aves.

-Me matarán inmediatamente si vuelvo allá -dijo. Y empujó a la muchacha afuera, sobre la cornisa.

-¿Qué haces? -dijo ella, resollando. Después chilló cuando él empujó el mango en sentido contrario y la puerta empezó a cerrarse. Sus gemidos estridentes dejaron de oírse cuando de pronto la roca chocó contra la roca.

Se oía un ruido silbante que crecía viniendo del túnel, tras de Chimal, y salía una suave corriente de aire de aquel túnel. Chimal corrió, se arrimó de espaldas a la pared, junto a la abertura, y levantó la cosa de matar. El ruido aumentaba y el viento que salía del túnel soplaba con más fuerza. Aquella gente tenía grandes poderes: ¿qué cosa extraña mandaban tras él para matarlo? Cuando el ruido se oyó más fuerte apretó su cuerpo contra la roca, y del túnel salió una plataforma, con muchos hombres en ella. Produjo un fuerte chirrido, se sacudió y se detuvo, y Chimal vio que todos los hombres llevaban cosas de matar. Apuntó con

su arma y tiró de la palanca. La llama estalló una, dos veces, entre los hombres, y luego la cosa quedó muerta entre sus manos y no sucedió nada más por mucho que tirara de la palanca la cual se rompió cuando, desesperado, la apretó con demasiada fuerza. Blandiendo el arma como una maza, atacó.

Chimal pensó que moriría antes de avanzar un pie; se estremeció su piel, esperando el fuego que se derramaría sobre él. Pero sus dos disparos habían dado ferozmente en el blanco entre los hombres agrupados. Algunos estaban muertos y otros quemados y sufriendo dolores. La violencia y la matanza eran cosas nuevas para ellos, pero no para Chimal que había vivido toda su existencia entre aquellas dos inhumanidades gemelas. Mientras pudiera moverse, lucharía. Antes que una sola llama pudiese tocarle se hallaba ya entre los hombres, esgrimiendo el objeto de metal como si fuera un garrote.

Era una batalla desigual. Seis hombres habían entrado en la caverna, pero al cabo de un minuto dos de ellos estaban muertos y los otros heridos e inconscientes. Chimal permaneció de pie ante ellos, jadeando, esperando algún movimiento. El último que se había movido había recibido un golpe en la cabeza y estaba ahora tan inmóvil como los demás. Tiró la inútil cosa de matar; fue hacia la pared y empujó la barra que abría la puerta. La Vigilante Steel estaba encogida contra la roca, tan cerca de la puerta como podía, la cara oculta entre las manos. Tuvo que arrastrarla hacia dentro porque ella no hizo ningún movimiento para sostenerse. Se quedó donde Chimal la dejó caer mientras él retiraba de la plataforma a los heridos y muertos, con cuidado de no tocar los brillantes botoncitos y varillas de la parte delantera. Empezaba a aprender sobre esas cosas.

-Cuando el vehículo estuvo desembarazado, la curiosidad le venció y se puso a examinarlo. Debajo había ruedas, muy parecidas a las que a veces se ponían en los juguetes de los niños, que corrían sobre las barras de metal fijas en el suelo de

roca. Alguna fuerza controlada desde arriba debía hacer que aquellas ruedas girasen e hiciesen correr la plataforma. La parte más interesante era el escudo que se levantaba delante. Parecía duro como el metal, pero era claro como el agua: Chimal podía mirar a través de él como si no estuviera.

La plataforma corría sobre las barras de metal. Las siguió con la mirada mientras atravesaban la gran caverna y desaparecían en el túnel más pequeño de enfrente. Quizá no tendría que volver atrás para enfrentarse con más cosas mortíferas.

-Levántate -ordenó a la muchacha. y la puso en pie ala fuerza ya que ella no obedeció inmediatamente-. ¿A dónde va este túnel?

Ella miró primero con horror a los hombres heridos echados en el suelo, después siguió el dedo indicador de Chimal.

-No lo sé -tartamudeó por fin-. El mantenimiento no, es mi trabajo. Quizás es un túnel del mantenimiento.

Chimal le hizo explicar qué era mantenimiento antes de empujarla sobre la plataforma.

-¿Cuál es el nombre de esto? -preguntó Chimal.

-Es un coche.

-¿Puedes hacerlo mover? Contesta sin mentir. La violencia y la muerte la habían desposeído de toda esperanza.

-Sí, si puedo -contestó, casi en un susurro.

-Enséñamelo, pues.

El funcionamiento del coche era muy sencillo. Chimal metió en él una nueva cosa de matar y se sentó al lado de Steel mientras ella le enseñaba. Una palanca lo hada marchar hacia adelante y hacia

atrás, y cuanto más se empujaba más rápidamente corría el vehículo. Cuando se la soltaba, volvía a su posición central mientras que una segunda palanca hacía algo que frenaba y detenía el coche. Chimal lo puso en marcha lentamente, se inclinó cuando entraron en el túnel hasta que vio que había mucho espacio entre su cabeza y el techo de roca. Las luces -también había aprendido esta palabra- pasaban cada vez más de prisa a medida que él empujaba la palanca. Finalmente, la colocó tan adelante como pudo y el coche corrió a una velocidad r tremenda por el túnel. Las paredes se precipitaban a los lados

y el aire chillaba sobre el escudo transparente. La Vigilante Steel se agachó a su lado, aterrorizada, y él rió, luego disminuyo la velocidad. Frente a ellos la hilera de luces empezó a curvarse hacia la derecha y Chimal frenó todavía más. La curva continuó hasta que hubieron dado la vuelta a todo un ángulo recto, luego se enderezó de nuevo. Inmediatamente después de esto el túnel empezó a bajar. La pendiente era gradual, pero continuaba sin fin. Transcurridos algunos minutos, Chimal detuvo el coche y ordenó a Steel que se pusiera de pie contra la pared.

-Vas a dejarme aquí... -gimió ella.

-No, si te portas bien, no te dejaré. Sólo quiero que mires por este túnel... Ponte derecha, ¿quieres?, tanto como puedas. Sí, que Chimalman me bendiga, vamos todavía hacia abajo... ¿a dónde? No hay nada dentro de la tierra excepto el infierno donde reside Mixtec, el dios de la muerte ¿Vamos hacia allá?

-Yo... yo no sé -dijo ella, débilmente.

-O no quieres decírmelo, es lo mismo. Bueno, si es el infierno, irás conmigo. Vuelve a subir al coche. He visto más maravillas y cosas extrañas en estos últimos días que nunca había soñado, despierto o dormido. El infierno no puede ser más extraño que ellas.

Al cabo de cierto tiempo la pendiente cesó y el túnel continuo,

recto y plano. Finalmente, a lo lejos, la luz llenó toda la abertura y Chimal frenó hasta un paso lento. Gradualmente apareció una caverna mucho más vasta, bien iluminada y al parecer vacía. Detuvo el coche a poca distancia de ella y; se acercó a pie, empujando ante él a la Vigilante Steel. Se detuvieron ala entrada y miraron adentro.

Era algo gigantesco. Una sala grande, tan grande como la pirámide, cavada en la roca sólida. Los rieles la atravesaban y desaparecían dentro de otro túnel en el lado opuesto. Había luces a los lados y en el techo, pero casi toda la iluminación entraba por un gran agujero del techo, al extremo más alejado de la estancia. La luz parecía la del Sol y el color era muy semejante al azul del cielo.

-Esto, simplemente, no puede ser -dijo Chimal-. Nos alejamos del valle cuando dejamos el lugar de los zopilotes, lo juraría. Dimos vuelta y nos alejamos por dentro de la roca viva y bajamos durante largo tiempo. Esto no puede ser luz del Sol. ¿O sí? -Una súbita esperanza le invadió-. Si bajamos, pudimos atravesar una de las montañas y salir a otro valle que esté más bajo que el nuestro. Los tuyos si Conocen un camino para salir del valle, y es éste.

De pronto se dio cuenta de que la luz se hacía más brillante y se derramaba por el agujero de arriba y brillaba por la larga rampa que conducía a él. Dos rieles, muy semejantes a los que llevaban su coche, solo que mucho más grandes, bajaban por la rampa y atravesaron el piso para descender finalmente a través de una gran abertura del suelo.

-¿Qué sucede? -preguntó Chimal. La fuerza de la luz aumentaba, se hacía tan brillante que Chimal no podía mirar en dirección a la abertura.

-Vámonos -dijo Steel tirándole del brazo. El no preguntó por qué... Ya lo sabía.. La luz llameó allí dentro y luego Vino el calor,

quemándole la cara. -volvieron y echaron a correr, mientras tras ellos la luz y el calor se intensificaban imposiblemente, hasta que se lanzaron dentro del refugio del coche.

Cuando hubo pasado, el aire se sintió frío y al abrir los ojos Chimal estaba tan deslumbrado por la luz que al principio sólo podía ver tinieblas y puntos giratorios de color.

-¿Qué fue eso? -preguntó.

-El Sol -contestó ella.

Cuando, finalmente, pudo ver, era de noche.. Entraron otra vez en la gran sala, ahora iluminada por las luces de la pared y el techo. El cielo estrellado de la noche era visible a través de la abertura y hacia ella anclaron Chimal y la muchacha subiendo lentamente la rampa, hasta que ésta se allanaba al nivel de la tierra. Las estrellas, arriba, se acercaban cada vez más, descendían cada vez más brillantes, hasta que Chimal y Steel, cuando salieron del túnel, se encontraron entre ellas. Chimal miró hacia abajo, con un miedo que sobrepasaba la comprensión, mientras una estrella resplandeciente, un disco grande como una tortilla, bajaba por su pierna y sobre su pie y desaparecía. Con lenta dignidad, nacida del miedo y del esfuerzo necesario para dominarlo, se volvió y condujo a la muchacha, despacio, abajo de la rampa, al bienamado cobijo de la caverna.

-¿Comprendes lo que ha sucedido? -preguntó. -No sé. He oído hablar de estas cosas, pero nunca las había visto. Tratar esos asuntos no es mi trabajo.

-Lo sé. Eres una vigilante y esto es todo lo que sabes, y tampoco esto me lo dirás.

Ella sacudió la cabeza en signo negativo, los labios cerrados en una línea apretada. Chimal se sentó, haciéndola sentarse a su lado, de espaldas a aquella abertura y al inexplicable misterio de

las estrellas.

-Tengo sed -dijo Steel-. Se supone que ha de haber raciones de urgencia en estos lugares tan apartados.

-Lo miraremos juntos. Tras una gruesa puerta de metal había paquetes de raciones y translúcidos recipientes de agua. Ella le enseñó cómo se abría uno de esos recipientes y Chimal bebió hasta saciarse antes de pasárselo a ella. La comida era tan insulsa y satisfacía tanto el apetito como la de antes. Mientras comía, Chimal se daba cuenta de su grande y abrumadora fatiga, tanto de la mente como del cuerpo, pues la idea del Sol pasando junto a él y de las estrellas arrastrándose a sus pies era tan inconcebible que no soportaba pensar en ello. Quería hacer más preguntas a la muchacha, pero ahora, por primera vez, tenía miedo de oír las respuestas.

-Voy a dormir -dijo-, y quiero encontrar aquí el coche ya ti cuando despierte. -Reflexionó un momento y luego, haciendo caso omiso de la débil resistencia y protesta de la muchacha, le quitó del cuello la caja con su cadena de cuentas de metal y la sopesó. ¿Cómo llamáis a esto? -preguntó.

-Es mi deus. Por favor, devuélvemelo. -No quiero esta cosa, pero te quiero a ti aquí. Dame la mano.

-Enrolló la cadena en la muñeca de la muchacha y luego en su mano, dentro de la cual mantuvo apretado el deus. El suelo de piedra parecía duro, pero no le importaba: casi inmediatamente, al cerrar los ojos, quedó dormido.

Cuando despertó la muchacha dormía a su lado, con el brazo tendido y doblado de modo que su cuerpo quedara tan lejos de él como fuera posible y la luz del Sol entraba por la abertura, arriba de la rampa. ¿Podría volver de nuevo el Sol? Tuvo un momento de miedo intenso y sacudió rudamente a la muchacha para despertarla. En cuanto él mismo estuvo del todo despierto vio que

no había peligro inmediato y, después de quitarse la cadena de los dedos entumecidos, fue a buscar comida y agua para los dos.

Cuando hubieron terminado de comer y beber, dijo: -Vamos ahí fuera otra vez.

Y la empujó delante de él hacia arriba de la rampa. Por la abertura salieron al cielo azul. Se sentía el suelo duro bajo los pies y, cuando Chimal lo golpeó con el extremo del arma, se desprendió un trozo de azul y reveló la piedra debajo. Esto no tenía sentido... y sin embargo era el cielo. Lo siguió con la mirada a lo lejos, hacia arriba hasta el cenit y hacia abajo hasta las montañas, en el lejano horizonte. Cuando su mirada llegó a ellas lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás, de súbito perdido el sentido del equilibrio.

Las montañas, todas ellas, se volvían hacia él, inclinadas hacia arriba en el cielo en un ángulo de 45 grados.

Era como si el mundo entero fuese empujado hacia arriba desde atrás, volteado sobre su borde. Chimal no sabía qué pensar: aquellos sucesos eran demasiado imposibles. Incapaz de soportar el vértigo bajó vacilante por la rampa hasta la sólida seguridad de la caverna. La Vigilante Steel lo seguía.

-¿Qué significa todo esto? -le preguntó Chimal-. No puedo llegar a comprender lo que sucede.

-Yo no puedo decírtelo, esta vez porque lo ignoro. Esto no es mi trabajo. Soy una vigilante y la gente del mantenimiento nunca habla de esto. Ellos deben saber lo que significa.

Chimal miró hacia el túnel oscurecido donde había desaparecido el Sol, y no podía comprender.

-Debemos seguir adelante -dijo-. Tengo que descubrir lo que significan estas cosas. ¿A dónde va el otro túnel del coche? -preguntó, señalando la abertura al otro extremo de la gran sala.

-No lo sé. Yo no soy de mantenimiento. -No eres gran cosa de nada -le dijo Chimal con inconsciente crueldad-. Seguiremos adelante.

Sacó lentamente el coche del túnel y lo detuvo mientras ella cargaba comida yagua. Ahora que empezaba a desconfiar de la realidad, quería llevar con él sus provisiones. Luego atravesaron la caverna y se adentraron en el túnel del lado opuesto. Este era llano y recto, aunque, por alguna razón, la hilera de luces, adelante, parecía subir. Sin embargo, ellos nunca subieron: el túnel seguía perfectamente llano. Enfrente apareció alguna diferencia en la textura del túnel y Chimal frenó el coche hasta que apenas se movía y lo paró cuando llegaron a los barrotes de escalera de mano que estaban incrustados en la roca sólida de la pared del túnel. Estos subían por la pared y por una abertura en forma de tubería abierta en el techo.

-Vamos a ver a dónde va esto -dijo Chimal. Obligó a Steel a apearse. Se quedó atrás mientras ella empezaba a subir por la escalera delante de él. Hubo que trepar unos seis o siete metros por el agujero, el cual era sólo un poquito más ancho que los hombros de Chimal y estaba iluminado por dos lámparas, de las cuales la superior se hallaba justo debajo de una tapa de metal que cubría el extremo del recinto.

-Empújala -dijo-. No parece estar sellada. Era un metal delgado, con goznes a un lado; Steel lo abrió con facilidad y salió. Chimal la siguió afuera de la roca sólida y el cielo azul. Miró primero hacia arriba, alas nubecitas blancas que flotaban sobre sus cabezas, y luego más allá, al valle, con la fina línea del río y las dos aldeas color pardo, una a cada lado, que colgaban directamente sobre su cabeza..

Esta vez cayó, se apretó contra la sólida superficie del cielo y se agarró al borde del agujero. Tenía la sensación de que caía a plomo, que era lanzado desde el cielo a la muerte, des- trozado, sobre los campos junto al río. Cuando cerró los ojos para acabar

con la espantosa visión, se sintió mucho mejor. Bajo él sintió la roca sólida y el peso de su cuerpo contra ella. Después de levantarse lentamente sobre las manos y las rodillas, abrió los ojos y miró hacia abajo. Pintura azul de alguna clase, sobre roca maciza; se descantillaba cuando él la cogía en torno al borde del agujero. Incluso había huellas polvorientas de pies donde otros habían andado, y muy cerca pasaban rieles de metal, muy separados, como los que habían traído el Sol. Se acercó a ellos, todavía de rodillas, y aferró la solidez de la barra de metal azul: en la parte superior estaba gastada y brillante. Levantó los ojos lentamente y siguió con la mirada los carriles a través del cielo, vio que iban acercándose entre sí y finalmente desaparecían dentro de una abertura negra, muy arriba, en la cima de la suave curva del cielo. Trató de no pensar en esto ni de intentar comprenderlo. Todavía no. Primero tenía que verlo todo. Lentamente, rodó sobre su espalda, todavía aferrado al carril.

Sobre él estaba el valle, visible de un extremo a otro, exactamente como él sabía que había de verse. A los dos lados había montañas que apuntaban directamente hacia él, y más montañas allende los límites del valle. Al extremo norte había la barrera de roca y el pantano, el cauce sinuoso del río entre los campos, las casas pardas y las manchas oscuras de los dos templos, los árboles al sur y el brillo plateado de la laguna. La cascada apenas era visible, pero no había ninguna señal de que fuese hacia ella. Allí había unas pocas montañas y la bóveda azul del cielo empezaba inmediatamente tras ellas.

Su mirada captó un leve movimiento y se volvió en el preciso momento en que Steel desaparecía por el agujero de la roca.

Olvidó entonces su vértigo, se puso en pie de un salto y corrió hacia la abertura. Steel bajaba de prisa, más de prisa de lo que él hubiera creído, sin mirar hacia arriba. Cuando él empezó a bajar, ella llegó al túnel de abajo y saltó de la escalera. Chimal bajó unos escalones más, luego se soltó y se dejó caer pesadamente sobre

la roca maciza de abajo. Por encima de su cabeza pasó el fuego.

Steel tenía preparada la cosa de matar, esperando que él saliera para destruirlo. Ahora miraba boquiabierto los escalones y la pared ennegrecidos y, antes que pudiera corregir su puntería, Chimal estaba sobre ella y le arrebató el arma de las manos.

-Demasiado tarde para esto -dijo, tirando el arma dentro del coche.

Hizo girar a la muchacha, la colocó contra la pared, le asió con fuerza la barbilla y le sacudió la cabeza.

-Demasiado tarde para matarme, porque ahora conozco la verdad, lo sé todo sobre vosotros los guardianes, y sobre el mundo y las mentiras que se me han dicho. Ya no tengo ninguna necesidad de hacerte preguntas, ahora yo puedo decírtelo a ti.

Soltó la carcajada y se sorprendió al oír el chillido de su risa. Cuando soltó a Steel, ésta se frotó las marcas que su apretón le había dejado en la barbilla, pero él no se dio cuenta.

-Mentiras -dijo-. Se ha mentido a mi gente sobre todo. Es mentira que estamos en un valle de un planeta llamado Tierra, que da vueltas en torno al Sol... que es un globo de gas ardiente. Nosotros creíamos todas esas tonterías, los planetas flotantes, el gas ardiente en el aire. Aquel resplandor de fuego que vio Popoca y que yo vi, cuando se ponía el Sol, era el reflejo de los rieles, esto es todo. Nuestro valle es el mundo, no hay nada más. Vivimos dentro de una caverna gigantesca cavada en la roca, guardada secretamente por tu gente. ¿Qué sois vosotros... siervos o amos? ¿O ambas cosas? Vosotros nos servís, vuestra gente de mantenimiento nos cuida nuestro sol y procura que siempre brille como debe. Como deben hacer venir también la lluvia. Y el río... realmente termina en el pantano. Entonces, ¿qué hacéis con el agua... la aspiráis a través de una tubería y la arrojáis de nuevo a la cascada?

-Sí -dijo ella, sosteniendo su deus con ambas manos y levantando la cabeza-. Hacemos esto mismo. Vigilamos y os protegemos y os guardamos de mal, día y noche, duran- te todas las estaciones del año. Porque somos los guardianes y no pedimos nada para nosotros, sólo queremos servir.

En la risa de Chimal no había buen humor. -Servís. Servís mal. ¿Por qué no hacéis que el río fluya lleno todo el tiempo para que tengamos agua, o traéis la lluvia cuando la necesitamos? Rogamos pidiendo lluvia y nada sucede. ¿es que los dioses no escuchan...

o que vosotros no escucháis? -Con súbita comprensión, dio un paso atrás.

¿O acaso no hay dioses, en absoluto? Coatlicue está quieta en vuestras cavernas y vosotros traéis la lluvia cuando queréis. -Con súbita pena y comprensión, dijo- Aun en esto nos habéis mentido, en todo. No hay dioses.

-No existe ninguno de vuestros dioses... pero hay un dios, el Dios, el Gran Diseñador. Es el que hizo todo esto, quien lo planeó y lo construyó, luego le infundió vida para que empezara. El Sol surgió de su túnel por primera vez, se encendió y rodó en su primer viaje a través del cielo. El agua manó de la cascada y llenó la laguna y empapó el cauce del río que esperaba. El plantó los árboles e hizo los animales y luego, cuando estuvo dispuesto, El pobló el valle con los aztecas y colocó a los Guardianes para que los cuidaran. El era fuerte y seguro, y nosotros somos fuertes y seguros a Su imagen, y le honramos y cumplimos lo que nos ha con- fiado. Somos Sus hijos y vosotros sois Sus criaturas y nosotros os guardamos como El ha ordenado.

Chimal no estaba impresionado. La cantinela de las palabras y la luz en los ojos de Steele recordaban mucho a los sacerdotes y sus plegarias. Si los dioses habían muerto, no le importaba verlos desaparecer, pero no iba a añadir nuevos dioses tan de prisa. Sin

embargo, movió la cabeza asintiendo porque ella conocía los hechos que él debía saber.

-Así, está vuelto del revés -dijo- y sólo nos han enseñado mentiras. El globo de gas ha desaparecido y la Tierra ha desaparecido y las estrellas son puntitos de luz. El universo es roca, roca, roca sólida para siempre y vivimos en una pequeña caverna cavada en el centro de ella.

Se inclinó un poco, casi rehuyendo el peso de aquel infinito de foca que los rodeaba.

-No, no para siempre -dijo ella, juntando las manos y balanceándose-. Vendrá un día en que llegará el fin, el día elegido en que todos seremos liberados. Porque, mira -levantó su deus-, mira el número de los días desde la creación. Mira como suben y revelan a su paso que nosotros cumplimos nuestro deber para con el Gran Diseñador que es el padre de todos nosotros.

-186.175 días desde que el mundo principió -dijo Chi- mal, mirando los números expuestos-. ¿y tú has llevado la cuenta de todo este tiempo?

-No, claro que no. Todavía no tengo setenta años. Este deus es un tesoro reverenciado que me fue dado cuando presenté juramento de Vigilante...

-¿Cuántos años tienes? -preguntó; creyendo que había entendido mal-. ¿Diecisiete?

-Sesenta y ocho -dijo ella, y había un matiz de malicia en los ángulos de su sonrisa-. Labramos los días de nuestro servicio y cumplimos nuestro deber, y los fieles son recompensados con los años de sus vidas. No tenemos una vida corta como los animales inferiores, el pavo, la serpiente... o vosotros.

No había respuesta posible a eso. La Vigilante Steel parecía tener

poco más de treinta años. ¿Era posible que fuese tan vieja como pretendía? Esto era un misterio más que añadir a todos los demás. En el silencio, el levísimo, distante plañido zumbó como un insecto en su conciencia. El sonido aumentó y la mujer lo reconoció antes que Chimal. Se apartó de la pared y echó a correr por el túnel en la dirección de la que habían venido, Chimal hubiera podido alcanzarla fácilmente, pero cuando se volvió también él reconoció el ruido y se detuvo, de puntillas, vacilante.

Venía otro coche. Podría atrapar a la muchacha, pero sería atrapado él mismo. Tomar el arma... pero ¿qué sentido tendría matar a Steel? Las diferentes acciones que podría adoptar pasaron unas tras otras y las desechó. En el coche habría muchos hombres con cosas de matar. Tendría que huir, esto era lo más juicioso. Se detendrían para recoger a la mujer y esto le daría tiempo para adelantárseles. Ya mientras decidía esto saltó dentro del coche y empujó la palanca hacia adelante tanto como pudo. Algo chirrió estridentemente bajo el suelo del coche y éste se disparó hacia adelante como una flecha. Sin embargo, aún mientras el coche ganaba velocidad, comprendió que aquello no era la solución completa. ¿Había algo más que pudiese hacer? En tanto que pensaba esto, vio enfrente un punto oscuro en el túnel: rápidamente tiró de la otra palanca y paró el coche con una sacudida junto a la escalera.

Era otra salida del túnel. Los escalones subían por la abertura... ¿hacia qué? Al cielo de arriba, sin duda, junto al carril del Sol. Esta era la segunda de aquellas aberturas, y probablemente había más de ellas. En cuanto pensó esto empujó de nuevo la palanca de la velocidad. Cuando llegase a la siguiente abertura -si es que la había- ya habría ideado lo que tenía que hacer. Significaba exponerse al azar, pero todo en aquel nuevo y extraño mundo significaría un riesgo azaroso. No tenía ningún plan. Comida yagua, esto debía llevarlo consigo. Con una sola mano abrió la mitad del cierre de su traje y metió adentro tantos paquetes de alimento como cupieron. Luego bebió hasta saciarse

del agua del recipiente abierto y lo tiró; llevaría el que estaba lleno. El único problema que restaba era el coche. Si lo dejaba bajo la abertura, sabrían que había ido por allí y lo seguirían. Ignoraba si podría escapar de numerosos hombres juntos. ¿Habría alguna manera de que el coche marchara solo? Después de todo, el vehículo avanzaba mientras la palanca fuese empujada hacia delante: hasta un niño podría hacerlo. Miró primero 'la palanca, después en tomo, en el coche; la hubiera sujetado en posición de marcha, pero no había nada donde amarrarla. ¿y si se la pudiera empujar? Tiró del asiento que tenía al lado y se movió un poco. Entonces, sosteniendo la palanca hacia delante con una mano, se puso en plt. con preocupación, dio la vuelta y apoyo la espalda contra el respaldo del asiento, con fuerza creciente, hasta que algo crujió y el asiento volcó. Sí, apretándolo fuertemente parece que se sostendrá bien. Cuando se sentó de nuevo, divisó a lo lejos la siguiente escalera.

Chimal puso pie a tierra aún antes que el coche se hubiese parado del todo. Dejó caer el recipiente de agua y el arma junto a la escalera y levantó el asiento roto. No se veía el otro coche, pero oía el lejano zumbido creciente. Apoyó la parte inferior del asiento roto contra el otro asiento y apretó la palanca con la parte superior. El coche arrancó, lo rozó y lo tiró al suelo, luego frenó y se detuvo, porque el asiento se deslizó de la posición en que lo había colocado. Corrió tras él mientras atrás crecía el ruido del otro coche.

Esta vez volteó el asiento, colocó la parte inferior, cuadrada, contra la palanca. Lo apretó con fuerza y se apartó de un salto. Chirriando furiosamente el coche se disparó y siguió corriendo cada vez más de prisa. Chimal no se quedó a contemplarlo. A todo correr se precipitó hacia la escalera, mientras el ruido del otro coche iba acercándose. Apretó el recipiente del agua y el arma contra su pecho con un brazo, saltó a la escalera, subió casi corriendo, lo más rápido que pudo, ayudándose con un solo brazo.

Sus pies acababan de desaparecer del túnel cuando el otro coche pasó veloz por debajo. Esperó, conteniendo el aliento, para oír si se paraba. El ruido fue haciéndose lenta y constantemente más débil, hasta que se perdió completamente. No le habían visto y no se paraban. Cuando llegaron a descubrir lo que había sucedido, él estaría ya lejos de aquel lugar. No sabrían por cuál de las aberturas había salido, lo cual aumentaría sus posibilidades de escapar. Poco a poco, escalón por escalón, trepó hasta el cielo de arriba.

Cuando salió de la abertura sintió sobre él la luz del sol muy caliente. Más caliente de lo que él estaba acostumbrado a sentirla.

Súbitamente asustado, se volvió y vio al gran Sol ardiente que corría hacia él.

Allí parado, medio fuera del agujero, fue presa de un momento de pánico. Pero éste pasó pronto cuando comprendió que el calor no aumentaba y que el sol no se acercaba más. Se movía, naturalmente, pero con lentitud, a fin de emplear la mitad del día en cruzar el cielo. Aun cuando el calor era muy intenso, no era insoportable y Chimal se habría alejado mucho antes de que el sol pasara. A una velocidad calculada tiró su carga sobre la superficie azul del cielo y cerró la tapa tras él. Se mantenía de espaldas al Sol, pues su luz lo deslumbraba siempre que miraba en su dirección. Luego, con el agua en una mano y el arma en la otra, siempre de espaldas al Sol, empezó a andar hacia el extremo norte del valle, más allá del cual estaban los túneles ocultos de los Guardianes. Su sombra, negra y muy larga, se extendía ante él. para indicarle el camino.

Ahora que estaba un poco más acostumbrado a ello, hallaba en todo lo que sucedía una excitación mayor de la que nunca antes había experimentado en su vida. Andaba, lleno de júbilo, por una vasta llanura azul. Ante él era plana y aparentemente infinita, mientras que a ambos lados subía en suave curva. Sobre él,

donde debiera estar el cielo, estaba el mundo suspendido. Montañas de picos agudos bajaban por ambos lados y atravesaban frente a él. Había tierra, roca firme bajo sus pies, ahora lo sabía, de modo que ya no le preocupaba que el mundo donde había crecido, el único que había conocido hasta pocos días antes, colgara sobre su cabeza como un peso monstruoso. Él era una mosca que corría por el techo del cielo y miraba hacia abajo, a los pobres prisioneros atrapados al fondo. Cuando hubo dejado suficiente distancia entre él y el Sol se detuvo para descansar, se sentó en el cielo azul y abrió el recipiente de agua. Al llevárselo a los labios levantó la mirada hacia el valle, arriba, la pirámide y el templo situados casi directamente sobre su cabeza. Dejó el agua, se tumbó de espaldas, puso los brazos bajo su cabeza y contempló su tierra. Esforzando la vista casi podía distinguir a los trabajadores en los campos. Los maizales parecían ufanos y verdes y pronto estarían maduros para la cosecha. La gente se ocupa de su trabajo y de su vida sin imaginar que estaba en una prisión. ¿Por qué? y sus captores, prisioneros ellos mismos en sus túneles de termitas. ¿Cuál era la razón oculta de su secreta observación y de las extrañas palabras de la mujer sobre el Gran Diseñador?

Sí, podía ver unas minúsculas figuras que iban de los campos hacia Quilapa. Se preguntó si ellos podrían verlo a él allá arriba y, con la esperanza de que así fuera, agitó los brazos y las piernas. ¿Qué pensarían? Probablemente, que era alguna clase de ave. Quizá podría tomar el arma y raspando con ella escribir su nombre en el cielo, arrancar el azul de modo que se viera la roca. CHIMAL, dirían las letras colgando allí en el cielo, fijas e inamovibles. ¡Que los sacerdotes trataran de explicar esto!

Riéndose se levantó y recogió su carga. Ahora más que nunca quería descubrir la razón de todo esto. Tenía que haber una razón. Echó a andar.

Cuando pasó la barrera de roca que cerraba el extremo del valle

miró hacia arriba con interés. Era bien real, aunque los grandes peñascos parecían desde aquí minúsculos guijarros. Más allá de la barrera no había continuación del valle, sólo roca gris de la que se levantaban picos de montañas. Artificiales, todos, hechos para dar la ilusión de la distancia, puesto que los picos más alejados eran más pequeños que los más cercanos al valle. Chimal pasó andando sobre ellos, decidido a ver qué había más allá, hasta que se dio cuenta de que subía una cuesta.

Al principio era sólo un ángulo reducido, pero la pendiente se empinó rápidamente hasta que Chimal tuvo que inclinarse hacia delante y luego trepar con pies y manos. Adelante, el cielo se extendía en una curva monstruosa, subiendo más y más hasta llegar a la tierra, pero él no llegaría nunca allá. Súbitamente presa de pánico, temiendo quedar atrapado para siempre en aquel cielo yermo, trató de subir más. Pero resbaló sobre el cielo liso y se deslizó hacia atrás. Permaneció acostado, inmóvil, hasta que el miedo disminuyó, y entonces intentó razonar para salir de aquello.

Era obvio que no podía avanzar, pero siempre podía volver sobre sus pasos si era necesario, así que no estaba realmente atrapado allí. ¿Y, si fuera hacia la izquierda o la derecha? Se volvió a mirar la cuesta del cielo hacia el Oeste, hacia donde subía y subía para encontrarse arriba con las montañas. Entonces recordó que el túnel bajo el Sol le había parecido curvarse hacia arriba y, sin embargo, había sido llano todo el tiempo. Debía haber dos clases de arriba en el mundo exterior al valle. El verdadero arriba y el

que sólo parecía arriba y, no obstante, resultaba llano cuando uno andaba por él. Tomó el recipiente y el arma y emprendió el camino hacia las montañas, a lo alto.

Este era el arriba que realmente no lo era. Era como si estuviera andando por un túnel gigantesco que daba vuelta hacia él a medida que avanzaba. Abajo era siempre bajo sus pies y el horizonte avanzaba sin cesar. Las montañas, que estaban sobre él cuando empezó a andar, estaban ahora a media altura en el

cielo y colgaban ante él como una cortina de bordes dentados. Bajaban constantemente a cada paso que él daba hasta que finalmente las tuvo exactamente enfrente, apuntando hacia él como otras tantas dagas gigantescas.

Cuando llegó a la primera montaña vio que yacía de costado sobre el cielo... ¡Y que sólo le llegaba a los hombros! Chima estaba más allá de la sorpresa, embotados sus sentidos por tantos días de maravilla. La cumbre de la montaña estaba rematada por algo blanco Y duro, aparentemente la misma substancia del cielo pero de diferente color. Subió sobre la cima de la montaña que yacía en el suelo del cielo y señalaba hacia él como una gran cuña y caminó a lo largo de ella hasta que terminó lo blanco y llegó a la roca sólida. ¿Qué significaba esto? Vio el valle, ahora sólo a media altura del cielo, ante él, e inclinado sobre el borde. Trató de imaginar cómo se vería este punto desde el valle y cerró los ojos para recordar mejor. Mirando desde la base del risco, más allá de Zaachila, podían verse por encima de la pirámide las grandes montañas de afuera del valle y las todavía más distantes, inmensas y altas montañas, tan altas que tenían nieve en sus cumbres durante todo el año. ¡Nieve! Abrió los ojos y miró la brillante substancia blanca, y se echó a reír. Aquí estaba él, posado sobre un nevado pico de montaña... Si lo pudiesen ver desde el valle, debería parecer alguna clase de gigante monstruoso.

Chimal siguió adelante, andando entre las raras montañas acostadas, hasta que llegó a la abertura en la roca y los conocidos escalones de metal que se perdían de vista, abajo. Era otra entrada a los túneles.

Se sentó junto a la abertura y meditó intensamente. ¿Qué haría ahora? Esto era, indudablemente, una entrada a las madrigueras de los Guardianes, a una parte en la que todavía no había estado, puesto que estaba al otro lado del valle, muy alejada de la abertura que había utilizado antes. Tendría que bajar por aquí,

esto era seguro, puesto que no había ningún lugar donde esconderse entre las rocas yermas. Aunque hubiese un lugar donde esconderse, su comida y agua no durarían eternamente. Este pensamiento de la comida provocó en él un rugido de hambre, así que sacó un paquete y lo abrió.

¿Qué tendría que hacer después de entrar en la madriguera? Estaba más solo de lo que nadie había estado nunca, con todas las manos humanas vueltas contra él. Los suyos del valle le matarían en cuanto lo vieran, o más probablemente lo desjarretarían para que los sacerdotes tuvieran el placer de darle una muerte prolongada. y el Maestro Observador lo había calificado de no-persona, por lo tanto, una persona muerta, y todos se habían esforzado mucho para reducirlo a tal condición. ¡Pero no lo habían logrado! Ni siquiera les habían servido sus armas y sus coches y todas las cosas que sabían. Chimal había escapado y era libre... y se proponía seguir siéndolo. En este caso, necesitaba un plan para asegurar su situación.

Primero escondería la comida y el agua aquí, entre las rocas tumbadas. Después entraría en el túnel y, poco a poco, exploraría las cavernas para descubrir lo que pudiera de los secretos de los Guardianes. No era gran cosa como plan, pero no tenía otro camino.

Cuando hubo terminado, escondió las provisiones y el envoltorio vacío, luego abrió la tapa de la entrada. El túnel de abajo tenía el suelo de roca y empezaba exactamente bajo la abertura. Lo siguió con cautela hasta que desembocó en un túnel más ancho que tenía dos pares de rieles en el centro. No había ningún coche a la vista ni se oía ninguno que se acercara. No tenía otra alternativa que seguir por aquel túnel. Con el arma preparada, dio vuelta a la derecha, hacia el extremo del valle, y echó a correr aun trote ligero entre los carriles, ganando terreno rápidamente. No le gustaba aquella situación tan expuesta y dio vuelta en la primera abertura que apareció, que resultó ser el acceso a una escalera circular de

metal que bajaba dando vueltas y se perdía de vista dentro de la roca de abajo. Chimal empezó a bajar y siguió regularmente, a pesar de que se mareaba con las constantes vueltas.,

Al llegar más abajo oyó un zumbido que crecía a medida que él descendía. Al final se encontró en un túnel húmedo en cuyo centro corría un hilo de agua y el zumbido era ahora un estruendoso rugido que llenaba el recinto. Chimal avanzó con cuidado, alerta a cualquier movimiento, hasta que el túnel terminó en una caverna alta en la que se alzaban unos objetos de metal de los que provenía el torrente de ruido. No, tenía idea alguna de cuál podía ser la función de aquellos objetos. Unas grandes partes redondas de ellos desaparecían dentro de la piedra de arriba y de una de esas partes venía el goteo de agua que corría por el suelo y hacia el túnel. Desde la seguridad de la entrada, Chimal recorrió con la mirada la hilera de cosas inmensas hasta el extremo más alejado donde brillaban unas luces más intensas sobre un tablero de pequeños objetos brillantes ante el cual estaba sentado un hombre. Chimal retrocedió dentro del túnel. El hombre estaba de espaldas a él y ciertamente no había visto aún al intruso. Chimal volvió atrás por el túnel, más allá de la escalera de metal. Vería a dónde conducía esto antes de volver al túnel de arriba.

A medida que avanzaba el ruido tras.él disminuía y cuando se hubo apagado hasta ser un murmullo distante, percibió el ruido de agua corriente que venía de algún lugar más adelante. La oscuridad llenó la boca del túnel. Pasó por ella para salir a una cornisa sobre la negrura. Una hilera de luces, a su izquierda, se alejaba en curva, reflejada por una superficie oscura. Comprendió que estaba contemplando un vasto lago subterráneo: el correr del agua se oía muy lejos frente a él y los reflejos de la superficie temblaban en pequeñas olas. La caverna que contenía el agua era vasta y los ecos del agua que caía resonaban por todos lados. ¿Dónde estaba situado este lugar? Mentalmente recorrió las vueltas que había dado y trató de calcular hasta donde había

llegado. Estaba mucho más abajo que cuando había empezado a andar, y había venido hacia el Norte y luego el Este. Mirando hacia arriba podía imaginarse su ruta... y allí, arriba, estaría el pantano del extremo norte del valle. ¡Naturalmente! Este lago subterráneo estaba bajo el pantano y lo vaciaba. Las cosas que había allá en la caverna hacían algo para llevar el agua de nuevo a la cascada a través de tuberías. ¿Ya dónde iba la hilera de luces que bordeaba la orilla del oscuro lago? Echó a andar para descubrirlo.

En la roca de la pared de la caverna había sido labrada una cornisa y las luces estaban espaciadas a lo largo de ésta. La roca era resbaladiza y húmeda, por lo que Chimal andaba con cuidado. La cornisa seguía hasta una cuarta parte del contorno del lago, donde terminaba en otro túnel. Chimal se dio cuenta de que estaba cansado. ¿Seguiría adelante o volvería a su escondrijo? Esto último sería lo más juicioso, pero el misterio de aquellas cavernas le empujó hacia adelante. ¿A dónde conducía este túnel? Penetró en él. Era húmedo, más mohoso que los otros, aunque estaba iluminado por las mismas ventanas de luz regularmente espaciadas. No, no tan regularmente como las otras, más adelante se veía una brecha negra como un diente que falta. Cuando llegó a aquel punto vio que uno de los objetos lisos estaba inserto allí... pero su fuego se había apagado y estaba oscuro: el primero que veía de esta manera. Quizás este túnel se empleaba rara vez y todavía no se había notado la falta. Al final del túnel había otra escalera redonda de metal por la que subió. Esta daba a una pequeña estancia que tenía una puerta en una pared. Aplicó la oreja a la puerta y no oyó nada al otro lado. Abrió una rendija y miró por ella.

Esta caverna era silenciosa, vacía y la mayor que había encontrado hasta entonces. Cuando entró, el ruido de sus pasos produjo un leve crujido en la imponente vastedad. La iluminación allí era muy inferior a la de los túneles, pero era más que suficiente para mostrarle la extensión de la caverna y las pinturas que

adornaban las paredes. Estas representaban figuras extrañas de personas, animales inusitados que parecían vivientes, y objetos de metal todavía más raros. Todos ellos marchaban en un torrente de movimiento helado en dirección al extremo opuesto de la caverna donde había un portal flanqueado por estatuas doradas. Las personas de las pinturas vestían de maneras diferentes y fantásticas y tenían incluso diferentes colores de piel, pero todas se dirigían a una meta común. La presión de aquellos silenciosos caminantes le empujó también hacia adelante, pero no antes de haber mirado alrededor.

El otro extremo de la caverna estaba cerrado por inmensos peñascos que, por alguna razón, le parecían familiares. ¿Por qué? Nunca había estado antes en aquel lugar. Se acercó más a ellos y contempló su magnitud. Le recordaban mucho la barrera de rocas que cerraba el extremo del valle.

¡Naturalmente! Esto era el otro lado de la misma barrera. Si se quitaran las gigantescas peñas el valle quedaría abierto, y Chimal no dudó ni por un momento de que las fuerzas que se habían empleado para abrir aquellos túneles y construir un Sol podrían usarse para derribar las rocas que tenía delante. Desde afuera parecía que no había ninguna salida del valle... porque la salida estaba cerrada dentro de la roca. ¿Podrían ser verdad las leyendas? Las que decían que algún día el valle sería abierto y su población saldría. ¿Hacia dónde? Chimal giró en redondo y miró la alta abertura en el extremo opuesto de la cámara. ¿A dónde conducía?

Pasó entre las grandes estatuas doradas de un hombre y una mujer que flanqueaban el portal y luego continuó por el túnel que había más allá del umbral. Era ancho y recto y adornado con dibujos de oro. Había muchas puertas en él, pero no examinó ninguna de ellas: esto esperaba. Indudablemente contenían muchas cosas de interés, pero no eran la razón de aquel pasadizo. Esta estaba delante. Apresuró el paso cada vez más

hasta casi correr, hacia la gran puerta doble de oro que cerraba el extremo. Tras ella sólo había silencio. Sentía una extraña tensión en el pecho cuando empujó las dos hojas de la puerta.

Allá había una gran cámara, casi tan grande como la anterior, pero ésta no tenía decoración y estaba oscura, con sólo unas pocas lucecitas para mostrarle el camino. Había tres paredes, pero faltaba la del fondo. La abertura daba al cielo estrellado de la noche.

No era ningún cielo que Chimal hubiese visto antes. No se veía nada de luna ni paredes de un valle que formaran Un horizonte cerrado ¡y las estrellas, las estrellas, la abrumadora cantidad de estrellas que precipitaba sobre él como una ola! Las constelaciones familiares, Si estaban ahí; quedaban partidas en la infinidad de otras estrellas tan innumerables como los granos de arena. y todas las estrellas giraban, como engarzadas en una gran rueda. Algunas eran débiles, minúsculas; otras ardían como antorchas de muchos colores, pero todas eran puntos de luz claros y duros, sin el parpadeo de las estrellas que había sobre su valle. ¿Qué podía significar eso? Con temerosa incomprensión, Chimal avanzó hasta que chocó con algo frío e invisible. El súbito brote de miedo se disipó cuando lo tocó con la mano y comprendió que debía ser la misma clase de substancia transparente que cubría el frente de los coches. Entonces, toda aquella pared de la sala era una gran ventana, que se abría a. ¿qué? La ventana se curvaba hacia fuera y cuando se apoyó en ella pudo ver que las estrellas llenaban el cielo a la derecha e izquierda, arriba y abajo. De pronto, sintió vértigo, como si se cayera, y apretó la mano contra la ventana, pero su frío inusitado era extrañamente siniestro y la retiró prontamente. ¿Era acaso otro valle frente al verdadero universo de las estrellas? Si era así, ¿dónde estaba el valle? Chimal retrocedió, inseguro, asustado por esa nueva inmensidad, y al hacerlo oyó un débil ruido. ¿Eran pasos? Empezaba a dar un salto cuando el objeto de matar le fue arrancado súbitamente de la mano. Retrocedió contra la fría

ventana y vio al Maestro Observador ya tres hombres más de pie ante él, todos apuntándolo con el arma de la llama mortífera.

-Por fin has llegado al término -dijo el Maestro Observador.

Las estrellas

Danthe togui, togui

hin hambi tegue.

Ndahi togui, togui

Hin hambi tegue

Nbui togui, togui

Hin hambi pengui

El río pasa, pasa:

Nunca cesa.

El viento pasa, pasa:

Nunca cesa.

La vida pasa, pasa:

Nunca regresa.

Canto otomí

Chimal enderezó los hombros, dispuesto a morir. Las palabras de un canto de muerte acudieron automáticamente a sus labios y pronunció las primeras frases antes de darse cuenta de lo que hacía. Escupió las palabras de su boca y selló firmemente sus labios traidores. No había dioses a quienes rogar y el universo era

un lugar de extrema extrañeza.

-Estoy dispuesto a matarte, Chimal -dijo el Maestro Observador, con voz seca y sin modulación.

-Ahora sabes mi nombre y me hablas directamente y, sin embargo, todavía quieres matarme. ¿Por qué?

-Yo preguntaré y tú contestarás -dijo el anciano, haciendo caso omiso de las palabras de Chimal-. Hemos escuchado a la gente del valle y nos hemos enterado de muchas cosas sobre ti, pero la cosa más importante no podemos descubrirla. Tu madre no puede decírnosla porque está muerta...

-¡Muerta! ¿Cómo, por qué? ejecutada en tu lugar cuando se descubrió que te había liberado. Los sacerdotes estaban muy encolerizados. Sin embargo, ella parecía casi contenta de que sucediera, incluso, había una sonrisa en sus labios. Realmente vigilan el valle, y con cuánta atención. Madre... -y al momento de morir dijo la cosa importante. Dijo que fue su culpa, veintidós años atrás, y que tú, Chimal, no eras culpable. ¿Sabes qué pudo querer decir con eso?

Entonces, estaba muerta. No obstante, él se sentía ya tan separado del valle que el dolor por esto no fue tan grande como esperaba.

-Habla -ordenó el Maestro Observador-. ¿Sabes qué quería decir?

-Sí, pero no te lo diré. Tu amenaza de muerte no me asusta.

-Estás loco. Dímelo inmediatamente. ¿Por qué dijo veintidós años? ¿Tiene su culpa algo que ver con tu nacimiento?

-Sí -contestó Chimal, sorprendido-. ¿Cómo lo sabes? El anciano desechó la pregunta con un movimiento de cabeza impaciente. -Contéstame ahora, y con la verdad, porque ésta es la pregunta

más importante en tu vida. Dime... ¿cuál era el nombre de tu padre?

Hubo un silencio entonces y Chimal se dio cuenta de que todos los hombres se inclinaban hacia delante, pendientes de

su respuesta, casi olvidando las armas que llevaban. ¿Por qué no decírselo? ¿Qué importaban ahora las violaciones a los

tabúes? -Mi padre era Chimal-popoca, un hombre de Zaachila. Las palabras fueron para el anciano como un golpe. Retrocedió tambaleándose y dos de los hombres corrieron a sostenerlo, dejando caer sus armas. El tercer hombre miraba, preocupado, con su arma y la de Chimal apuntando al suelo. Chimal se puso en tensión, preparado para saltar, apoderarse de una de las armas y escapar.

-No... -dijo el Maestro Observador con voz ronca-. Observador Steadfast, tira estas armas inmediatamente.

Como se le había ordenado, el hombre se inclinó y dejó las armas en el suelo. Chimal dio un paso hacia la puerta y se detuvo.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó. El anciano apartó a sus ayudantes e hizo algún ajuste en uno de los artefactos que colgaban de su cinturón. Inmediatamente sus soportes de metal se pusieron rígidos y lo sostuvieron, levantándole la cabeza.

-Significa que te damos la bienvenida, Chimal, y te pedimos que te unas a nosotros. Este es un día glorioso, el que nunca esperamos ver en nuestra vida. El fiel cobra fuerza al tocarte, y tú nos ayudarás a adquirir sabiduría.

-No sé de qué estás hablando -dijo Chimal, desesperado. -Hay muchas cosas que decirte, así que será mejor empezar por el principio... -¿Qué significan esas estrellas? Esto es lo que quiero saber.

El anciano asintió y casi sonrió. -Ya nos instruyes, pues esto es el principio, lo adivinaste.- Los otros movieron la cabeza asintiendo-. Este es el universo de ahí fuera, y esas estrellas son aquellas sobre las que los sacerdotes te instruyeron, pues lo que te enseñaron era la verdad.

También lo de los dioses? No hay ninguna verdad en esas historias.

-De nuevo adivinas la verdad, sin ayuda. Prueba de tu derecho de nacimiento. No..los falsos dioses no existen, excepto como cuentos para, los simples a fin de ordenar sus vidas. Existe nada más el Gran Diseñador que hizo todo esto. No hablo de los dioses, sino de todas las otras cosas que aprendiste en la escuela de los sacerdotes.

Chimal se echo a reír.

-¿Lo del Sol que era un globo de gas ardiente? Yo mismo he visto al sol y tocado los carriles sobre los que corre.

-Esto es verdad, pero ignorado incluso por ellos, este mundo en el que vivimos no es el mundo sobre el que ellos instruyen. Escucha y te será revelado. Hay un sol, una estrella igual a cualquiera de esas de ahí fuera, y en torno a el, en circulo eterno se mueve la Tierra. Todos nosotros somos de esa Tierra, pero la hemos dejado para mayor gloria. del Gran Diseñador.

-Los otros murmuraron su acuerdo y tocaron sus deus al oír aquellas palabras.

-No es sin razón que cantamos sus loanzas. Porque, mira lo que El ha hecho. Ha visto los mundos que giran en tomo al Sol, y las minúsculas naves que los hombres construyen para salvar esas distancias. Aunque esas naves son veloces, más veloces de lo que podemos soñar, pasan semanas y meses para ir de un planeta a otro. Sin embargo esas distancias son pequeñas

comparadas con las distancias entre los soles. La más rápida de esas naves necesitaría mil años para llegar a la estrella más cercana. Los hombres sabían esto y abandonaron la esperanza de llegar a otros soles para ver las maravillas de nuevos mundos que giran en torno a aquellas llamas distantes.

-Lo que el hombre débil no podía hacer –prosiguió el anciano, el Gran Diseñador lo hizo. Construyó este mundo y lo mando en un viaje hacia las estrellas...

-¿Qué estás diciendo? -preguntó Chimal, mientras dentro de él se producía un súbito estallido de miedo... ¿o era gozo?

-Que somos viajeros en un mundo de piedra que corre a través del vacío, de estrella a estrella. Una gran nave para cruzar las aguas impalpables del espacio. Es un mundo hueco, y en su corazón está el valle, y en el valle viven los aztecas, y estos son los pasajeros a bordo de la nave. Porque no ha llegado todavía la hora, el viaje mismo es para ellos un misterio no revelado, y viven sus felices existencias, cómodas y fáciles, bajo un Sol benevolente. Para guardarlos y guiarlos existimos nosotros, los Guardianes, y cumplimos nuestra misión.

Como para subrayar sus palabras, una gran campana sonó una vez, luego otra vez. Los observadores levantaron sus deus y al tercer toque apretaron las varillas para añadir un número.

-Y así un día más del viaje ha transcurrido -entonó el Maestro Observador-, y estamos un día más cerca del Día de la Llegada. Somos fieles todos los días de nuestros años. Los días de nuestros años -repitieron los otros, haciéndole eco.

-¿Quién soy yo? -preguntó Chimal-. ¿Por qué soy diferente?

-Eres el hijo a quien hemos jurado servir, la razón misma de nuestra existencia. Porque ¿no está escrito que los hijos los conducirán? Que el Día de la Llegada vendrá y el muro caerá y la

gente del valle será liberada...Vendrán aquí y

verán las estrellas y conocerán por fin la verdad. Y aquel día Coatlicue será destruida ante ellos y se les dirá que se amen unos a los otros, y que el matrimonio entre los clanes de un solo pueblo está prohibido y sólo es legítimo el matrimonio entre un hombre de un pueblo y una mujer del otro pueblo.

Mi madre y mi padre...

-Tu madre y tu padre que entraron en la gracia demasiado pronto engendraron un verdadero hijo de la Llegada. y la sabiduría del Gran Diseñador bendijo a los aztecas para que permanecieran humildes y cultivaran sus cosechas y vivieran felices dentro del valle. Esto, lo hacen. Pero el Día de la Llegada esa consagración será levantada y los hijos de los aztecas harán cosas que sus padres nunca soñaron y estarán preparados para dejar el valle para siempre.

¡Claro! Chimal ignoraba cómo había sucedido, pero sabía que aquellas palabras eran verdaderas. Sólo él no había aceptado el valle, se había rebelado contra la vida de allá, había querido escapar. Había escapado. El era diferente, siempre lo había sabido y se había avergonzado de ello. Ahora ya no era así. Se irguió y miró a los que le rodeaban.

-Tengo muchas preguntas que hacer.

-Serán contestadas. Tú, nos enseñarás a nosotros. Chimal al oír esto soltó la carcajada.

-¿Entonces ya no queréis matarme?

El Maestro Observador bajó la cabeza.

-Esta fue mi equivocación y sólo puedo alegar ignorancia y pedir perdón. Puedes matarme si lo deseas.

-No mueras tan pronto, anciano, antes tienes que decirme muchas cosas.

-Esto es cierto. Entonces... empecemos.

-¿Qué es esto? -preguntó Chimal, mirando con aprensión la tajada de carne dorada, humeante, en el plato ante él-. No hay ningún animal que yo conozca bastante grande para proporcionar tanta carne.

La mirada suspicaz que dirigió al Maestro Observador infería que sospechaba cuál era el único animal bastante grande para proporcionarla.

-Se llama bistec, y es un bocado particularmente fino que comemos los días de fiesta. Tú puedes comerlo todos los días si lo deseas, el banco de carne puede proveer la suficiente.

-No conozco ningún animal que se llame banco de carne.
-Déjame mostrártelo.

El Maestro Observador ajustó el aparato de televisión instalado en la pared. Sus habitaciones privadas no tenían nada de la rigidez eficiente de las celdas de los vigilantes. Aquí había música procedente de algún origen oculto, había pinturas en las paredes y una gruesa alfombra en el suelo. Chimal, limpio y sin barba después de frotarse con una crema depilatoria, estaba sentado en un sillón mullido, con muchos utensilios de comer y diferentes platos colocados ante él. y el trozo de carne canibalescamente grande.

-Describe tu trabajo -dijo el Maestro Observador al hombre que apareció en la pantalla.

-Soy Servidor de Alimentación y la mayor parte de mi trabajo está dedicada al banco de carne.- Se hizo aun lado y señaló el gran depósito que había detrás de él-. Aquí, en el baño nutritivo, crecen

ciertas partes comestibles de animales, colocadas aquí por el Gran Diseñador: Proporcionada la nutrición, los tejidos crecen continuamente y de ellos se cortan pedazos para nuestro consumo.

-En cierto sentido, esos trozos de animales son eternos -dijo Chimal cuando la pantalla se hubo oscurecido-. Aunque se les quitan partes, nunca mueren. ¿Qué animal debía ser?

-Nunca he pensado en el aspecto externo del banco de carne. Gracias. Ahora le dedicaré más reflexión porque parece una cuestión importante. El animal se llamaba vaca, es todo lo que sé de él.

Chimal, vacilante, comió un pedacito, luego más y más. Era mejor que nada de lo que hasta entonces había probado.

-La única cosa que falta son los chiles -dijo, a media voz.

-Mañana habrá algunos -dijo el Maestro Observador, escribiendo una nota.

-¿Esta es la carne que dais a los zopilotes? -preguntó Chimal, comprendiendo de pronto.

-Sí. Los pedazos menos apetecibles. En el valle no hay suficiente caza pequeña para mantenerlos, así que debemos completar su dieta.

-¿Por qué mantenerlos, pues?

-Porque está escrito, y es el modo del Gran Diseñador. No era la primera vez que Chimal recibía tal respuesta. Camino de aquellas habitaciones había hecho preguntas, seguía haciendo preguntas y no se le callaba nada. Pero muchas veces los Guardianes parecían tan ignorantes de su destino como los aztecas. No expresó en voz alta esta sospecha. ¡Había tanto que aprender.!

-Esto resuelve lo de los zopilotes -dijo, mientras súbitamente le venía a la memoria una ola mortal que lo sumergió-, pero ¿por qué las serpientes de cascabel y los alacranes? Cuando Coatlicue entró en la cueva, salieron de ésta un gran número de ellos. ¿Por qué?

-Somos los Guardianes y debemos ser severos en nuestra misión. Si un padre tiene demasiados hijos, no es un buen padre, porque no puede mantenerlos a todos, y por lo tanto, pasan hambre. Lo mismo sucede con el valle. Si hubiese demasiada gente, no habría suficiente alimento para todos. Por lo tanto, cuando la población excede aun cierto número de personas de ambos sexos establecido en un gráfico destinado a este fin, se dejan entrar en el valle más víboras e insectos.

-¡Esto es terrible! ¿Quieres decir que esos bichos venenosos son criados nada más que para matar gente?

-Decisión justa a veces es la más difícil de tomar. Por esto a todos se nos enseña a ser fuertes y resueltos y atenernos al plan del Gran Diseñador.

No hubo respuesta inmediata a eso, Chimal comía y bebía las muchas cosas buenas que tenía delante y trataba de asimilar lo que había aprendido hasta entonces. Señalo con el cuchillo la hilera de libros que había en la habitación.

-He tratado de leer tus libros, pero son muy difíciles y muchas de las palabras las desconozco: ¿No hay libros más sencillos en alguna parte?

Los hay, y yo debí haber pensado en ello.. Pero soy viejo y mi memoria no es tan buena como convendría, -¿Puedo preguntar... cuántos años tienes?

-Voy a cumplir mis ciento noventa años. Como es la voluntad del Gran Diseñado, espero llegar a los doscientos. -Vosotros vivís

mucho más tiempo que nosotros. ¿Por qué es así?

-Tenemos mucho más que hacer en nuestra vida que los simples campesinos; por lo tanto, nuestros años son la recompensa a nuestro servicio. Hay máquinas que nos ayudan, y drogas, y nuestros esqueletos nos sostienen y nos protegen. Nacemos para servir. y cuanto más larga sea esta vida de servicio, más podemos hacer.

Una vez más Chimal reflexionó sobre esto, pero no reveló sus pensamientos.

-¿y los libros de qué hablabas...?

-Sí., naturalmente. Después del servicio de hoy te llevaré allá. Solamente a los Observadores se les permite el acceso. Esos que visten de rojo.

~ ¿Es por esto que yo también llevo estas ropas rojas?

-Sí. Pareció más acertado. Es lo mejor, lo más apropiado para el Primer Llegado, y toda la gente te respetará.

-Mientras tú estás en el servicio me gustaría ver el lugar donde están los vigilantes, desde donde pueden ver el valle. Iremos ahora, si estás dispuesto. Te llevaré yo mismo.

Era una sensación diferente recorrer aquellos túneles sin miedo. Ahora, con sus ropas rojas y el Maestro Observador a su lado, le eran abiertas todas las puertas y la gente saludaba cuando pasaban. La Vigilante Steel los estaba esperando a la entrada del centro de observación.

-Quiero pedir perdón -dijo, con los ojos bajos-. Ignoraba quién eras.

-Ninguno de nosotros lo sabía, Vigilante -dijo el Maestro

Observador, y levantó la mano para tocar su deus-. Sin embargo, esto no significa que debamos evitar el castigo, porque un pecado inconsciente es de todas maneras un pecado. Llevarás una mortificación durante treinta días, y la amarás.

-La amo -dijo ella con fervor, juntas las manos y los ojos muy abiertos-. A través del dolor viene la purificación.

-Que el Gran Diseñador te bendiga -dijo el anciano, y luego se apresuró a alejarse.

-¿Me enseñarás cómo trabajas? -preguntó Chimal. -Gracias por pedírmelo -contestó la mujer.

Le introdujo en una gran sala circular de alta bóveda que tenía pantallas incrustadas en la pared ala altura de los ojos. Los Vigilantes estaban sentados ante las pantallas, escuchaban con auriculares y en ocasiones hablaban a los micrófonos que colgaban ante sus labios. En el centro de la sala había otro observatorio elevado.

-El Maestro Vigilante se sienta ahí -dijo Steel, señalando-. Organiza el trabajo de todos nosotros y nos guía. Si quieres sentarte aquí te enseñaré lo que hay que hacer.

Chimal se sentó ante un observatorio vacío y ella indicó los controles.

-Con estos botones eliges la visión que desees. Hay 134 lentes y cada uno tiene una indicación cifrada, y cada vigilan - te debe conocer todas las claves para la respuesta inmediata. Pasan años en aprenderlas, porque la actuación ha de ser perfecta. ¿Te gustaría mirar?

-Sí. ¿Hay una visión de la laguna, bajo la cascada!' -Aquí está. El número 67. -Apretó los botones y apareció la laguna vista desde detrás de la cascada-. Para oír, hacemos esto.

Otro ajuste, y el chorro del agua se oía claramente en su auricular, y el canto de un pájaro sonaba en los árboles. La imagen era precisa y en color, casi como si estuviera mirando al valle por una ventana abierta en la roca.

-¿El lente está colocado sobre el muro del valle... o dentro de él?

-Sí, adentro es donde están la mayoría, para que no sean descubiertos. Aunque, naturalmente, hay muchos ocultos dentro de los templos, tales como éste.

La laguna desapareció y en su lugar apareció Itzcoatl, paseándose por los anchos peldaños de la pirámide, bajo el templo.

-Es el nuevo primer sacerdote. Tan pronto como fue nombrado y hubo hecho las plegarias y los sacrificios adecuados, permitimos que saliera el Sol. Los Cuidadores del Sol dicen que siempre les viene bien una oportunidad de detener el Sol durante un día. Es una buena ocasión para revisarlo y ajustarlo.

Chimal movió los controles, eligiendo números al azar e introduciéndolos en la máquina. Al parecer había lentes en toda la extensión de los muros del valle e incluso uno colocado en el cielo, el cual daba una visión panorámica del valle entero; podía girar y tenía un aditamento ampliador que podía hacer ver el suelo del valle muy cercano y claro, aunque, naturalmente, con esta visión no había ningún sonido.

-Aquí -dijo Steel señalando la imagen- puedes ver los cuatro peñascos altos que se hallan a la orilla del río. Son demasiado abruptos para poder trepar por ellos...

-Lo sé, lo he intentado. y cada uno tiene un doble lente en la cumbre. Se emplean para observar y controlar a Coatlicue: en el caso de circunstancias especiales.

-Antes tuve uno de ellos en la pantalla –dijo Chimal, oprimiendo los botones-. El número 28, Sí, aquí está.

-Recuerdas las cifras clave muy pronto -dijo ella, admirada. Yo tuve que estudiar muchos años.

-Enséñame algunas otras cosas aquí, si quieres- pidió Chimal, levantándose.

-Como quieras, Todo lo que desees. Fueron primero al refectorio donde uno de los cuidadores insistió en que se sentaran y les sirvió bebidas calientes. otros tenían que servirse ellos mismos la comida. Parece que todo el mundo sabe de mí.-dijo Chimal -Se nos informó en el servicio de la mañana. Eres el Primer Llegado, no había habido nunca ninguno, antes, todo el mundo está muy excitado.

-¿Qué es esto que tomamos? - preguntó para cambiar el tema.

No le complacía la expresión de temor admiración en la cara blanca de la mujer, la boca abierta y las ventanas de la nariz; ligeramente coloradas.

-Se llama té. ¿Lo encuentras refrescante?; Chimal miró alrededor, la gran sala llena del murmullo de voces y de pronto se dio cuenta de algo. ¿Dónde están los niños? Creo que no los he visto en ninguna parte.

-No sé nada sobre esto contestó ella y su cara se puso, si era posible, más clara-, si es que hay algunos, deben estar en el lugar de los niños.

-¿Tú no lo sabes? Esta es una extraña respuesta, ¿Has estado casada alguna vez, Vigilante Steel? ¿Tienes, algún niño?

- Ahora su cara enrojeció intensamente y lanzó un gritito ahogado, mientras se ponía en pie y salió corriendo del refectorio. Chimal

terminó su té y salió para encontrar al Maestro Observador que le esperaba. Le explicó lo que había sucedido y el anciano movió la cabeza en grave asentimiento.

-Nosotros podemos hablar de esto, puesto que todas las cosas son guiadas por los observadores, pero las vigilantes se sienten mancilladas por esta clase de conversación. Llevan una vida de pureza y sacrificio y están muy por encima de las relaciones animales que existen en el valle. Primero son vigilantes, mujeres en segundo lugar o, las más fieles, nunca mujeres. Lloran porque nacieron con cuerpos femeninos que las estorban y obstaculizan su vocación. Su fe es muy fuerte.

-Evidentemente. Espero que no te molestará que te pregunte... pero ¿vuestros Guardianes deben venir de alguna parte.

-No somos muchos y tenemos una vida larga y útil.

-De eso estoy seguro. Pero, a menos que viváis eternamente, necesitaréis nuevos reclutas. ¿De dónde vienen?

-Del lugar de los niños. No es importante. Podemos ir ahora.

El Maestro Observador se levantó para salir, pero Chimal no había terminado aún.

-¿y qué hay en ese lugar? ¿Máquinas que hacen hijos ya crecidos?

-A veces deseo que las hubiera. Mi tarea más dura es la de controlar el lugar de los niños. No hay ningún orden. Ahora hay cuatro madres allí, aunque una de ellas morirá pronto. Son mujeres que han sido elegidas porque, bueno, no hacían un trabajo satisfactorio en sus estudios y no podían dominar las tareas que se les asignaban. Se convirtieron en madres.

-¿y los padres?

-El Gran Diseñador mismo ha ordenado esto. Un banco de esperma congelada. Los técnicos saben como emplearla. Grandes son Sus misterios. Ahora, tenemos que irnos.

Chimal comprendió que eso era todo lo que podía oír

esta vez. Abandonó el tema, pero no lo olvidó. Volvieron por el camino que habían seguido al ir allí, después que los observadores habían visto la alarma y habían salido a capturarlo, a través de la gran sala y por el corredor dorado. El Maestro Observador empujó una de las puertas y le indicó que entrara.

-Ha estado aquí desde el principio, esperando. Eres el primero. Simplemente, siéntate en la silla ante la pantalla y se te mostrará.

-¿Te quedarás conmigo? Por primera vez la boca de línea caída del anciano se curvó, reacia, en una sonrisa de resignación.

-Esto no podrá ser. Este lugar es sólo para los llegados. Corresponde a mi fe y mi deber cuidarlo para ellos, para que esté siempre preparado.

Salió y la puerta se cerró tras él. Chimal se sentó en el cómodo asiento y buscó un conmutador para hacer funcionar la máquina, pero no fue necesario. Su peso en el asiento debió poner en marcha el aparato, porque la pantalla se iluminó y una voz llenó la estancia.

-Bienvenido -dijo la voz-. Has llegado a Próxima Centauri.

EROS, uno de los muchos asteroides en el cinturón de asteroides, área de escombros planetarios entre las órbitas de Marte y Júpiter, aunque hay excepciones a esta regla. Eros es el más excepcional, con su órbita que casi llega en un punto a la de la Tierra. Eros, de forma de cigarro, de treinta y dos kilómetros de largo, roca sólida. Después el plan. El plan más grande ejecutado por la humanidad en una historia de grandes planes, originado por

el hombre- que primero se llamó el Gran Gobernante y ahora, con verdad, el Gran Diseñador. ¿Quién aparte de El podía haber concebido un proyecto que necesitaría sesenta años para prepararse... y quinientos años para completarse?

Eros, meciéndose junto a la Tierra para recibir su nuevo destino. Naves minúsculas, hombres más diminutos, saltaron la brecha de espacio sin aire para empezar este enorme trabajo. Taladraron hasta la profundidad de la roca para preparar primero su alojamiento, pues muchos pasarían toda su vida aquí, luego profundizaron más para cavar la inmensa cámara que albergaría un sueño.

DEPOSITOS DE COMBUSTIBLE, sólo para llenarlos se necesitan dieciséis años. ¿Qué es la masa de una montaña de treinta y dos kilómetros de largo? Masa, proporcionará su propia masa de reacción, y el combustible ha de expeler esa masa y algún día se moverá, avanzará y se alejará del Sol en torno al cual ha girado durante billones de años, para no volver nunca...

Los AZTECAS, elegidos después del debido estudio de todas las tribus primitivas de la tierra. Un pueblo simple, autosuficiente, rico en dioses, pobre en riqueza. Hasta este día hay aún aldeas perdidas en las montañas, accesibles sólo a pie, donde viven igual que cuando los españoles llegaron hace siglos y siglos. Una sola cosecha, la del maíz, que les emplea la mayor parte del tiempo y les proporciona la mayor parte de su alimento. Vegetarianos en gran parte, con un poco de carne y pescado cuando está a su alcance. Hacen fermentar una bebida alucinatoria procedente del maguey. Ven un dios o un espíritu en cada cosa: agua, árboles, rocas, todo tiene alma. Un panteón de dioses y diosas sin igual: Tezcatlipoca señor del cielo y la tierra, Mixtec señor de la muerte, Mictlatecuhtli señor de los muertos. Trabajo duro, sol caliente, religión que lo penetra todo, la cultura perfecta y obediente. Tomados, sin cambio, y establecidos en este valle de una montaña en el espacio. Sin cambio en ningún

detalle, porque ¿quién puede garantizar qué es lo que da adhesión a una cultura... O qué, si es suprimido, la destruirá? Tomada entera y plantada aquí, pues ha de continuar sin cambios durante quinientos años. La adición de algunas pequeñas verdades, alteraciones mínimas, se espera que no la destruirán. Escritura. Cosmología básica. Estas se necesitaran cuando los aztecas finalmente salgan del valle y sus hijos asuman su destino.

CADENAS DNA, hélices complejas entrelazadas con infinitas permutaciones. Constructores de la vida, controladores de la vida, con todos los detalles desde el pelo en la pierna hasta la pulga sobre el cuerpo de la ballena de veinte toneladas encerrados en sus circunvoluciones. Billones de años de desarrollo, desatados en breves siglos. ¿Es ésta la cifra clave para el pelo rojo? Substitúyela por esa y el niño tendrá pelo negro. Cirugía de los genes, selección de los genes, delicadas operaciones con los más pequeños bloques de la construcción de la vida, reorganizar, ordenar, producir.

GENIO, capacidad excepcional natural para las concepciones creadoras y originales, elevado cociente de inteligencia. Capacidad natural, esto quiere decir en los genes y DNA. En una población mundial hay un buen número de genios en cada generación, y sus DNA pueden recogerse, y combinados, producir hijos con genio. Garantizado. Cada vez. A menos que ese genio esté enmascarado. Por cada capacidad y condición en los genes hay un dominante y un recesivo. El perro padre es negro y el negro es dominante y el blanco es recesivo, y éste también lo tiene. La madre es así mismo toda negra. Así, pues, son NB y NB y, como enseñó, el buen Mendel, esos factores pueden trazarse en el cuadrado que lleva su nombre. Si hay cuatro cachorros serán NB, NB, NB y BB, o sea, un perro blanco donde antes no había ninguno. Pero ¿es posible tomar un dominante y hacerlo artificialmente recesivo? Sí, es posible. Tomemos el genio, por ejemplo. En efecto, tomaron el genio. y lo amarraron a la estupidez. Ofuscamiento. Subnormalidad. Pasividad. Aprisionado

de modos ligeramente diferentes en dos diferentes grupos de gente, mantenidos separados. Que tengan hijos, generación tras generación de hijos obedientes y resignados. Y cada hijo llevará ese dominante amarrado, intacto y esperando. Luego, algún día, el día debido; se dejará que los, dos grupos se encuentren y se mezclen y se casen. Entonces las amarras se sueltan.. El dominante amarrado ya no es recesivo, es dominante. Los hijos son... ¿hijos de diferentes padres que sus padres? Sí, quizá lo son. Son hijos geniales.

Había tanto que aprender. En cualquier momento de la conferencia registrada Chimal podía apretar el botón de preguntas y las imágenes y las voces se detendrían mientras la máquina imprimía una lista de referencias sobre la materia que se trataba. Algunas de esas referencias eran conferencias visuales grabadas que podía ver, otras eran volúmenes específicos que se hallaban en la biblioteca. La propia biblioteca era una galaxia inexplorada. La mayoría de los libros eran fotocopias, aunque había volúmenes encuadernados de todos los textos básicos. Cuando la cabeza y los ojos le dolían de tanto estudio y concentración, Chimal recorría la biblioteca y sacaba volúmenes al azar y los hojeaba. Qué complejo el cuerpo humano: las páginas transparentes del texto de anatomía pasaban una tras otra para revelar los órganos en colores vivos y las estrellas, eran gigantescas esferas de gas ardiente, después de todo, pues aquí. había gráficos con sus temperaturas y tamaños. Página tras página de fotografías de nebulosas, apiñamientos, nubes de gas. El universo era de una inmensidad que sobrepasaba la comprensión....¡y él había creído en otro tiempo que estaba hecho de roca maciza!

Chimal dejó el libro de astronomía abierto sobre la mesa ante él, se reclinó hacia atrás, se estiró Y luego se frotó los ojos doloridos.. se había traído el termo de té, del que se llenó una taza y lo sorbió. El libro había quedado abierto en una lámina de la Gran Nebulosa de Andrómeda, una gigantesca rueda de luz

sobre la noche salpicada de estrellas. Estrellas. Había una estrella por la que debería interesarse, aquella en la que le habían dado la bienvenida cuando empezó el proceso de instrucción. ¿Cuál era su nombre?...Había tantas cosas nuevas que recordar...Próxima Centauri. Todavía debía estar lejos, pero Chimal sintió un deseo súbito de ver el destino de su universo cautivo. Había mapas detallados del firmamento, los había visto, así que no debía ser demasiado difícil descubrir aquella estrella particular. y podría estirar las piernas: el cuerpo le dolía por la falta de costumbre de estar tantas horas seguidas sentado.

Fue un alivio volver a andar de prisa, incluso correr un poco por el largo pasadizo. ¿Cuántos días habían transcurrido desde que había entrado por primera vez en la sala de observación? La memoria se le anublaba; no había llevado ningún registro. Quizá debería llevar un deus como los otros, pero eso era una manera sangrienta y dolorosa de marcar el paso de un día. Ese rito le parecía carente de sentido, como tantas de las actividades de los Guardianes, pero era importante para ellos. Parecían gozar realmente con la imposición ritual de dolor. Una vez más abrió las puertas macizas y contempló el espacio interestelar, tan tremendamente impresionante como la primera vez que lo había visto.

Identificar las estrellas con las del mapa era difícil. Por una parte, las estrellas no permanecían en posiciones relativas fijas como en el cielo sobre el valle, sino que pasaban en majestuoso desfile. En pocos minutos transcurría el ciclo de las constelaciones de verano alas de invierno y volvía a empezar. En cuanto creía haber localizado una constelación, ésta desaparecía de su vista y aparecían nuevas estrellas. Cuando el Maestro Observador entró, estuvo contento por la interrupción.

-Siento tener que molestarte...

-No, de ninguna manera. No llego a ninguna parte con este mapa y sólo me da más dolor de cabeza.

-Entonces, ¿Puedo pedirte que nos ayudes? -Naturalmente. ¿De qué se trata?

-Lo verás en seguida si me acompañas. El rostro del Maestro Observador se alargaba con arrugas más profundas de seriedad preocupada: Chimal no había creído posible aquello. Cuando trató de entablar conversación, recibió respuestas corteses pero breves. Algo preocupaba al anciano y pronto Chimal descubriría lo que era.

Bajaron a un nivel al que Chimal nunca había llegado y encontraron un coche que les esperaba. Fue un trayecto largo, más largo que ninguno de los que había hecho antes, y lo recorrieron en silencio. Chimal miró las paredes que pasaban constantemente y preguntó:

-¿Vamos lejos? El Maestro Observador movió la cabeza asintiendo. -Sí, a la popa, cerca de la sala de máquinas.

Aunque Chimal había estudiado diagramas de su mundo, todavía pensaba en él en relación con el valle. Lo que llamaban la proa era donde estaba la sala de observación, mucho más allá del pantano. La proa, pues, estaba al sur de la cascada, al otro extremo del valle. Se preguntaba qué encontrarían allá.

Se detuvieron a la entrada de otro túnel y el Maestro Observador pasó delante para conducirlo a una de las numerosas puertas idénticas ante la cual esperaba un observador vestido de rojo, quien, silenciosamente, les abrió la puerta. El interior era una celda dormitorio. Un hombre con traje negro de Guardián colgaba de una cuerda que había sido pasada por la barra de la abertura de ventilación en el techo. El nudo corredizo en torno a su cuello lo había estrangulado, lenta y dolorosamente, en vez de romperle la espina dorsal, pero al fin había logrado su objetivo. Debió haber estado colgado allí durante días, porque su cuerpo se había estirado hasta que las puntas de los pies tocaban el suelo, junto a la silla volcada de la que había saltado. Los observadores

volvieron la cabeza, pero Chimal, a quien la muerte no le era extraña, lo miraba con bastante calma.

-¿Qué quieres que yo haga? -preguntó..

Por un momento pensó si lo habían traído para un velatorio.

Era el Cuidador del Aire y trabajaba solo, porque el Maestro Cuidador del Aire murió recientemente y todavía no se ha nombrado a otro. Su breviario esta aquí sobre su escritorio. Parece que algo estaba mal y él fue incapaz de corregirlo. Era un alocado y, en vez de informar de lo que sucedía, se quitó la vida.

Chimal tomó el manoseado y manchado cuaderno y lo hojeó. Había páginas de diagramas, cuadros para anotar indicaciones y simples listas de las instrucciones que debían seguirse. Se pregunto qué era lo que había perturbado al hombre. Maestro Observador le hizo pasar a la estancia contigua donde sonaba un timbre continuamente y una luz roja se encendía y se apagaba.

-Esto es un aviso de que algo está mal. La obligación del Cuidador del Aire, cuando suena la alarma es hacer inmediatamente las correcciones y luego entregarme un informe escrito. No recibí ningún informe.

-Y la alarma todavía suena. Sospecho, decididamente, que tu hombre no pudo arreglar el problema, se asustó y se mató.

El Maestro Observador hizo un movimiento afirmativo con aire más intensamente sombrío.

El mismo pensamiento perturbador me asalto cuando llegó a mí el informe de este suceso. Me he sentido preocupado desde que el Maestro Cuidador del Aire murió en plena juventud, escasamente de ciento diez años, y este otro cuidador quedo encargado de su misión. El Maestro nunca tuvo buena opinión de él y nos disponíamos a preparar a un nuevo cuidador cuando esto

sucedió.

Chimal comprendió de pronto lo que eso significaba.

-¿Entonces no tenéis a nadie que sepa algo sobre la reparación de este equipo? ¿Y es la maquinaria del aire a la, que te referías, la que nos proporciona a todos el aire para respirar?

-Sí- dijo el Maestro Observador. Y lo condujo, por unas puertas gruesas de doble cerrojo, a una vasta y resonante cámara. Cubrían las paredes unos altos depósitos con aparatos brillantes en sus bases. Unos sólidos conductos se hundían en el suelo y un zumbido se oía por todas partes, junto con el aullido de los motores.

-¿Esto proporciona el aire para todos? -preguntó Chimal.

-No, nada de esto. Leerás la explicación aquí, pero la mayor parte del aire tiene algo que ver con las plantas verdes. Hay grandes cámaras llenas de ellas en constante crecimiento.. Este aparato hace otras cosas importantes con el aire, no estoy seguro de cuáles son exactamente.

-No puedo prometer que sea capaz de ayudar, pero haré todo lo que pueda. Al mismo tiempo te sugiero que: traigas a quien sea que pueda trabajar con esto.

-No hay nadie, naturalmente. Nadie pensaría en hacer otra cosa que el trabajo que le es asignado. Yo sólo soy el responsable y he mirado antes este libro. Muchas de las cosas están fuera de mi alcance. Soy viejo, demasiado viejo para aprender una nueva disciplina. Ahora se está enseñando aun joven el oficio de cuidador del aire, pero pasarán años antes de que sea capaz de trabajar aquí. Quizá será demasiado tarde.

Con un nuevo peso de responsabilidad, Chimal abrió el libro. La primera parte era una descripción de la teoría de la purificación

del aire, la cual revisó rápidamente. Lo leería en detalle cuando tuviese un conocimiento más general de la función de la máquina. Bajo el título de aparato había 12 secciones diferentes, cada una encabezada con un gran número rojo. Estos números se repetían en grandes carteles a lo largo de la pared y Chimal supuso, con cierta justificación, que estaban relacionados con los números del libro. Al mirarlos, observó que bajo el número 5 una luz roja se encendía y se apagaba. Se acercó a ella y leyó la palabra urgencia impresa bajo la bombilla: abrió el libro en la sección 5.

"Torre de purificación, descubrimiento de la polución. Muchas cosas, tales como la maquinaria, la pintura y el aliento de los seres vivientes, expelen materia gaseosa y en partículas. No hay muchos de esos elementos de polución, pero se acumulan con los años y pueden concentrarse. Esta máquina retira de nuestro aire aquellas fracciones que pueden ser peligrosas al cabo de muchos años. El aire se hace pasar a través de un producto químico que las absorbe..."

Chimal siguió leyendo, ya interesado ahora, hasta que hubo terminado la sección 5. Esta torre parecía haber sido hecha para funcionar durante siglos sin ninguna atención; sin embargo, se habían tomado disposiciones para tenerla vigilada y cuidada. Había una serie de instrumentos en su base y Chimal se acercó a mirarlos. Otra luz se encendía y se apagaba sobre un gran disco, iluminando unas letras que decían: REPONER EL PRODUCTO QUIMICO No obstante, la indicación en el disco estaba en la parte superior de la escala de actividad, exactamente donde el libro decía que debía estar para el buen funcionamiento.

-Pero ¿quién soy yo para discutir con esta máquina? -dijo Chimal al Maestro Observador, quien le había seguido en silencio-. El repuesto parece muy simple. Hay un ciclo automático que esta máquina realiza cuando se aprieta este botón. Si no funciona, las válvulas pueden hacerse funcionar a mano. Vamos a ver qué sucede.

Apretó el botón. Brillaron luces de funcionamiento, oscilando en respuesta al ciclo, y se cerraron conmutadores ocultos. De la columna que tenían delante salió un ruido de suspiro y, al mismo tiempo, la aguja de la escala de actividad se movió hacia la zona roja de peligro y cayó hasta la parte inferior. El Maestro Observador la miró atentamente, deletreó con los labios la indicación, luego levantó la mirada, horrorizado.

-¿Puede ser esto así? Se pone peor y no mejor. Algo terrible está sucediendo.

-No lo creo -dijo Chimal, frunciendo el ceño y concentrándose sobre el libro-. Dice que el producto químico necesita ser repuesto. Entonces me imagino que el viejo producto es extraído y esta extracción es lo que da esta indicación falsa en la escala. Ciertamente, la ausencia de un producto químico dará la misma indicación que su mal estado.

-Tu argumento es abstracto, difícil de seguir. Me alegro de que estés aquí con nosotros, Primer Llegado, y puedo ver en esto la obra del Gran Diseñador. No podríamos hacer nada sin ti.

-Veamos primero cómo resulta esto. Hasta ahora me he limitado a seguir las instrucciones del libro y no ha habido ningún verdadero problema. Mira, el nuevo producto químico debe estar entrando, la aguja vuelve a subir hacia la indicación de carga completa. Parece que esto es todo.

El Maestro Observador señaló, horrorizado, la oscilante luz de alarma.

-Sin embargo... esto sigue. Hay algo terrible aquí. ¡Algo anda mal con nuestro aire!

-Nada anda mal con nuestro aire. Pero algo anda mal en esta máquina. Ha sido cargada de nuevo, el producto químico nuevo trabaja perfectamente... y no obstante la alarma sigue. La única

cosa que se me ocurre es que el desperfecto está en la alarma.

Fue recorriendo las hojas del libro hasta que encontró la sección que deseaba y entonces la leyó rápidamente.

-Puede ser esto. ¿Hay un almacén aquí? Necesito algo que se llama 167-R -Es por aquí.

El almacén contenía hileras de estantes, todos numerados por orden, por lo que Chimal no tuvo dificultad para encontrar la parte 167-R que era una lata recia con un mango en un extremo y un aviso en letras rojas: Contiene gas a presión –diríjase lejos de la cara cuando se abra. Chimal lo hizo así y dio vuelta al mango. Se oyó un fuerte silbido y cuando, éste se dispó el extremo de la lata se soltó de la mano de Chimal. Metió adentro la mano y sacó una caja de metal brillante que tenía la forma de un libro grande. Tenía un mango donde debería haber el lomo y en el borde opuesto cierto número de clavos color cobre. No tenía la menor idea de cual podía ser la función de aquello.

-Ahora veamos qué hace esto.

El libro lo dirigió al punto debido y encontró en la cara anterior de la maquina el mango marcado 167 -R, lo mismo que el que acababa de obtener, Cuando tiró de1 mango, el recipiente salió con tanta facilidad como un libro de su estante. Lo arrojó a un lado e insertó el nuevo en su lugar.

La luz se ha apagado, la alarma terminó –exclamó e1 Maestro Observador con voz entrecortada por la emoción—

Tu has triunfado incluso donde falló el Cuidador del Aire.

-Parecía bien evidente -dijo. La máquina demostraba funcionar bien; por lo tanto, el problema debía estar en, el circuito de alarma, aquí. Esta escrito en el libro, en la sección correspondiente. Algo se puso en marcha y no se paro, y así la

alarma sonaba aun cuando estaba hecha la corrección. El cuidador debía haberlo visto.

Debía ser muy estúpido de no imaginarse esto, continuó para si mismo. No hay que hablar mal de los muertos; pero era un hecho. El pobre hombre se había asustado y se había suicidado cuando el problema le resulto insoluble. Esta era la prueba de lo que había estado sospechando desde hacia tiempo.

A su manera, los guardianes eran de mentalidad tan lenta como los aztecas. habían sido acondicionados para una determinada función, lo mismo que la gente del valle.

-Lo siento, pero todavía no lo comprendo – dijo la Vigilante Steel. Fruncía el ceño ante el diagrama del papel, dándole vueltas con la vana esperanza de que un ángulo diferente lo hiciese todo claro.

-Te lo enseñaré de otra manera, pues –dijo Chimal. Entró en el cuarto de baño en busca del aparato que había preparado. Sus habitaciones de observador eran grandes y bien provistas. Saco el recipiente de plástico al que había sujetado un trozo de cuerda fuerte.

-¿Que ves aquí dentro? –pregunto. Ella dudando, se inclino para mirar. –Agua. Esta medio lleno de agua.

-Exacto. Ahora, ¿que sucederá si lo tumbo de lado?

-Pues el agua se derramara. Naturalmente. - ¡Exacto!

Ella sonrió feliz por su éxito. Chimal tiró de la cuerda hacia arriba y levanto así el recipiente.

-Dijiste que se derramaría. ¿Creerías que puedo tumbar este cubo sin derramar ni una gota?

Steel solo abrió la boca, admirada, creyéndolo todo posible por

parte de Chimal. Este empezó a hacer girar el cubo en un pequeño círculo, cada vez más de prisa, levantándolo al mismo tiempo, hasta que estuvo girando en el aire en un círculo vertical, boca abajo en la cima de la curva. El agua se quedaba adentro; no se derramaba ni una gota. Entonces, lentamente, disminuyó la velocidad hasta que el recipiente estuvo de nuevo en el suelo.

-Ahora, otra pregunta -dijo, tomando un libro-. Si yo abriese la mano y soltara este libro, ¿qué sucedería?

-Caería al suelo -dijo ella, intensamente orgullosa por haber contestado bien tantas preguntas.

-Exacto otra vez. Ahora fíjate bien. La fuerza que tira del libro hacia el suelo y la que sostiene el agua en el cubo es la misma fuerza, y su nombre es fuerza centrífuga. Hay otra fuerza en los grandes planetas llamada gravedad que parece obrar de la misma manera, aunque yo no lo comprendo. Lo importante es recordar que la fuerza centrífuga también nos retiene a nosotros abajo, para que no volemos en el aire, y también es la razón por la que andamos por el cielo y miramos al valle sobre nuestras cabezas.

-No entiendo nada de esto -confesó ella. -Es sencillo. Digamos que en vez de una cuerda tengo una rueda que gira. Si el recipiente colgara del borde de la rueda el agua se sostendría dentro de él al igual que cuando yo lo hago girar con la cuerda. y podría fijar dos recipientes a la rueda, uno opuesto al otro, y el agua se mantendría dentro de cada uno de ellos. El fondo de cada recipiente sería abajo para el agua que contiene... no obstante que la dirección de abajo sería directamente opuesta para cada uno de ellos. La misma cosa es cierta en cuanto a nosotros, porque este mundo de roca está girando también. Así, en la aldea, abajo es debajo de tus pies, y abajo en el cielo es hacia el cielo. ¿Entiendes todo esto?

-Sí dijo ella, aunque no lo entendía, pero quería agradarle.

-Bien. Ahora el siguiente paso es el importante y quiero, que estés segura de que me comprendes. Si abajo es debajo de

tus pies en la aldea y abajo es hacia el cielo cuando estás en el punto opuesta ella, entonces a medio camino entre los dos puntos la fuerza debe ser igual, de modo que allí no actúa ninguna fuerza en absoluto. Si pudiésemos llegar a medio camino del cielo desde la aldea, podríamos simplemente flotar allí.

-Hacer esto sería muy difícil, a menos que fueses un pájaro. y hasta las aves se les impide salir de valle por cierto artificio del que he oído hablar.

-Muy cierto. No podemos trepar por el aire, pero podemos andar por un túnel dentro de la roca. El valle está situado en una abertura de la roca, pero es sólido por ambos extremos. Si hubiese un túnel que condujera a aquel punto, que se llama el eje de rotación, éste es el nombre que le da el libro, podríamos ir hasta allá y flotar en el aire.

-Creo que no me gustaría. -A mí sí. y he encontrado el túnel preciso en los mapas. ¿Irás conmigo?

La Vigilante Steel vaciló; no tenía ningún deseo de correr aventuras de aquella especie. Pero los deseos del Primer Llegado debían ser considerados ley.

-Sí, iré. -Bien. Nos iremos ahora. Los libros eran satisfactorios y Chimal gozaba con sus estudios, pero necesitaba también el contacto humano. En la aldea la gente estaba siempre junta. La Vigilante Steel era la primera persona que había conocido allí y juntos habían compartido experiencias. No era brillante, pero procuraba complacer. Chimal metió algunos alimentos concentrados y una botella de agua en la bolsa del cinturón: se había acostumbrado a llevarla como todos los demás. Contenía el comunicador, sus útiles de escribir y algunas pequeñas herramientas.

-Es la segunda escalera después del refectorio –dijo mientras salían.

Al pie de la escalera se detuvieron mientras ella ajustaba su exoesqueleto para trepar; éste movía un pie después del otro y ponía toda la fuerza necesaria para levantar el peso de la mujer y, por lo tanto, evitaba el exceso de esfuerzo a su corazón. Chimal subió despacio para seguir el paso mecánico de la mujer. Subieron siete pisos antes de que terminara la escalera.

-Este es el nivel más alto –dijo Steel mientras reajustaba los controles-. Antes sólo he estado aquí arriba una vez. Solo hay almacenes.

-Más que eso, si los diagramas son exactos.

Recorrieron toda la longitud del corredor, más allá de la última puerta, y penetraron en la roca perforada, fría. Allí no había calefacción en el suelo, pero sus botas tenían suelas gruesas aislantes. Al final, ante ellos, había una puerta de metal con un letrero pintado en grandes letras rojas: Observadores solamente.

-Yo no puedo entrar aquí—dijo ella.

-Puedes si yo te digo que entres. En el breviario del observador cuenta que los vigilantes o cualquiera otra personas pueden los observadores ordenarles entrar en cualquier área si es necesario.

Nunca había leído nada parecido, pero ella no tenía que saberlo.

-Naturalmente, entonces puedo ir contigo. ¿Conoces la combinación de este cerrojo?

Señaló el complicado disco, fijo en el candado y sujeto al dintel de la puerta.

-No decía nada de que hubiera un cerrojo aquí.

Aquella era la primera puerta cerrada que había visto. Las reglas y el orden eran suficientes para impedir a los Guardianes entrar donde no debían. Miro atentamente el cerrojo y el candado.

-Esto ha sido añadido después de la construcción original –dijo, señalando los tornillos. Alguien ha taladrado el metal del dintel y de la puerta y ha fijado esto. –Sacó un destornillador y retiro un tornillo-. Y no es un trabajo muy bueno, además. No lo fijaron muy bien.

Necesito solo unos instantes para retirar los tornillos y deja el cerrojo, todavía fijo en el candado, en el suelo del túnel. Entonces la puerta se abrió fácilmente a una pequeña estancia de paredes de metal.

-¿Qué puede significar esto? –preguntó Steel, siguiendo a Chimal adentro.

-No estoy seguro de saberlo. No había detalles en los mapas. Pero podemos seguir las instrucciones y ver lo que sucede. – Señalo una tarjeta escrita, sobre una pared-. Uno: cerrar la puerta; esto es bien fácil. Dos: asirse fuertemente a los pasamanos.

Había unas asas de metal fijas a las paredes a la altura de la cintura y ambos se asieron a ellas.

-Tres: hacer girar la manecilla en la dirección debida.

Bajo el letrero, una flecha de metal tenia la punta tocando a la palabra ABAJO. Tenía pivote en la base. Chimal soltó una mano para empujar la punta de la flecha hacia ARRIBA. Al hacerlo, empezó a oírse un zumbido lejano y el vehículo empezó a moverse lentamente hacia arriba.

-Muy bien –dijo Chimal-. Nos ahorra una larga subida. Este vehículo debe estar fijo a un carril vertical y es empujado hacia arriba y hacia abajo por alguna clase de artefacto. ¿Qué pasa?

-Yo... no sé –balbuceo Steel, aferrándose al anillo con ambas manos-. Me siento tan extraña, diferente.

-Sí, tienes razón. ¡Más ligera, quizás! –Se echó a reír, dio un salto y pareció que tardaba más de lo habitual en volver a caer al suelo-. La fuerza centrífuga disminuye. Pronto habrá desaparecido completamente.

Steel, no tan entusiasmada como él por la idea, se aferró con más fuerza y apoyó la cabeza contra la pared, con los ojos cerrados.

El trayecto fue relativamente breve y cuando el vehículo se detuvo Chimal empujó con las puntas de los pies y flotó sin contacto con el suelo.

-Es verdad... no actúa ninguna fuerza. Estamos en el eje de rotación.

Steel se retorció, jadeando y con arcadas, tratando de dominar los espasmos de su estómago. La puerta se abrió automáticamente y vieron un corredor circular con varas como barandas levantadas, a todo lo largo. No había ni arriba ni abajo y hasta Chimal sintió un poco de náuseas cuando trató de imaginar hacia qué dirección miraban.

-Ven. Simplemente flotaremos, luego nos impulsaremos a lo largo de estas varas hacia donde el túnel vaya. Ha de ser fácil.

Como la mujer no mostraba ninguna intención de moverse, le soltó las manos y la empujó suavemente hacia el extremo del tubo al mismo tiempo que él chocaba contra la pared. Ella lanzó un débil chillido y se agitó tratando de aferrarse a algo. Chimal se lanzó tras ella y descubrió que no era nada fácil.

Al fin vio que la manera más segura de avanzar era empujarse ligeramente hacia delante y luego guiarse deslizando las manos a lo largo de la barra a medida que avanzaba. La Vigilante Steel,

después de vaciar su estómago, se sintió mucho mejor y logró seguir las instrucciones de Chimal. Poco a poco recorrieron toda la longitud del tubo hasta la puerta del extremo, la cual traspusieron para entrar en una estancia esférica con vista afuera, a las estrellas.

-Reconozco este instrumento largo -dijo Chimal, excitado-. Es un telescopio, para hacer ver más grandes las cosas lejanas. Puede emplearse para mirar las estrellas. No sé qué hacen los otros instrumentos.

Había olvidado a Steel, cosa que a ella no le importaba en absoluto. Había un diván sujeto a una porción de la pared y la mujer descubrió que podía fijarse sobre él apretando unas correas en torno a su cuerpo. Lo hizo y cerró los ojos.

Chimal casi no se daba cuenta de la falta de una fuerza que tirara de él hacia abajo mientras leía las instrucciones para hacer funcionar la máquina. Eran simples y claras y prometían maravillas. Las estrellas, afuera de la ventana hemisférica saliente, giraban en lentos círculos en torno aun punto del centro. No tan de prisa como las estrellas que se veían en el observatorio, y no salían ni se ponían, sino que seguían moviéndose. Cuando movió un control de acuerdo con las instrucciones, sintió súbitamente una fuerza que tiraba de él, la mujer gimió y la sensación cesó prontamente. Cuando se volvió para mirar por la puerta le pareció que ahora el túnel giraba... y las estrellas estaban inmóviles. Ahora la estancia debía estar girando en dirección opuesta al resto del mundo, de modo que ellos estaban inmóviles en relación con las estrellas. ¡Qué maravillas había creado el Gran Diseñador!

Una vez el computador era puesto en funcionamiento, necesitaba dos puntos de referencia; en cuanto los tenía, se orientaba por sí mismo. Siguiendo las instrucciones, Chimal dirigió la punta de la aguja piloto a una resplandeciente estrella roja, la fijó en las líneas cruzadas del telescopio, luego apretó el botón de análisis del

espectro. La identificación fue proyectada instantáneamente en una pequeña pantalla: Aldebarán. No lejos de ésta había otra estrella brillante que parecía pertenecer a la constelación que él conocía como Orión. Su nombre era Rigel. Quizás estaba en Orión, era tan difícil distinguir incluso las constelaciones bien conocidas entre la infinidad de estrellas que llenaban el cielo.

-Mírala -gritó a la mujer, orgulloso y maravillado-. Este es el verdadero cielo, las verdaderas estrellas. -Ella miró rápidamente, asintió y volvió a cerrar los ojos-. Afuera de esta ventana está el espacio, el vado, nada de aire para respirar. Nada en absoluto, simplemente, una inmensidad vacía. ¿Cómo se puede medir la distancia hasta una estrella... cómo podemos imaginárnosla? y esto, este mundo nuestro, va de una estrella a otra, la alcanzará algún día. ¿Sabes el nombre de la estrella que es nuestro destino?

-Nos lo enseñaron, pero temo que lo he olvidado. -Próxima Centauri. En un lenguaje antiguo esto significa la estrella más cercana en la constelación del Centauro. ¿No quieres verla? ¡Qué momento es éste! Es una de las de ahí fuera, frente a nosotros. La máquina la encontrará.

Con cuidado, colocó los discos con la combinación debida, los revisó dos veces para asegurarse de que estaba bien. Apretó el botón de funcionamiento y retrocedió.

Como el hocico de un gran animal que busca, el telescopio se sacudió y balanceó para colocarse. Chimal permaneció apartado mientras el aparato giraba con portentosa precisión, frenaba y se detenía. Señalaba a un lado, casi a 90 grados del centro de la ventana. Chimal se echó a reír.

-Esto no puede ser -dijo-. Ha habido un error. Si Próxima Centauri estuviera hacia allá, al lado, esto querría decir que la pasamos...

Sus dedos temblaban al volver a la lista y comprobar las cifras

una y otra vez.

-Mira nada más estas cifras y dime si son exactas o no... esto es todo lo que te pido.

Chimal dejó caer los papeles sobre la mesa, ante el Maestro Observador.

-Ya te lo he dicho, no tengo mucha práctica en matemáticas. Hay máquinas para esta clase de cosa.

El anciano miraba fijamente adelante, no a los papeles ni a Chimal, inmóvil exceptuando los dedos que, inadvertidos, daban tirones a su ropa.

-Estas proceden de una máquina, una que da respuestas. Míralas y dime si están bien

o no. -Ya no soy joven, y es la hora de las plegarias y el descanso. Te ruego que me dejes. -No. No hasta que me hayas contestado. No quieres contestar, ¿verdad? El continuo silencio del anciano destruyó el resto de calma que a Chimal le quedaba. El

Maestro Observador lanzó un grito ronco cuando Chimal tendió la mano, asió el deus y de un tirón rompió la cadena que lo sostenía. Miró los números en las aberturas de la parte anterior.

-186.293...¿Sabes lo quiere decir esto?.

-Esto es... cercano a la blasfemia. Devuélvemelo inmediatamente.

-Se me ha dicho que esto contaba los días del viaje, días según el tiempo de la antigua Tierra. Según yo recuerdo, hay aproximadamente unos 365 días en un año de la Tierra. Arrojó el deus sobre la mesa y el anciano se apoderó de él inmediatamente con ambas manos. Chimal tomó una tableta de escribir y un estilo

de su cinturón.

-Dividir... esto no ha de ser difícil... el resultado es... Trazó una línea bajo la cifra y la agitó bajo las narices del Maestro Observador.

-Han pasado más de 510 años desde que empezó el viaje. El cálculo en todos los libros era de quinientos años o menos. y los aztecas creen que serán liberados a los quinientos años. Esto no es sino una prueba más. Con mis propios ojos he visto que ya no vamos hacia Próxima Centauri, sino que, en vez de esto, nos dirigimos acaso a la constelación de Leo.

-¿Cómo puedes saber esto? -Porque estuve en la cámara de navegación e hice uso del telescopio. El eje de rotación ya no apunta hacia Próxima Centauri. Vamos hacia algún otro lugar. -Estas son unas cuestiones muy complejas -dijo el anciano, secándose con un pañuelo los ángulos de sus ojos bordeados de rojo-. No recuerdo ninguna relación entre el eje de rotación y nuestra dirección...

-Yo sí, y ya lo he revisado para asegurarme. Para que los instrumentos de navegación funcionen debidamente, Próxima Centauri está fijada al eje de rotación. Automáticamente se hacen correcciones del rumbo si se desvía. Así, pues, avanzamos en dirección del eje principal. Esto no puede cambiar. -Chimal se mordió un nudillo, pensativo de súbito-Aunque podríamos dirigirnos a una estrella diferente! Ahora dime la verdad: ¿Qué ha sucedido?

El viejo observador permaneció rígido un momento más, luego se derrumbó, suspirando, dentro del soporte de su esqueleto.

-No hay nada que se te pueda ocultar, Primer Llegado, ahora lo comprendo. Pero no quería que lo supieras hasta que hubieses llegado al pleno conocimiento. Esto debe ser ahora, de lo contrario no hubieras descubierto estas cosas.

Movió un conmutador, los motores zumbaron y lo llevaron a través de la estancia.

-La reunión está grabada aquí, en el diario de navegación. Yo era joven entonces, el observador más joven, en realidad, los otros hacen mucho tiempo que están muertos. ¿Cuántos años hace de eso? No estoy seguro, pero todavía recuerdo todos los detalles. Un acto de fe, un acto de compensación, un acto de esperanza.

Volvió a sentarse, sosteniendo con ambas manos un libro encuadernado en rojo; volvió las páginas, buscando aquel día bien recordado. -pasamos semanas, casi meses, examinando todos los hechos para llegar a una decisión. Fue un momento solemne que casi nos paró el corazón. El Jefe Observador se levantó y leyó todas las observaciones. Los instrumentos mostraban que nuestra marcha se había hecho más lenta, que era necesario introducir nuevos datos para ponernos en órbita en torno a la estrella. Entonces leyó las observaciones planetarias y todos nos sentimos desesperados ante lo que se había descubierto. No podía confiarse en los planetas, ahí estaba el error. Simplemente, no se podía confiar en ellos. Hubiéramos podido ser los Observadores del Día de la Llegada y, sin embargo, tuvimos la fuerza de alejarnos de la tentación. Teníamos que merecer la confianza de la gente que estaba a nuestro cargo. Cuando el Maestro Observador explicó esto, todos supimos lo que había que hacer. El Gran Diseñador había planeado todo, incluso para aquel día, para la probabilidad de que no se encontrara ningún planeta satisfactorio en órbita en torno a Próxima Centauri, y se estableció un nuevo rumbo hacia Alfa Centauri. ¿O era Lobo 359, en Leo? Lo he olvidado, han pasado tantos años. Pero todo está aquí dentro, la verdad de la decisión. Aunque era duro hacerlo... se hizo. Llevaré conmigo el recuerdo de aquel día hasta el reintegro al ciclo. A pocos se les da tal oportunidad de servir.

-¿Puedo ver el libro? ¿En qué día fue decidido esto? -Un día que está fijado en la historia, pero míralo tú mismo. -El anciano sonrió

y abrió el libro, aparentemente al azar, sobre la mesa que tenía delante-. ¿Ves como se abre en el lugar justo? Lo he leído tan a menudo.

Chimal tomó el libro y leyó la anotación. Ocupaba menos de una página. Ciertamente una hazaña de brevedad, para tan importante ocasión.

-No hay nada aquí sobre las observaciones ni las razones para la decisión -dijo-. Ningún detalle sobre los planetas que eran tan inconvenientes.

-Sí, aquí, al principio del segundo párrafo. Si me permites, puedo citarlo de memoria: "por lo tanto, era sólo las observaciones lo que podía determinar la acción futura, los planetas no eran convenientes."

-Pero ¿por qué? No hay detalles.

-Los detalles no son necesarios. Fue una decisión de fe.

-El Gran Diseñador había dado licencia para el caso de que no se encontraran planetas convenientes, y El es el único que sabía. Si los planetas hubieran sido convenientes, no nos hubiera permitido elegir. Este es un punto doctrinal muy importante. Todos miramos a través del telescopio y estuvimos de acuerdo. Los planetas no eran convenientes. Eran minúsculos, y no tenían luz propia como un Sol, y se hallaban muy alejados. Evidentemente, no eran apropiados...

Chimal se puso en pie de un salto, tirando el libro sobre la mesa.

-¿Acaso dices que decidísteis simplemente mirando por el telescopio, mientras estábais todavía a una distancia astronómica? ¿Qué no hicísteis ninguna aproximación, ningún aterrizaje, no tomásteis ninguna fotografía...?

-yo no sé nada de estas cosas. Deben ser cosas que saben los Llegados. No podíamos abrir el valle hasta estar seguros. de que aquellos planetas eran apropiados. Piénsalo... ¡Qué terrible! ¡Lo que hubiera pasado si los Llegados encontraran inservibles esos planetas! Hubiéramos traicionado nuestra misión. No, era mucho mejor tomar nosotros mismos esta grave decisión. Sabíamos lo que implicaba. Cada uno de nosotros escudriñó su corazón y su fe antes de llegar a una decisión a la que éramos reacios. Los planetas eran inapropiados.

-¿y esto fue decidido sólo por la fe? -. La fe de los hombres buenos, los hombres verdaderos. No había otro camino, ni lo queríamos. ¿Cómo era posible que nos equivocáramos, mientras nos mantuviéramos fieles a nuestras creencias?

En silencio, Chimal copió la fecha de la decisión en su

Faltan paginas 155-156

Si.

Esto era mejor. Chimal escribió: ¿Cuánto tiempo se tardara en llegar a Próxima Centauri si la órbita se cambia ahora? Esta vez la computadora tardó casi tres segundos en contestar, puesto que había que hacer muchas computaciones y consultar muchas memorias. Calculada llegada 100 unidades astronómicas, distancia Próxima Centauri

17.432 días. Chimal hizo rápidamente la división. -Esto es menos de cincuenta años. La llegada incluso podría suceder durante mi vida si empezamos ahora la nueva órbita!

-Pero ¿cómo? ¿Cómo se podría hacer que los observadores cambiaran la órbita? Había la posibilidad de que él encontrara las instrucciones y breviaros adecuados y descubriera cómo hacerlo él mismo, pero sólo si no le molestaban. Sería imposible hacer el trabajo frente ala hostilidad activa de ellos. Ni solamente las

palabras los convencerían. ¿Qué podría convencerlos? Había que obligarlos a cambiar la órbita quisieran o no quisieran. ¿Violencia? No sería posible capturarlos a todos y obligarlos al trabajo. Los Guardianes no lo permitirían nunca. Ni podía simplemente matarlos: esto era igualmente desagradable, aunque ciertamente tenía estado de ánimo para ello. Tenía ganas de hacer violencia contra algo.

¿La maquinaria del aire? El equipo en el que había trabajado... Era vital para la existencia, pero solamente por un período de tiempo. Si hubiese alguna manera de estropearlo, él era el único que sería capaz de repararlo. y ni siquiera empezaría a arreglarlo hasta que se hubiese cambiado el rumbo y estuviesen camino de la estrella más cercana.

Esto es lo que debía hacer. Salió apresuradamente al pasadizo y vio al Maestro Observador ya los otros observadores corriendo hacia él a la mayor velocidad de que eran capaces sus eskoesqueletos. Chimal prescindió de sus gritos y echó a Correr en dirección opuesta, gabánde1es terreno fácilmente. Tan rápido como pudo, por la ruta más directa, corrió hacia el túnel que conducía a la planta del aire. El carril estaba vacío. No había ningún coche esperando.

¿Iría a pie? Necesitaría horas para recorrer aquel túnel que atravesaba toda la longitud del valle. y si mandaban un coche tras él, no habría manera de escapar. Necesitaba un coche para él, pero... ¿pediría uno? Si se había dado la alerta a todos los Guardianes, no haría más que caer en la trampa. Tenía que decidirse rápidamente. Era más que probable que la gente no estuviese informada; no era ésta la manera del Maestro Observador. Se volvió hacia el comunicador de la pared.

-Soy el Primer Llegado. Quiero un coche inmediatamente, en la estación 187.

El altavoz permaneció mudo un momento, luego una Voz

contestó:

-Será como tú mandes. Estará ahí dentro de pocos minutos.

¿Llegaría? ¿O el hombre informaría al observador? Chimal se paseó, lleno de angustia

y aprensión, impedido ahora de hacer nada, excepto esperar. Sólo tardó unos minutos en llegar el coche, pero el tiempo a él le pareció interminable. -¿Quieres que yo conduzca? -preguntó el que lo manejaba.

-No, puedo hacerlo yo mismo. El hombre se apeó y saludó respetuosamente a Chimal mientras el coche se ponía en marcha por la vía. El camino estaba libre. Aun cuando el hombre informara, Chimal sabía que no hallaría obstáculos delante. Si mantenía la delantera con todo posible perseguidor y trabajaba de prisa, habría terminado lo que tenía que hacer antes que lo alcanzaran. Pero ahora, antes que llegara, debía planear de antemano qué sería lo mejor que podía hacer. La maquinaria era tan sólida que necesitaría demasiado tiempo para estropear alguna parte de ella, pero los tableros de control eran más pequeños y ligeros. Simplemente, destruir alguno de los instrumentos o retirar sus componentes sería suficiente. Los observadores no serían jamás capaces de repararlo sin su ayuda. Pero antes de romper algo debía asegurarse de que había sustitución. Sólo retirar los componentes de los controles podía no bastar; el Maestro Observador, si se veía presionado, podía ser capaz de comprenderlo al ver las ranuras vacías. No, era necesario romper algo.

Cuando el coche se paró al otro extremo del túnel saltó de él, cada movimiento planeado ya de antemano. Primero el breviario. Estaba exactamente donde él lo había dejado. No había nadie más allí, así que el nuevo cuidador, al parecer, todavía no se había hecho cargo del puesto. Esto era bueno. Tenía que encontrar el diagrama preciso, luego los números de las partes.

Entró en el almacén mientras iba leyendo. Sí, aquí estaban los indicadores y los operadores mecánicos del tablero. Más de diez de cada uno. El Gran Diseñador lo había planeado bien y previsto con creces toda eventualidad. Pero no había pensado en el sabotaje. Como precaución suplementaria, Chimal tomó todas las piezas de recambio y las llevó a otro almacén donde las enterró tras una pila de reserva de tuberías macizas. Ahora la destrucción.

Una gran llave inglesa abierta de un extremo, pesada y tan larga como su brazo, constituiría un arma perfecta. Se la llevó a la cámara principal y se detuvo frente al tablero, sosteniendo la herramienta con ambas manos. Aquí; primero el disco de presión con tapa de cristal. Blandió la llave inglesa sobre su cabeza como un hacha de guerra y la dejó caer, aplastante. Instantáneamente parpadearon luces rojas por toda la cámara y una sirena empezó a chillar de un modo ensordecedor. Una voz amplificadora, rugió como un trueno.

-¡Para! ¡Para! lo que estás haciendo! ¡Estás dañando la máquina!
¡Esta es la única advertencia que se te hará!

Las luces y las advertencias no detendrían a Chimal. Dejó caer otra vez la llave sobre el mismo lugar. Al hacerlo, se abrió de repente una puerta de metal en la pared, sobre él, derramando polvo. Asomó el cañón de un fusil Laser y empezó a disparar instantáneamente: el lápiz verde de la llama trazó un arco frente al tablero de control.

Chimal se echó a un lado pero no lo bastante de prisa. El rayo tocó su costado izquierdo, su pierna, su brazo, quemando instantáneamente la ropa y la carne, profundamente. Cayó pesadamente, casi inconsciente por la súbita impresión y el dolor.

El Gran Diseñador había pensado en todo, incluso en la posibilidad de un sabotaje, pensó Chimal. Demasiado tarde.

Cuando los observadores entraron corriendo lo encontraron así, arrastrándose, dejando una lastimosa huella de sangre. Chimal abrió la boca para decir algo, pero el Maestro Observador hizo un ademán y se apartó a un lado. Un hombre con un depósito a la espalda y una manguera parecida a un fusil en la mano avanzó y apretó el gatillo. Una nube de gas envolvió a Chimal y su cabeza cayó pesadamente sobre el suelo de piedra.

Mientras estuvo inconsciente las máquinas lo cuidaron. Los observadores lo despojaron de sus ropas y lo colocaron en la batea, sobre la mesa. Metieron en la máquina la descripción de sus heridas, luego dejaron que el analizador decidiera. Una vez empezada, toda la operación fue enteramente automática.

Fueron hechas radiografías, mientras se registraba su presión arterial, su temperatura y todos los demás datos vitales. En cuanto las heridas fueron fotografiadas, inmediatamente les fue aplicada espuma coagulante de la sangre. El diagnóstico tuvo lugar dentro de la computadora y fue programado el tratamiento. El aparato de análisis se levantó silenciosamente hacia su recipiente y ocupó su lugar un brillante cirujano metálico. Se cernía sobre la herida mientras su microscopio binocular miraba adentro y sus muchos brazos estaban preparados. Aunque trabajaba sólo en un área muy pequeña a la vez, lo hacía con increíble rapidez, mucho más rápido de lo que podía hacerlo el más diestro cirujano humano, siguiendo el programa de la computadora. Fue soltada un poco de espuma, se limpió el área, se quitaron rápidamente los tejidos quemados. Luego fue aplicada una especie de cola como vendaje que además aceleraba el crecimiento de los tejidos, y los brillantes instrumentos avanzaron a lo largo de su brazo, cerraron la herida, cosieron los tendones partidos, unieron los extremos de los nervios cortados. Luego a su costado, donde el rayo laser había penetrado profundamente en los músculos, aunque no había tocado ninguno de los órganos internos. Finalmente la pierna, un área quemada en el muslo, la herida más leve de todas.

Cuando Chimal despertó, al principio le fue difícil recordar lo que había sucedido y por qué estaba allí en el hospital. Le habían administrado fuertes sedantes y no tenía ningún dolor, pero sí la cabeza ligera y se sentía demasiado agotado incluso para dar la vuelta.

Volvió la memoria y, con ella, la amargura. Había fracasado. E interminable viaje a ninguna parte seguiría. Los observadores eran demasiado fieles a su misión preservadora; no podían pensar en ponerle fin. Quizás el único error que había cometido aquí el Gran Diseñador era planear demasiado bien. Los Guardianes eran tan eficientes en su trabajo y se complacían tanto en él que nunca podrían pensar en la posibilidad de detenerlo. La próxima estrella, si alguna vez llegaban a ella, seguro que tendría también planetas insatisfactorios. Había sólo una posibilidad de terminar el viaje, y Chimal había fracasado en el intento. No hallaría más oportunidades, los observadores procurarían que no las hallase... y no habría ningún otro Chimal después de éste. Se tendría en cuenta la advertencia. Si nacieran otros hijos de una unión entre las dos aldeas, no serían bien recibidos aquí. Quizás incluso los dioses susurrarían al oído del primer sacerdote y un sacrificio vendría muy bien.

Las máquinas enfermeras, dándose cuenta de que había recobrado la conciencia, retiraron de su brazo la aguja de alimentación intravenosa y presentaron un cuenco de caldo caliente.

-Por favor, abre la boca -le dijo la dulce voz grabada de una muchacha muerta hacía siglos.

y un tubo curvado fue metido en el caldo y llevado a sus labios. Chimal obedeció.

La máquina debió también haber anunciado que estaba despierto, porque se abrió la puerta y entró el Maestro Observador.

-¿Por qué hiciste esta cosa imposible? -preguntó-. Ninguno de nosotros puede comprenderlo. Pasarán meses antes que pueda arreglarse el daño, pues no podemos confiar en que tú te acerques otra vez a la máquina.

-Lo hice porque quiero que cambiéis nuestra órbita. Haría cualquier cosa para obligarte a hacerlo. Si hiciésemos el cambio ahora, podríamos estar cerca de Próxima Centauri en menos de cincuenta años. Esto es todo lo que te pido que hagas, sólo mirar de más cerca los planetas. Ni siquiera tienes que prometerme decirlo a nadie más que a los observadores. ¿Lo harás?

-Ahora no te detengas.-rogó la voz dulce-. Tienes que terminarlo todo, hasta la última gota. ¿Oyes?

-No. Naturalmente que no. Esto no me corresponde a mí en absoluto. La decisión fue tomada y registrada y yo no puedo pensar en cambiarla. No deberías ni siquiera pedírmelo.

-Tengo que pedírtelo, rogártelo... ¿cómo? ¿En nombre de la humanidad? Termina los siglos de encarcelamiento,. miedo y muerte. Libera a tu gente de la tiranía que la domina. -¿Qué locuras estás diciendo? -La verdad. Mira a mi pueblo, que tiene una vida embrutecida, supersticiosa y breve, controlado su crecimiento por serpientes venenosas. ¡Monstruoso! y tu propio pueblo morbosos, esas pobres mujeres como la Vigilante Steel, un fantasma de mujer sujeta a la autotortura, sin ninguno de los rasgos normales de su sexo. Odiando la maternidad y amando el dolor infligido sobre sí misma. Puedes poner fin al yugo de todos ellos...

-Basta -ordenó el Maestro Observador, levantando la mano-. No escucharé más esas palabras blasfemas. Este es un mundo perfecto, tal como el Gran Diseñador lo ordenó, y tan sólo hablar de cambiarlo es un crimen inimaginable. He reflexionado durante varias horas sobre lo que debo hacer contigo, y he consultado a los otros observadores, y hemos llegado a una decisión.

-¿Matarme y hacerme callar para siempre? -No, esto no podemos hacerlo. Torcido como estás por tu deficiente educación entre los salvajes del valle, eres de todas maneras el Primer Llegado. Por lo tanto, llegarás, ésta es nuestra decisión.

-¿Qué tontería es ésta? Chimal estaba demasiado cansado para discutir más. Apartó el cuenco todavía no vacío, y cerró los ojos.

-El diagrama descubre que hay cinco objetos llamados naves del espacio dentro de cavernas, en la corteza exterior de este mundo. Son descritas minuciosamente y están destinadas a viajar desde aquí a cualquier planeta, según se establezca. Tú serás metido en una de esas naves del espacio y partirás. Irás a los planetas, como desees. Serás el Primer Llegado.

-Vete -dijo Chimal, cansadamente-. No, no me matáis, nada más me mandáis en un viaje de cincuenta anos, solitario, en exilio, solo para el resto de mi vida. En una nave que quizás ni siquiera llevará suficiente alimento y aire para una travesía de tal duración. Déjame, asqueroso hipócrita.

-Las máquinas me informan que dentro de diez días estarás curado lo suficiente para salir de la cama. Se está preparando un esqueleto para ayudarte. En aquel momento vendrán unos observadores y harán que abordes la nave. Si es necesario te drogarán y te llevarán. Irás. Yo no estaré aquí porque no deseo volver a verte. Ni siquiera te diré adiós porque has sido una prueba dolorosa en mi vida, y has pronunciado palabras blasfemas que nunca olvidaré. Eres demasiado malo para soportarte.. El anciano se volvió y salió aun antes de terminar de hablar. Diez días, pensó Chimal, mientras se adormecía. ¿Cómo me será posible hacerlo en este tiempo? ¿Qué puedo hacer, después de todo? Poner fin a esta. tragedia. ¡Cuánto deseo poner al descubierto la indecencia de la vida que lleva esta gente! Incluso las vidas de los míos, breves e infelices como son, todavía son mejores que ésta. Me gustaría abrir ante mi pueblo este nido de termitas, dejarle ver qué clase de gente es ésta que acecha

escondida a su vera, vigilando y ordenando.

Sus ojos se abrieron de par en par y, sin tener conciencia de lo que hacía, se sentó e irguió en la cama.

-Naturalmente. Llevar a mi pueblo dentro cavernas. Entonces no habría alternativa... tendríamos que cambiar la órbita en dirección a Próxima Centauri.

Se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. Tenía diez días para planear y decidir exactamente lo que debía hacer.

Cuatro días más tarde fue traído el esko esqueleto y quedó de pie en un rincón. Durante el siguiente período destinado a dormir, se arrastró fuera de la cama y se colocó, practicando con él. Los controles eran simples y seguros. Después de aquello cada noche salió de la cama, al principio tambaleándose, después, a pesar del dolor, andando penosamente. Hacía ejercicios sencillos. Aumentó su apetito. La cifra de diez días era mucho más del tiempo que necesitaba. Las máquinas debían haber calculado su período de curación empleando como base los lentos metabolismos de los Guardianes. El podía hacer mucho más.

Había siempre un observador de guardia fuera de su habitación, Chimal los oía hablar cuando cambiaban los turnos, pero nunca entraban. No querían tener tratos con él. Durante el período de dormir del noveno día, Chimal se levantó y se vistió silenciosamente. Estaba todavía débil, pero el esko esqueleto subsanaba esto, evitándole casi todo el esfuerzo de andar y otros movimientos físicos. La única arma posible que había en la habitación era una silla ligera. La tomó con ambas manos y se colocó de pie detrás de la puerta... y entonces gritó:

-¡Socorro! ¡Estoy sangrando... me muero... socorro! En seguida tuvo que levantar más la voz, gritar más para ahogar la voz de la enfermera que le ordenaba repetidamente que volviese a la cama para ser examinado. Sin duda sonaban alarmas en alguna parte.

Tenía que ser rápido. ¿Dónde estaba ese tonto del observador? ¿Cuánto tiempo necesitaba para decidirse con su simple mentalidad? Si no entraba pronto, Chimal tendría que salir en Su busca y esto, si el hombre estaba armado, podía ser peligroso.

La puerta se abrió y en cuanto el hombre entró Chimal lo golpeó con la silla. Rodó por el suelo gimiendo, pero no había tiempo ni siquiera para mirarlo. ¿Un hombre... o un mundo? Chimal le arrebató el rifle láser de los dedos y salió, moviéndose a la mayor velocidad que permitía el eskoesqueleto.

A la primera vuelta dejó el pasadizo del hospital y se dirigió a los corredores exteriores, los que habitualmente estaban desiertos y casi con toda seguridad lo estaban a aquellas horas. Faltaba una hora para el amanecer, los Guardianes, naturalmente, seguían el mismo horario del valle, y Chimal necesitaría todos los minutos de esa hora. La ruta que había planeado daba muchas vueltas y él andaba con tanta lentitud.

Nadie sabría la que había planeado; esto, ciertamente, lo ayudaría. Solamente el Maestro Observador podía tomar decisiones, y no llegaba a ellas con facilidad. La primera cosa que probablemente pensaría era que Chimal podía volver a terminar su tarea de sabotaje. Se buscarían armas y se despacharían observadores a la planta del aire. Luego, más reflexión. Una búsqueda quizás y, por fin, se pondría alerta a toda la gente. ¿Cuánto tiempo duraría eso? Imposible calcularlo. Esperaba que más de una hora. Si sucedía antes, Chimal tendría que luchar. Herir, matar si era necesario. Algunos morirían para que pudieran vivir las generaciones futuras.

El Maestro Observador se movió todavía más lentamente de la que Chimal imaginaba. Casi había pasado la hora entera antes de que Chimal encontrara a otro hombre, y éste, evidentemente, estaba ocupado en un recorrido de rutina. Cuando llegó más cerca y reconoció a Chimal, su impresión fue demasiado fuerte para permitirle hacer nada. Chimal se colocó tras él y dejó que las

poderosas manos de esboque de esqueleto agarrotaron al hombre hasta la inconsciencia. Ahora... el alba, y el último corredor.

Su vida corría hacia atrás. Este era el camino por donde había entrado, hacía tanto tiempo, avanzando temerosamente en dirección contraria. Cómo había cambiado desde aquel día: cuánto había aprendido. Cosas sin valor, a menos que pudiera aplicarlas a alguna utilidad real. Llegó al túnel de suelo pétreo en el momento preciso en que la puerta del otro extremo se abría hacia afuera. Perfilada sobre el azul del cielo matutino se levantaba la monstruosa figura de Coatlicue, coronada de serpientes y armada de garras. Avanzando hacia él. Aun sabiendo, el corazón le dio un salto dentro del pecho. Pero siguió andando directamente hacia ella.

La gran piedra giró para cerrarse silenciosamente y la diosa avanzó, la mirada fija y sin vista. Llegó hasta él y pasó por su lado... después dio la vuelta y entró en el nicho para quedarse allí. Parada, inmóvil e inactiva. Para descansar un día más antes de salir en su patrullar nocturno.

-Eres una máquina -dijo Chimal-. Nada más. Y aquí, detrás de ti, hay herramientas, armarios con piezas y tu breviario. Pasó por su lado, tomó el libro y leyó la cubierta- y tu nombre ni siquiera es Coatlicue, es Guardia robot buscador de calor. Lo cual explica ahora por qué yo escapé de ti. En cuanto estuve bajo el agua, desaparecí por lo que respecta a tus sentidos.

Abrió el libro. Aunque la Coatlicue robot era indudablemente compleja, las reparaciones y las instrucciones eran sencillas, como todas las demás. Chimal, primeramente creía que sería suficiente abrir el portal y hacerla salir a la luz del día. Pero podía hacer mucho más con ella. Siguiendo las instrucciones, hizo correr una tabla en la espalda de la máquina y descubrió un hueco con múltiples agujeros. En el armario había una caja de control con un cable de cierta longitud y un enchufe. Con esto los circuitos automáticos podían ser anulados y la máquina probada y

manejada a voluntad del controlador. Chimal lo enchufó.

-¡Camina! -ordenó. y la diosa avanzó-. En círculo –dijo- y manipuló los controles. Coatlicue, obediente, describió un círculo en torno a él, rozando las paredes de la caverna.

Podía conducirla afuera y mandarle hacer lo que él quisiera. No... ¡no conducirla!. Haría algo mucho mejor.

-¡Arrodíllate! -gritó. La diosa obedeció. Chimal, riendo, puso un pie en el codo doblado del robot, trepó sobre sus hombros y se sentó, los pies colgando entre las secas manos humanas mientras se asía a uno de sus cuellos duros de escamas metálicas.

-Ahora, adelante; salimos. ¡Soy Chimal! -,gritó-. ¡El que se fue y regresó... y cabalga sobre una diosa!

Cuando se acercaron a la salida, ésta se abrió en respuesta a alguna señal automática. Detuvo la máquina en el umbral y examinó el mecanismo. Unos pesados pistones la empujaban para abrirla y la sostenían así. Si pudiese fundir las barras, doblarlas sin destruirlas, la puerta quedaría abierta sin que fuese posible una reparación rápida. y lo que tenía que hacer no requería demasiado tiempo. No mucho tiempo, realmente. El rayo láser obró sobre la lisa barra del pistón hasta que se puso roja y de pronto se curvó bajo el peso de la roca. Chimal apartó rápidamente el rayo y la puerta cayó, pero se detuvo pronto, sostenida todavía por el pistón del otro lado. La primera barra estaba doblada, el metal era otra vez duro y no podría volver a entrar en el cilindro en esta condición. La puerta abierta no podía cerrarse.

Afuera, en el valle, Chimal cabalgaba sobre su extraña montura, las cabezas de serpiente y la falda de serpientes silbaban con fuerza, pero no con tanta fuerza como sonaba la carcajada victoriosa de Chimal.

Al surgir de la grieta, Chimal se detuvo y contempló el valle con sentimientos mezclados: no había comprendido hasta aquel momento que sería un gozo regresar a su tierra.

Sobre los campos, a lo largo del cauce del río, flotaba todavía la bruma del amanecer, que se disiparía tan pronto cómo el sol surgiera de las montañas. Aspiró profundamente el aire limpio y frío que llevaba el aroma de las cosas verdes que crecían. Era agradable estar afuera, después del mohoso entumecimiento de los corredores. Sin embargo, al pensar esto recordó que aquel valle era sólo una gran caverna cavada en la roca maciza y, mientras lo contemplaba, tenía también conciencia de los túneles que lo rodeaban y del espacio vacío y las estrellas en el exterior. Estos pensamientos eran desconcertantes y Chimal se estremeció y los alejó de su mente. Las heridas le dolían; se había movido en exceso y demasiado pronto. Hizo avanzar a la diosa, hacia abajo, a la orilla del río, que atravesó chapoteando en el agua poco profunda.

En las aldeas ahora la gente debía estar lavándose y preparando el desayuno. Pronto saldrían para los campos y si se apresuraba llegaría allá al mismo tiempo. Una vuelta en los controles hizo que Coatlicue echara a correr moderadamente, sacudiendo el cuerpo de Chimal a cada paso. Apretó los dientes y no hizo caso del dolor. A medida que aumentaba la velocidad de la diosa, sus cabezas se movían hacia adelante y hacia atrás en un compás más rápido, lo mismo que su falda de serpientes. Los silbidos eran ensordecedores.

Avanzó en línea recta hacia la pared del valle y después hacia el sur, en dirección al templo. Los sacerdotes estarían terminando el servicio matutino y sería un buen momento para encontrarlos a todos reunidos. Cuando apareció a su vista la pirámide frenó a Coatlicue y los silbidos disminuyeron. Entonces, a paso lento, la condujo en torno a la escalera de la pirámide y en medio de ellos.

Fue un momento que heló los corazones. Se oyó un ruido seco

cuando el cuchillo de obsidiana cayó de la mano de Itzcoatl mientras el primer sacerdote se tambaleaba de la impresión. Los otros quedaron rígidos, y el único movimiento era el balanceo incesante de las cabezas de serpiente. Los sacerdotes, aturdidos por lo que les parecía increíble, volvieron los rostros hacia la diosa y su jinete, con los ojos muy abiertos, las pupilas contraídas hasta convertirse en unos puntos.

-¡Habéis pecado! -les gritó Chimal, agitando su fusil láser.

Era dudoso que lo hubiesen reconocido con aquel traje del color de la sangre, posado a tanta altura sobre ellos.

-Coatlícue se vengará. Al pueblo de Quilapa, ahora... andad. ¡Corred!

La diosa empezó a correr hacia ellos, silbando espantosamente, y no necesitaron más órdenes. Se volvieron y huyeron y el monstruo de cabezas de serpiente les iba a la zaga. Cuando llegaron al pueblo aparecieron los primeros aldeanos, aturdidos todos ellos por aquella espantosa aparición y la increíble escena.

Chimal no les dio tiempo para recobrar la serenidad: les gritó la orden de ir a Zaachila.

Chimal frenó a la diosa cuando llegaron entre las casas y los sacerdotes se mezclaron con la multitud que se precipitaba en una ola de terror. Nos les permitía detenerse, sino que les azotaba los flancos como si fuesen un rebaño demoníaco. Mujeres, chillidos, niños pequeños, todos huían ante él, llegaban al río y lo atravesaban. Los primeros ya estaban en Zaachila y habían dado el aviso. Antes que llegara allá, todo el pueblo huía ante él.

-¡Al pantano! -rugió, mientras ellos corrían a través de los campos de rastrojos y huían entre las hileras de magueyes-. ¡Al muro, a la grieta, para ver lo que allí os enseñaré!

Ciegos de pánico huían de él, detrás, los acosaba. Los riscos del muro estaban delante y el final del valle a la vista. En pocos minutos estarían dentro del túnel y esto sería el principio del fin de la vida que habían conocido, Chimal reía y gritaba, las lágrimas corrían por su rostro. El fin, el fin...

Un retumbar creciente, como un trueno lejano, se oyó enfrente y del muro del cañón salió una nube de polvo. La multitud menguó la carrera y se detuvo, se agitó sin saber de qué peligro debían huir, después se apartó a los lados temerosa cuando Coatlicue se metió en medio. Un miedo helado oprimió el pecho de Chimal al avanzar hacia la grieta de los altos peñascos.

Tenía miedo de reconocer lo que había sucedido, no se atrevía a admitirlo ante sí mismo. Estaba cerca, demasiado cerca del fin para que algo saliese mal ahora. Coatlicue subió corriendo el sendero y entró en la abertura del peñasco.

Para detenerse en seco ante la barrera de roca derrumbada que la cerraba de parte aparte.

Una piedra repiqueteó cayendo del montón y luego hubo el silencio. El polvo se posó lentamente. No había rastro alguno de la puerta ni de la abertura hacia las cavernas de atrás, sólo el gran montón de escombros de piedra que cubrían el lugar donde antes estuvo la entrada.

y entonces vino la oscuridad. Aparecieron las nubes tan de súbito que el cielo estuvo cubierto por ellas antes que se oyeran los primeros truenos. y aun antes que las nubes taparan el sol, éste se apagó y un viento frío corrió a lo largo del valle. La gente, amontonada, gemía de angustia ante la tragedia que la afligía. ¿Es que los dioses guerreaban sobre la Tierra? ¿Qué sucedía? ¿Era el fin?

Luego cayó la lluvia, que aumentó la oscuridad, y granizo mezclado con las gotas de agua helada. Los aldeanos se

dispersaron y huyeron. Chimal luchó contra la depresión de la derrota que le nublaba los pensamientos e hizo dar vuelta a Coatlicue para seguirlos. La lucha no había terminado todavía. Podría encontrarse otra salida. Coatlicue obligaría a los aldeanos a ayudarlo, el terror de su presencia no podía ser disipado por la lluvia y la oscuridad.

A mitad del camino la diosa se detuvo y quedó rígida. Las serpientes quedaron inmóviles en un interminable retorcimiento y sus silbidos cesaron. Por un momento se inclinó hacia adelante sobre un pie medio levantado, luego permaneció quieta. Toda la energía había sido suprimida y la caja de control era inútil. Chimal la dejó caer de su mano, luego, lenta y penosamente, se deslizó por el metal mojado y resbaloso hasta el lodo del suelo.

Se dio cuenta de que tenía todavía en la mano el rifle laser; apuntó con él ala barrera de roca en un acto fútil de odio y apretó con fuerza el gatillo. Pero incluso esta débil protesta le fue negada: la lluvia había penetrado en el mecanismo y no disparó. Lo arrojó lejos de sí.

La lluvia caía a torrentes y estaba más oscuro que en la más oscura noche.

Chimal se hallaba sentado en la orilla del río; el rugido de la corriente invisible pasaba ante él. Tenía la cabeza apoyada en las rodillas y su costado, pierna y brazo derechos ardían. Caminar no era bueno para sus heridas. El agua parecía haber subido y si había de atravesarla tendría que hacerlo pronto, antes que fuera demasiado profunda. En realidad no había ninguna razón para atravesar el río., tan muerto estaría en el otro lado como aquí, pero Quilapa estaba allá y era su pueblo.

Cuando trató de levantarse, de sostenerse sobre los pies, descubrió que estaba inmovilizado en la posición agachada. El agua había estropeado su esqueleto y éste sólo le permitía movimientos limitados. Con un esfuerzo liberó un brazo y después

soltó todas las demás sujeciones. Cuando finalmente se levantó, dejó el aparato atrás como la cáscara desecha de una vida anterior, perpetuamente agachado, obediente, al borde del agua. Al entrar en el río el agua le llegó a las rodillas, luego a la cintura antes de llegar a la mitad del camino. Tenía que tantear cuidadosamente con los pies a cada paso, cargando su peso contra la corriente todo el tiempo. Si era arrastrado, sabía que ahora no tendría bastante fuerza para nadar hasta salvarse.

Avanzó paso a paso, empujado sin cesar por el agua: sería tan fácil ceder y dejarse llevar lejos de todo. Por alguna razón la idea le pareció desagradable -un súbito recuerdo del Cuidador del Aire colgado del cuello-, la rechazó y siguió adelante. Ahora el agua sólo le llegaba a los muslos, después de nuevo más abajo de las rodillas. Había pasado. Antes de subir a la orilla se inclinó, llenó sus manos ahuecadas y bebió, muchas veces. Estaba sediento ya pesar de la lluvia y el frío su piel ardía. Sus heridas no soportaban que pensara en ellas.

-¿No había dónde ir? ¿Había terminado todo, para siempre? Chimal permanecía allí, balanceándose en la oscuridad, el rostro levantado hacia la lluvia. Quizás realmente existía un Gran Diseñador que vigilaba y le entorpecía los pasos a cada vuelta. No, no podía ser verdad esto. No cedería ante una superstición mayor ahora que había desechado todas las otras más pequeñas. Este mundo había sido diseñado por hombres, construido por hombres; había leído sus orgullosos informes y comprendido su pensamiento. Incluso sabía el nombre del que llamaban el Gran Diseñador y sabía las razones por las que había hecho todo esto. Estaban escritas en los libros y podían leerse de dos maneras.

Chimal sabía que había fracasado a causa del azar... y de la ignorancia. Era suerte que hubiese llegado tan lejos. Un hombre no se hacía enteramente en unos pocos meses. Tenía el saber de un hombre, quizás. Había aprendido mucho y muy rápidamente, pero todavía pensaba como un aldeano. Pegar. Correr. Luchar.

Morir. Si por lo menos hubiese podido hacerlo mejor.

Si por lo menos hubiese podido conducir a su pueblo a través de aquella sala pintada y por el corredor dorado, hasta las estrellas. Y con este pensamiento, esta visión, llegó el primer minúsculo rayo de esperanza.

Chimal avanzó. Estaba de nuevo solo en el valle y cuando cesara la lluvia y saliera el sol una vez más empezaría su caza. Qué tiernamente los sacerdotes lo mantendrían con vida para las torturas que inventaban y en las que se apoyaban. Ellos que enseñaban el miedo habían sentido miedo, habían corrido, acobardados. Su venganza sería completa.

No lo atraparían. Una vez, antes, en ignorancia absoluta, había escapado del valle... Volvería a hacerlo. Ahora sabía lo que había tras el muro de roca, dónde estaban las entradas ya qué conducían. Tenía que haber una manera de llegar a una de ellas. Delante, en la cima del risco, estaba la entrada en la cual había ocultado su comida yagua. Si pudiese llegar allí, podría descansar y esconderse, hacer proyectos.

Sin embargo, aún mientras lo pensaba ya sabía que era imposible. Nunca había sido capaz de escalar los muros del valle cuando estaba en perfecta salud y poseía toda su fuerza. Había sido proyectado todo astutamente para impedir que nadie escapara de esta manera. Incluso la cornisa de los zopilotes, mucho más baja que el borde del cañón, sería imposible de alcanzar a no ser que algún accidente fortuito hubiese abierto una brecha en el saliente de la roca.

Se detuvo en la oscuridad y soltó la risa, hasta que ésta se convirtió en un ataque de tos.

Era esa la manera. Esa podría ser la salida. Ahora tenía un propósito y, a pesar del dolor, avanzó decidido bajo el torrencial aguacero. Cuando llegó al muro del valle la lluvia había

disminuido hasta ser una llovizna constante y el cielo estaba más claro. Los dioses habían conseguido su objetivo; todavía tenían el mando; no ganarían nada inundando el valle. Sólo que no eran dioses, eran hombres. Hombres falibles y estúpidos cuya tarea había terminado aun cuando no lo sabían.

A través de la lluvia pudo divisar el bulto oscuro de la pirámide cuando pasó junto a ella, pero había silencio allí y nada se movía. Si los sacerdotes habían regresado, estaban ahora encerrados en sus cámaras más profundas. Sonrió y se frotó la boca con los nudillos. Bueno, si no otra cosa, les había dado un susto que nunca olvidarían, oh sí. Quizás esto compensaba, en cierto modo muy reducido, lo que habían hecho a su madre. Esos matones arrogantes y fanfarrones no volverían a tener jamás la seguridad de que ellos eran la ley indiscutible entre los hombres.

Chimal, cuando llegó al punto debajo de la comisa, se detuvo para descansar. La lluvia había cesado pero el valle estaba todavía sumergido en un mar de bruma húmeda. El costado izquierdo le ardía y cuando lo tocó la mano le quedó roja de sangre. Malo. Pero esto no le detendría. Tenía que hacer aquella escalada mientras la visión estaba todavía nublada, de modo que ni los aldeanos ni los vigilantes observadores pudieran verlo. Los lentes colocados arriba, en el cielo, ahora serían inútiles, pero podía haber otros más cerca capaces de captarlo. Ciertamente las cosas estarían ahora trastornadas entre los vigilantes y cuanto más pronto actuara más probabilidades tendrían de hacerlo sin ser visto. Pero estaba tan cansado. Se levantó y puso las manos contra la roca.

El único recuerdo que le quedó de la escalada era el del dolor. Una roja angustia que le nublaba la vista y le impedía ver casi por completo. Sus dedos tenían que buscar por su cuenta donde agarrarse y las puntas de sus pies tanteaban ciegamente para hallar un sitio donde apoyarse. Quizás subió por el mismo lugar que había seguido cuando era un muchacho: no estaba seguro de

ello. El dolor seguía incesante y la roca era resbalosa con agua o sangre, no sabía. Cuando finalmente se izó por el borde de la roca sobre la cornisa no podía sostenerse en pie, ni apenas moverse. Empujándose con las piernas hizo deslizar su cuerpo a través de la porquería mojada de la cornisa hasta la parte posterior de la caverna baja, junto a la puerta. Tendría que encontrar un escondrijo a un lado donde no pudiera ser visto a través de la mirilla oculta, pero lo bastante cerca para atacar a cualquiera que saliese. Arrastrándose, apoyó la espalda contra la roca.

Si no venían pronto, todo habría terminado. La escalada le había agotado las fuerzas y apenas si podía conservar la conciencia de estar allí sentado. Sin embargo, debía hacerlo. Debía estar despierto y alerta y atacar la primera vez que se abriera la puerta para dar de comer a los zopilotes. Entonces él debía entrar, atacar, ganar. Pero estaba tan cansado. Seguramente ahora no vendría nadie, no hasta que en el valle se restablecieran los sucesos normales. Quizá si dormía ahora, estaría descansado cuando se abriese la puerta. Seguramente tardaría horas, acaso un día, por lo menos.

Sin embargo, cuando aún estaba pensando esto, el aire se movió mientras la puerta de la roca giraba hacia afuera.

Lo súbito del acontecimiento, el peso gris de su fatiga, eran demasiado para él. Sólo pudo aspirar con fuerza cuando la Vigilante Steel apareció en la abertura.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Steel-. Tienes que decirme lo que ha sucedido.

-¿Cómo me encontraste... por la pantalla? -Sí. Vimos que sucedían cosas extrañas en el valle, oímos rumores. Nadie parece saber los detalles. Tú habías desaparecido, luego oí decir que estabas en algún lugar del valle. Seguí mirando por todos los lentes hasta que te encontré. ¿Qué pasa? Dímelo, por favor.

Ninguno de nosotros lo sabe y es... terrible...

Su rostro estaba inexpresivo, como borrado por el miedo: no hay mayor destructor que el desorden en un mundo de orden completo.

-¿Qué sabes, exactamente? -preguntó Chimal mientras ella le ayudaba a entrar y sentarse en el coche.

Después de cerrar la puerta, Steel tomó un pequeño recipiente de su cinturón y se lo entregó.

-Ten -dijo-. Siempre te gustó. -Entonces el miedo de lo desconocido se apoderó de ella de nuevo al recordar-. No volví a verte. Me mostraste las estrellas y me hablaste de ellas, y seguiste gritando que habíamos pasado Próxima Centauri, que debíamos retroceder. Entonces volvimos al lugar donde teníamos paso, y me dejaste. No volví a verte más. Han pasado días, muchos días, y ha habido perturbación. El observador en los servicios nos dice que el mal anda por los corredores, pero no nos dice qué es. No contesta las preguntas sobre ti... es como si no hubieses existido nunca. Es como si hubiera habido un colapso. Cuatro muchachas están en el hospital, no pueden trabajar y todos hacemos turnos extraordinarios. Nada anda bien. Cuando te vi en las pantallas, de regreso en el valle, pensé que tú podías saber ¡y estás herido también!

Comprendió esto último al ver, resollando y alejándose encogida, que la sangre manaba de su costado sobre el asiento.

-Esto sucedió hace días. He estado sometido a tratamientos. Pero hoy no me ha hecho ningún bien. ¿Hay alguna clase de medicina en tu cinturón?

-El botiquín de primeros auxilios, se nos exige llevarlo. Lo tomó con dedos temblorosos, lo abrió y leyó el contenido.

-Muy bien. -Chimal se abrió el vestido y ella se volvió y desvió la mirada-. Vendas aquí, antisépticos, algunas tabletas contra el dolor. Todo esto ha de ayudar. -Entonces, comprendiendo de pronto, añadió-: Te avisaré cuando puedas mirar.

Ella se mordió el labio inferior y movió la cabeza asintiendo, con los ojos cerrados.

-Parece que vuestro Maestro Observador ha cometido un error grave no diciéndoos lo que ha sucedido. -Censuraría su propio relato, había cosas que era mejor que ella no supiera, pero por lo menos le revelaría la verdad básica-. Lo que te dije cuando miramos las estrellas es cierto. Hemos pasado Próxima Centauri. Lo sé porque encontré las máquinas de navegación que me lo dijeron. Si lo dudas puedo llevarte allí y te lo dirán también. Fuí al Maestro Observador con mi información y no lo negó. Si viramos ahora podemos estar en Próxima Centauri dentro de cincuenta años, la meta del Gran Diseñador. Pero muchos años atrás el Maestro Observador y los otros obraron contra el Gran Diseñador. Puedo demostrar esto también con el diario de navegación que está en las habitaciones particulares del Maestro Observador, la prueba de los hombres que decidieron esto y también decidieron no comunicar la decisión a ninguno de vosotros. ¿Comprendes lo que te he dicho hasta ahora?

-Creo que sí -contestó ella con una voz casi inaudible-. Pero es todo tan terrible. ¿Por qué habían de hacer una cosa como ésta? Desobedecer la voluntad del Gran Diseñador.

-Porque eran hombres malvados y egoístas... aunque fueran observadores. y los observadores de ahora no son mejores. Otra vez ocultan lo que saben. No quieren permitirme revelarlo. Han proyectado mandarme fuera de, aquí para siempre. Ahora... ¿me ayudarás a reparar este mal?

Una vez más la mujer se hallaba mucho más allá de su capacidad, flotando entre conceptos y responsabilidades para los

cuales no estaba preparada. En su vida ordenada había solamente obediencia, nunca decisión. Ahora no podía esforzarse a llegar a conclusiones. Quizá la decisión de correr hacia él, de interrogarlo, había sido el único acto de libre voluntad que había realizado en toda su larga pero raquítica vida.

-No sé qué hacer. No quiero hacer nada. No sé..., -Yo sé -dijo él, cerrando su vestido y secándose los dedos con la tela. Tendió la mano, le asió la barbilla y volvió hacia él sus grandes ojos vacíos-. El Maestro Observador es el que debe decidir, puesto que es su función en la vida. El te dirá si estoy acertado o equivocado y lo que se debe hacer. Vamos a ver al Maestro Observador.

-Sí, vamos. Steel casi suspiró de alivio al serle quitado el peso de la responsabilidad. Su mundo volvía a estar ordenado y aquel cuya misión en la vida era la de decidir, decidiría. Ya estaba olvidando los confusos acontecimientos de los días pasados: simplemente, no encajaban en su existencia regularizada.

Chimal se hundió bien en el coche para que no se vieran sus vestiduras sucias, pero el esfuerzo era innecesario. No había transeúntes en los túneles. Todo el mundo debía estar ocupado en los puestos importantes... o físicamente incapaz de ayudar. Este mundo oculto pasaba, tanto como el valle de afuera, por una tormenta de cambios. Con más cambios en perspectiva, pensó esperanzado Chimal mientras se apeaba del coche ala entrada del túnel más cercano alas habitaciones del Maestro Observador. Las salas estaban vacías.

Las habitaciones del Maestro Observador también estaban vacías. Chimal entró, las escudriñó, luego se dejó caer cuan largo era sobre la cama.

-Volverá pronto. Lo mejor que podemos hacer es esperarlo aquí.

Poco más podía hacer él, físicamente, en aquel momento. Las drogas contra el dolor le daban sueño y no se atrevía a tomar

más. La Vigilante Steel estaba sentada en una silla, las manos cruzadas en el regazo, esperando pacientemente la palabra directora que suprimiría sus problemas. Chimal dormitaba, despertaba con un sobresalto, luego volvía a dormir. La cama y el calor de la habitación secaron sus ropas y lo peor del sufrimiento menguó. Se le cerraron los ojos y, a su pesar, durmió.

La mano sobre su hombro le sacó del profundo pozo del sueño del que no quería salir. Solamente cuando le volvió la memoria, luchó contra él y se forzó a abrir los párpados.

-Se oyen voces afuera -dijo Steel-. El vuelve. No es conveniente que te encuentre aquí, acostado así.

No es conveniente. No es seguro. No iba a dejar que le arrojaran gas y lo apresaran de nuevo. Sin embargo, necesitó toda la voluntad y la energía que le restaban para erguirse, ponerse en pie, apoyarse en la mujer y llevarla al extremo más alejado de la habitación.

-Esperaremos aquí en silencio -dijo, mientras la puerta se abría.

-No me llaméis hasta que la máquina esté levantada, pues -dijo el Maestro Observador. Estoy cansado y estos días me han quitado años de vida. Tengo que descansar. Mantened la niebla en el extremo norte del valle para el caso que alguien pueda ver. Cuando la grúa esté preparada uno de vosotros bajará con ella para conectar los cables. Hacedlo vosotros, yo tengo que descansar. Cerró la puerta y Chimal avanzó y le puso ambas manos sobre la boca.

El viejo no luchó. Sus manos se balancearon inertes por un momento y volvió los ojos hacia arriba para mirar a la cara de Chimal, pero fuera de esto no protestó. Aunque se tambaleaba con el esfuerzo, Chimal sujetó al Maestro Observador hasta que estuvo seguro de que los hombres de afuera se habían ido, entonces lo soltó y le señaló una silla.

-Siéntate -ordenó-. Todos nos sentaremos porque ya no puedo aguantar más de pie. Se dejó caer pesadamente en la silla más próxima y los otros dos, dócilmente casi, obedecieron su orden. La mujer esperaba instrucciones; el anciano estaba casi destruido por los sucesos de los días precedentes.

-Mira lo que has hecho -dijo el Maestro Observador ásperamente-. El mal que has cometido, los daños, las muertes. Ahora, ¿qué mal mayor estás proyectando...?

-Chitón -dijo Chimal, llevándose el dedo a los labios. En aquel momento se sentía vaciado de todo lo vital, incluso de odio, y su calma aquietó a los otros. El Maestro Observador calló. No había usado su crema depilatoria y sus mejillas estaban cubiertas de un rastrojo gris.

-Escucha atentamente y comprende -empezó a decir Chimal, en voz tan baja que tuvieron que esforzarse para oírlo-. Todo ha cambiado. El valle no volverá a ser nunca el mismo. tienes que comprender esto. Los aztecas me han visto montado sobre una diosa, han descubierto que no todo es como siempre habían creído que era. Coatlicue no podrá nunca volver a andar para imponer el tabú. Nacerán hijos de padres de diferentes aldeas, serán los llegados... pero no tendrán una llegada. y tu gente de aquí, ¿qué? Saben que algo está terriblemente mal, pero no saben qué. Debes decírselo. Debes hacer la única cosa posible, y esta es dar vuelta a la nave.

-Nunca! -La cólera puso al hombre de pie y el esqueleto ayudó a sus dedos nudosos a cerrar en puños-. La decisión está tomada y no puede cambiarse.

-¿Qué decisión es esa? -Los planetas de Próxima Centauri no eran convenientes. Ya te lo dije. Es demasiado tarde para volver atrás. Seguimos adelante.

-Entonces, ¿hemos pasado Próxima Centauri? El Maestro

Observador abrió la boca... Luego la cerró de nuevo al comprender la trampa en que había caído. La fatiga le había traicionado. Miró a Chimal, luego a la mujer.

-Sigue -le dijo Chimal-. Termina lo que ibas a decir. Que tú y los otros observadores habéis trabajado contra el plan del Gran Diseñador y nos habéis desviado de nuestra órbita. Díselo a esta muchacha, para que pueda decirlo a los demás.

-Esto no es asunto tuyo -dijo bruscamente el viejo a Steel-: Vete y no comentes lo que has oído aquí.

-Quédate -dijo Chimal, empujándola de nuevo en el asiento del que empezaba a levantarse ante la orden-. Han de venir más verdades. y quizá dentro de un rato el observador comprenderá que te necesita aquí, donde no puedes decir a los otros lo que sabes. Después, más tarde, pensará en la manera de matarte, de mandarte al espacio.

Tiene que guardar secreta su culpa porque si se descubre queda aniquilado. Vira la nave, viejo, y realiza una sola cosa buena en tu vida.

La sorpresa se había desvanecido y el Maestro Observador tenía de nuevo el dominio de sí mismo. Tocó su deus e inclino la cabeza.

-Finalmente he comprendido lo que eres. Eres el mal como el Gran Diseñador es el bien. Has venido a destruir, y no lo lograrás. Lo que eres...

-No sirve -interrumpió Chimal-. Es demasiado tarde para dar calificativos injuriosos o para arreglar esto por medio del insulto. Yo te presento hechos... y te pido que te atrevas a negarlos. Obsérvalo bien, Steel, y escucha sus respuestas. Primeramente te afirmo que ya no vamos en camino de Próxima Centauri. ¿Es esto un hecho?

El anciano cerró los ojos y no contestó, luego se encogió en la silla, asustado, cuando Chimal se puso en pie de un salto. Pero Chimal pasó a su lado, sacó el libro encuadernado de rojo del estante y lo dejó caer, abierto.

-Aquí está el hecho, la decisión que tomásteis tú y los otros. ¿Dejaré que la muchacha lo lea?

-No lo niego. Esta fue una decisión sabia, tomada para el bien de todos. La vigilante comprenderá. Ella, y todos los demás, obedecerán, se les diga o no esto.

-Sí, probablemente tienes razón -dijo Chimal, cansada- mente, arrojando el libro a un lado y dejándose caer de nuevo en su silla-. y éste es el mayor crimen de todos. No, no tuyo. De El. El que llamáis el Gran Diseñador. -Blasfemia -graznó el Maestro Observador. y hasta la Vigilante Steel se encogió ante el horror de las palabras de Chimal.

-No, la verdad nada más. Los libros me dijeron que hay unas cosas llamadas naciones en la Tierra. Parecen ser grandes grupos de gente, aunque no toda la gente de la Tierra. Es difícil decir exactamente por qué existen esas naciones ni cuál es su propósito, pero esto no tiene importancia. Lo importante es que una de esas naciones era gobernada por el hombre a quien ahora llamamos el Gran Diseñador. Se puede leer su nombre, el nombre del país; no tienen sentido para nosotros. Su poder era tan grande que construyó un monumento a sí mismo mayor que nada de lo que se había construido antes. En sus escritos dice que la cosa que hace es más grande que las pirámides y que todo lo que lo precede. Dice que las pirámides son grandes estructuras, pero que su estructura es mayor: es todo el mundo. Este mundo. Escribe en detalle como fue diseñado y construido y puesto en camino, y está muy orgulloso de él. Sin embargo, de lo que realmente está orgulloso es de la gente que vive en este mundo, que irá a las estrellas a llevar la vida humana en su nombre. ¿No ves por qué siente esto? Ha creado toda una raza que adorará su

imagen. Se ha hecho Dios.

-Es Dios -dijo el Maestro Observador. y la Vigilante Steel asintió con un movimientos de cabeza y tocó su deus.

-No es Dios, ni siquiera un negro dios del mal, aunque merece este nombre. Sólo un hombre. Un hombre terrible. Los libros hablan de las maravillas de los aztecas que creó para que llevaran a cabo su misión, de la debilidad de la mente y la docilidad que les fueron inducidas artificialmente. Esto no es ninguna maravilla... sino un crimen. Nacieron hijos del mejor pueblo de la tierra y fueron atrofiados antes de nacer. Se les enseñaron tonterías supersticiosas y fueron metidos dentro de esta prisión de roca para morir sin esperanza. Y, todavía peor, para criar a sus hijos a su propia imagen imbécil generación tras generación de vidas obtusas, malogradas. Sabes esto, ¿verdad?

-Fue Su voluntad -contestó el viejo, sin inmutarse. -Sí, lo fue, ya ti no te molesta en absoluto porque eres el jefe de los carceleros que aprisionan esta raza, y quieres que continúe el encarcelamiento para siempre. Pobre tonto. ¿Has pensado nunca de dónde procedéis tú y tu gente? ¿Es por azar que sois todos tan fieles a vuestra misión y estéis tan dispuestos a servir? ¿No comprendes que fuistéis hechos de la misma manera que fueron hechos los aztecas? Que después de encontrar a los antiguos aztecas como una sociedad modélica para los habitantes del valle, ese monstruo buscó un grupo que hiciera los necesarios menesteres durante este viaje de siglos. Lo encontró en el misticismo y el monaquismo que siempre han sido una sórdida desviación de la raza humana. Eremitas revolcándose en la inmundicia dentro de cavernas, otros mirando al Sol para tener toda una vida de santa ceguera, órdenes que se retiraban del mundo y se encerraban para llevar una vida de miseria sagrada. La fe substituyendo al pensamiento y el ritual substituyendo a la inteligencia. Ese hombre examinó todos los cultos y tomó el peor que pudo encontrar para construir la vida que vosotros lleváis.

Adoráis el sufrimiento y odiáis el amor y la maternidad natural. Estáis ufanos de vuestra longevidad y miráis como animales inferiores a los aztecas de vida breve. ¿No comprendéis el desperdicio ritualizado de vuestras vidas vacías? ¿No comprendéis que vuestra inteligencia también ha sido oscurecida y disminuida para que ninguno de vosotros discuta las cosas que tenéis que hacer? ¿No veis que vosotros sois prisioneros condenados, tanto como la gente del valle?

Agotado, Chimal se recostó en su silla, mirando de la cara fría del odio a la cara vacía de la incompreensión. No, no tenían idea de qué estaba hablando. No había ni una persona, ni en el valle ni fuera de él, a quien pudiese hablar, con quien pudiese comunicarse, y sintió que una fría soledad le envolvía.

-No, no podéis verlo -dijo, con cansada resignación-. El Gran Diseñador lo planeó demasiado bien.

Al oír estas palabras los dedos de los otros dos fueron automáticamente hacia sus deus, y Chimal estaba demasiado fatigado para hacer otra cosa que suspirar.

-Vigilante Steel -ordenó-: hay comida y bebida ahí. Tráemelo.

Ella se apresuró a obedecer. Chimal comió lentamente, remojando la comida con el té todavía caliente del termo, mientras planeaba lo que haría después.

La mano del Maestro Observador se deslizó hacia el Comunicador que colgaba de su cintura y Chimal tuvo que abalanzarse y arrancárselo del cinturón.

-El tuyo también -dijo a la Vigilante Steel. y no se molestó en explicar por qué lo quería. De todos modos ella obedecería. No podía esperar más ayuda de nadie. De ahora en adelante estaría solo.

-¿No hay nadie más alto que tú, verdad, Maestro Observador?
-preguntó.

-Todos lo saben... menos tú. -Yo también lo sé, debes comprenderlo. y cuando se tomó la decisión de cambiar la órbita, los observadores estuvieron de acuerdo, pero la decisión final fue tomada por el que era entonces Maestro Observador. Por lo tanto, tú eres el que debe conocer todos los detalles de este mundo, donde están las naves del espacio y cómo se hacen funcionar, la navegación y cómo se dirige, y las escuelas y todas las disposiciones para el Día de la Llegada, todo.

-¿Por qué me preguntas estas cosas? -Me haré comprender. Hay muchas responsabilidades aquí, demasiadas para pasar de boca en boca de un Maestro Observador al otro. Por lo tanto, hay mapas que muestran todos los túneles y cámaras y su contenido, y hay breviaros para las escuelas y la astronáutica. ¡Oh, incluso debe haber un brevario para ese maravilloso día de la llegada cuando se abrirá el valle...! ¿Dónde está?

Las últimas palabras eran una pregunta apremiante y el viejo tuvo un sobresalto y sus ojos saltaron hacia la pared, luego se apartaron de ella instantáneamente. Chimal se volvió para mirar el armario lacado de rojo que colgaba allí, frente al cual siempre había una luz encendida. Lo había advertido antes, pero nunca había pensado en él conscientemente.

Cuando se levantó para dirigirse a él, el Maestro Observador le atacó, golpeando la cabeza y los hombros de Chimal con sus viejas manos y las varas de su esqueleto. Finalmente había comprendido lo que tenía Chimal en la mente. La lucha fue breve. Chimal sujetó las manos del viejo unidas detrás de su espalda. Entonces recordó el fallo de su propio esqueleto y arrancó el conmutador del aparato del Maestro Observador.

Los motores pararon y las juntas se cerraron, reteniendo cautivo al hombre. Chimal lo levantó suavemente y lo tendió de costado

sobre la cama.

-Vigilante Steel, a tu deber -ordenó el viejo, aunque su voz temblaba-. Detenlo. Mávalo. Yo te lo mando. Incapaz de comprender más que una fracción de lo que había ocurrido, la mujer se levantó, oscilando, impotente, entre ellos dos.

-No te preocupes ~le dijo Chimal-.. Todo irá bien. Contra su leve resistencia la obligó a sentarse de nuevo, desconectó su eskoesqueleto, arrancándole la batería y le amarró las muñecas con un paño que sacó del lavabo.

Sólo cuando los dos estuvieron amarrados se dirigió al armario de la pared y tiró de las puertas. Estaban cerradas con llave. Con un súbito acceso de furia agarró el armario, tiró de él y lo arrancó de la pared, sin hacer caso de los insultos que el Maestro Observador le dirigía. El cerrojo del armario era más decorativo que práctico y el mueble entero se deshizo en pedazos fácilmente cuando lo puso en el suelo y lo pateó. Se inclinó y recogió entre los escombros un libro encuadernado en rojo y decorado en oro.

-El día de la llegada -leyó. Luego lo abrió-. Este día es ahora.

Las instrucciones básicas eran muy simples, como todas las instrucciones de todos los breviarios. Las máquinas harían el trabajo, sólo había que activarlas. Chimal recorrió mentalmente el camino que seguiría y esperó poder andar hasta tan lejos. El dolor y la fatiga lo agobiaban de nuevo y ahora no podía fallar. El anciano y la mujer estaban ahora silenciosos, demasiado horrorizados por lo que él hada para reaccionar. Pero esto podría cambiar en cuanto él saliera. Necesitaba tiempo. Había más paños en el lavabo y los tomó y los amordazó con ellos. Si alguien pasara no podrían dar la alarma. Tiró los comunicadores al suelo y los rompió también. No le detendrían.

Al poner la mano en la puerta se volvió para mirar a los grandes ojos acusadores de la mujer.

-Yo tengo razón -le dijo-. Ya verás. Hay mucha felicidad por delante.

Llevando el breviario del Día de la Llegada, abrió la puerta y salió.

Las cavernas estaban todavía casi vacías de gente, lo cual era bueno: no tenía bastante fuerza para hacer rodeos. A mitad de camino de su meta se encontró con dos vigilantes, mujeres ambas, que volvían de su trabajo, pero nada más lo miraron con ojos asustados y vacíos cuando pasó. Estaba casi a la entrada de la sala cuando oyó gritos, miró hacia atrás y vio la mancha roja de un observador que corría tras él. ¿Era casualidad... o el hombre había sido avisado? En cualquier caso, todo lo que podía hacer era seguir. Era una persecución de pesadilla, algo salido de un sueño. El observador andaba a la mayor velocidad que le permitía su esqueleto, avanzando regularmente. Chimal era libre de sus movimientos, pero estaba herido y agotado. Corrió, aflojó el paso, cojeó, mientras el observador, gritando rudas amenazas, seguía la persecución como una mezcla obscena de hombre y máquina. Llegó Chimal ante la puerta de la gran cámara, la empujó, entró y la cerró tras él, apoyándose contra ella. Su perseguidor golpeaba el otro lado.

No había cerrojo, pero el peso de Chimal mantenía la puerta cerrada contra el golpear del otro, mientras se esforzaba por recobrar el aliento. Cuando abrió el breviario su sangre corrió por la blancura de la página. Miró otra vez el diagrama y las instrucciones, después alrededor, a la inmensidad de la cámara pintada.

A su izquierda estaba el muro de grandes peñas y rocas macizas, el otro lado de la barrera que cerraba el extremo de su valle. A lo lejos a su derecha estaban los grandes portales. Y a mitad de la longitud de este muro estaba el punto que debía encontrar.

Se dirigió hacia allá. Tras él la puerta se abrió y el observador cayó, pero Chimal no miró hacia atrás. El hombre estaba tirado al

suelo de rodillas y manos y los motores zumbaban mientras él luchaba por levantarse. Chimal levantó la mirada hacia las pinturas y descubrió fácilmente la apropiada. En ella había un hombre que se mantenía alejado de la pintada multitud en marcha, apartado de ellos, mayor que ellos. Quizás era una imagen del propio Gran Diseñador: Indudablemente lo era. Chimal miró al fondo de aquellos ojos noblemente pintados y si su boca no hubiese estado tan seca hubiera escupido a la perfección de aquel rostro de ancha frente. En lugar de hacer eso, se inclinó hacia delante, su mano dejó una mancha roja a lo largo del muro hasta que sus dedos tocaron los de la imagen pintada.

Algo chasqueó secamente y un panel se abrió: adentro había únicamente un gran conmutador. Entonces el observador se echó sobre Chimal mientras éste asía el conmutador, y cayeron juntos.

El peso unido de los dos tiró del conmutador.

Atototl era viejo, y quizás por esto los sacerdotes del templo lo consideraban utilizable. Además, como era el cacique de Quilapa era un hombre notable y la gente le escucharía cuando trajese un mensaje, y se podía esperar que obedeciera. Pero, cualesquiera que fuesen las razones, le habían ordenado ir; él había inclinado la cabeza, sumiso, y había hecho lo que se le había mandado.

La tormenta había pasado y hasta la niebla había desaparecido. Si no fuese por los negros recuerdos de los anteriores sucesos, aquél podría ser el atardecer de casi cualquier día. Un día después de la lluvia, naturalmente; la tierra estaba todavía mojada bajo sus pies y hacia su derecha podía oír el agua del río crecido que corría entre las orillas mientras recogía el desagüe de los campos empapados: El sol brillaba y calentaba y hacía surgir de la tierra pequeñas espirales de bruma. Atototl llegó al borde del pantano, se acucilló y descansó. ¿Era el pantano más grande que cuando lo había visto por última vez? Lo parecía, pero ciertamente tenía que ser mayor después de tanta lluvia. Pero disminuiría de nuevo, como siempre lo había hecho antes. Esto

no era nada de qué preocuparse, aunque debía acordarse de decírselo a los sacerdotes.

Qué lugar de espanto había llegado a ser el mundo. Casi preferiría dejarlo y vagar por los infiernos de la muerte. Primero había sucedido la muerte del primer sacerdote y el día que fue una noche. Después Chimal había desaparecido, apresado por Coatlicue según habrán dicho los sacerdotes, y ciertamente parecía acertado. Debió ser así, pero ni siquiera Coatlicue había sido capaz de retener cautivo aquel espíritu. Había regresado con la propia Coatlicue, montado sobre su gran espalda, vestido de sangre y horrendo, pero todavía con la cara de Chimal. ¿Qué podía significar todo aquello? y luego la tormenta. Todo fuera del alcance de su comprensión. Una hoja verde de hierba nueva crecía a sus pies; tendió la mano, la arrancó y luego la masticó. Tendría que volver pronto cerca de los sacerdotes y decirles lo que había visto. El pantano era más grande, no debía olvidar esto, y no había, con toda seguridad, ninguna señal de Coatlicue.

Se levantó y estiró sus músculos cansados y, mientras lo hacía, oyó un retumbar lejano. ¿Qué sucedía ahora? Aterrorizado, se apretó el cuerpo con los brazos, incapaz de huir, mientras miraba fijamente las olas que hacían temblar la superficie del agua ante él. Hubo otro retumbo, más fuerte esta vez, que pudo sentir con los pies como si el mundo en tero se sacudiera bajo él.

Entonces, con crujidos y gruñidos, toda la barrera de piedra que cerraba la entrada del valle empezó a agitarse y deslizarse. Un gran peñasco rodó hacia abajo, luego otro y otro. Se hundían en la tierra firme, cada vez más de prisa; todos se movían, caían, se derrumbaban, se partían y se desmenuzaban hasta que desaparecían de la vista, abajo. Entonces, al abrirse el valle, las aguas que Atototl tenía delante empezaron a retroceder, a precipitarse tras la barrera de roca, escurrirse borboteando en mil pequeñas cataratas, corriendo tras la presa que las había retenido tanto tiempo. Rápida huía el agua hasta que una parda superficie

de lodo, plateada por los cuerpos agitados de los peces, se extendió donde unos minutos antes sólo había lagunas y pantano. Llegaba hasta los riscos que no eran una barrera sino una salida del valle que enmarcaba algo dorado y glorioso, lleno de luz y figuras en desfile... Atototl abrió los brazos ante toda aquella maravilla.

-Es el día de la liberación -dijo, ya no asustado-. y todas las cosas extrañas vinieron antes que ella. Somos libres. Por fin dejamos el valle.

Vacilante, avanzó un pie sobre el lodo todavía blando.

El estruendo de las explosiones era ensordecedor dentro de la sala. Cuando empezaron el observador cayó y se acurruco en el suelo, presa de pánico. Chimal se aferraba al gran conmutador para tener apoyo mientras el suelo temblaba y los peñascos se agitaban. Esta es la razón de que el estuviera situado abajo el depósito de agua cavado en la roca. Todo había sido planeado. La barrera que cerraba el valle debía levantarse sobre la piedra exactamente encima de la cámara hueca. Ahora los soportes eran volados y la roca se debilitaba. El techo entero caía. Con un rugido final, los últimos peñascos rodaban hacia abajo, llenaron el estanque que había debajo y sus cimas hicieron un camino escabroso de salida del valle. La luz del sol se derramó por la abertura y cayó por primera vez sobre las pinturas.

Chimal pudo ver afuera el valle, con las montañas más allá, y supo que esta vez no había fracasado.

Esta acción era irreversible, la barrera había desaparecido. Su pueblo era libre.

-Levántate -dijo al Observador que se arrastraba contra el muro. Lo empujó con la punta del pie-. Levántate y trata de comprender. Tu gente es libre también.

El principio

1

Ah tlamiz noxochiuh ah tlamiz

nocuic

In niconehua

Xexelihui ya moyahua

No cesarán mis flores,

no cesará mi canto:

lo elevo

lo esparzo.

Otomí

Chimal se impulsó a lo largo del túnel del eje de rotación, gruñendo cuando su hombro izquierdo tocaba una de las barras y el dolor, con el que ya estaba familiarizado, corría por su brazo. El brazo iba haciéndose progresivamente más inútil y doloroso. Tendría que volver a las máquinas quirúrgicas uno de estos días para someterse a otra operación... o hacer que le cortaran el maldito brazo si no podían hacer nada más por él. Si lo hubiesen arreglado bien la primera vez esto no hubiera sucedido. No es que él le hubiese hecho bien forcejeando y golpeando, pero había hecho lo que tenía que hacerse en aquellos momentos. Tendría que destinar algún tiempo al tratamiento quirúrgico, y pronto.

El ascensor lo bajó de nuevo al área de gravedad y Matlal le abrió la puerta.

-Naturalmente -dijo Chimal al guardia, dándole los libros y los

registros para que los llevara-. Se está siguiendo la órbita de corrección, como dijo la computadora que sucedería. Ahora describimos un gran arco, dando la vuelta en el espacio, aunque aquí dentro no podemos sentirlo. Esto durará años. Pero ahora vamos camino de Próxima Centauri.

El hombre asintió con un movimiento de cabeza, sin intentar ni desear comprender lo que Chimal decía. No importaba. En todo caso Chimal hablaba para sí mismo: lo hacía mucho últimamente, al parecer. Avanzó lentamente, cojeando, por el corredor y el azteca le siguió.

-¿Le gusta á la gente el agua que se ha llevado canalizada a las aldeas? -preguntó Chimal.

-No tiene el mismo sabor -dijo Matlal. -Parte del sabor -dijo Chimal, procurando no perder la calma-, ¿no es más fácil así que llevarla cargada como acostumbrabais hacer? ¿y no hay más comida ahora, y los enfermos se curan? ¿Qué me dices de esto?

-Es diferente. A veces es... no está bien que las cosas sean diferentes.

Chimal no esperaba realmente ningún elogio de una sociedad tan conservadora como aquella. Los mantendría sanos y bien alimentados a pesar de ellos mismos. Por sus hijos, si no por ellos. Conservaría al azteca como él como fuente de información, si no por otro motivo. El no tenía tiempo de observar personalmente ala gente del valle. Había elegido a Matlal, el hombre más fuerte de ambas aldeas, como guardia personal durante los primeros días después de abierta la barrera. En aquel momento no tenía idea de cómo actuarían los Guardianes y quería disponer de alguien para defenderlo en caso de violencia. Ahora ya no tenía ninguna necesidad de protección, pero lo conservaría como informante.

No es que hubiese tenido que preocuparse en cuanto a la

violencia. Los Guardianes habían quedado tan aturridos por los acontecimientos como la gente del valle. Los primeros aztecas que avanzaron a través del lodo y de las rocas destrozadas habían quedado deslumbrados y sin comprender. Los dos grupos se encontraron y pasaron uno al lado del otro sin tocarse, incapaces en aquel momento de asimilar la presencia de los otros. La disciplina se había restablecido solamente cuando Chimal había encontrado al Maestro Observador y le había entregado el breviario del Día de la Llegada. Sujeto por la disciplina, el anciano no había tenido alternativa. Había tomado el libro sin mirar al que se lo daba, después se había vuelto y había dado la primera orden. El Día de la Llegada había empezado.

La disciplina y el orden habían hecho que los Guardianes se recobraran, y una vitalidad inusitada había penetrado en sus vidas. Aquí, ahora, durante su existencia, realizaban la promesa para la que muchas generaciones habían sido educadas. Si los observadores lamentaban la terminación del tiempo de vigilar, los cuidadores y vigilantes ordinarios no la lamentaban. Por primera vez parecían estar casi enteramente vivos.

Entretanto el Maestro Observador ordenaba las operaciones según estaba escrito: había breviarios y normas para todo, y eran obedecidos. El tenía el mando y Chimal nunca lo discutía. Sin embargo, Chimal sabía que su sangre había marcado imborrablemente las páginas del breviario del Día de la Llegada que el anciano llevaba encima. Esto era suficiente para él. Había hecho lo que debía hacerse.

Al pasar la puerta de una de las aulas, Chimal contempló a los suyos inclinados sobre las máquinas de enseñanza. La mayoría tenían la frente fruncida y probablemente entendían muy poco de lo que veían. Esto no importaba; las máquinas no eran para ellos. Lo más que podía esperarse era una mengua de la absoluta ignorancia en que habían vivido. Vidas más fáciles, mejor condicionadas. Necesitaban satisfacción y salud, como padres de

la siguiente generación. Las máquinas eran para los hijos... Estos sabrían qué empleo darles.

Más abajo estaban las estancias de los niños. Desnudas y vacías ahora... pero esperando. y las salas de maternidad, numerosas, brillantes y vacías también, pero no se tardaría mucho en emplearlas bien. Una vez más había que dar crédito al Gran Diseñador: no hubo ninguna protesta cuando las voces resonantes de la sala habían suprimido el tabú contra el matrimonio entre diferentes pueblos, incluso habían dicho que éste era el único procedimiento conveniente. Todo había sido preparado cuidadosamente hasta el último y más delicado detalle.

Hubo un movimiento allí dentro y Chimal se volvió para ver a través de la ventana a la Vigilante Steel sentada en una silla contra la pared opuesta.

-Vete a comer, Matlal -ordenó-. Bajaré pronto. Primero mete estas cosas en mis habitaciones.

El hombre saludó, levantando automáticamente las manos en el ademán. de obediencia acostumbrado ante un sacerdote, y partió. Chimal entró y se sentó, con aire cansado, frente a la mujer. Había trabajado mucho desde que el Maestro Observador le había dejado con sus aparatos para la navegación y el cambio de órbita. Ahora esto ya estaba bajo control automático. Quizá se podría tomar tiempo para la atención quirúrgica, aunque probablemente significaría algunos días en cama.

-¿Por cuánto tiempo debo seguir viniendo aquí? -preguntó Steel, todavía con la acostumbrada expresión herida en los ojos.

-Nunca más, si quieres -contestó él, demasiado fatigado para discutir-. ¿Crees que hago esto por mí?

-No sé. -Entonces intenta pensar, ¿Qué posible placer podría obtener yo con forzarte a mirar imágenes de niños, mujeres

preñadas, películas de obstetricia?

-No sé. Hay tantas cosas que no es posible explicar -y muchas que son explicables. Eres una mujer y, aparte de tu educación y desarrollo, una mujer normal. Yo quiero, quizás... es difícil decirlo exactamente... darte la oportunidad de sentir como una mujer. Creo que has sido estafada por la vida.

Ella apretó los puños. -No quiero pensar como una mujer. Soy una vigilante. Este es mi deber y mi gloria... y no deseo ser nada más. -La pequeña chispa de cólera se apagó tan rápidamente como había aparecido-. Por favor, déjame volver a mi trabajo. ¿No hay bastantes mujeres entre la gente del valle para hacerte feliz? Sé que piensas que no soy lista, que ninguno de nosotros es listo, pero así es como somos. ¿No puedes dejarnos tranquilos para hacer lo que debemos hacer?

Chimal la miró, comprendiendo por primera vez. -Perdona -dijo-. He estado intentando hacer de ti algo que no eres e impedirte ser algo que quieres ser. Porque yo cambié, me empeño en creer que todos los demás deben querer cambiar también. Pero lo que yo soy ha sido proyectado por el Gran Diseñador exactamente lo mismo que lo que eres tú. En mí, sí, el deseo de cambiar y comprender es la cosa más importante que puede existir. Me aferro a esto, sea lo que sea. Es tan importante para mí, y tan satisfactorio, como aquella cosa... ¿cómo la llamabas?.. tu mortificación lo era para ti.

-Lo es para mí -gritó ella levantándose y, en un momento de justa energía, abriendo su vestido para mostrar a Chimal el borde gris de la tela que le rodeaba el cuerpo-. Hago penitencia por los dos.

-Sí, lo haces -dijo Chimal. Mientras, ella se abrochaba el vestido, temblando de nuevo por su audacia, y salía corriendo.

-Todos deberíamos hacer penitencia por los miles que murieron a lo largo de los años para hacernos llegar aquí. Por lo menos, hay

finalmente un término para todo esto.

Chimal contempló las hileras de camas y cunas vacías que esperaban, y se dio cuenta, no por primera vez, de lo completamente solo que estaba. Bueno, a esto podría acostumbrarse, y no era muy diferente de la soledad que siempre había conocido. y pronto estarían llegando los niños.

Dentro de un año habría recién nacidos y pocos años más tarde ya hablarían. Chimal se sintió súbitamente identificado con aquellos niños no nacidos aún. Sabía como mirarían al mundo que los rodeara, intrigados. Sabía las preguntas impacientes que saldrían de sus labios.

Y esta vez habría respuestas a aquellas preguntas. Los años vacíos de su propia infancia no se repetirían nunca. Las máquinas contestarían a las preguntas de los niños y él también.

Al pensar esto sonrió, poblando la sala vacía con los hijos de su mente, de miradas ávidas. Sí, los hijos.

Paciencia, Chimal, dentro de unos pocos años no volverás a estar solo jamás.

FIN